

NOVELAS

DE

MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA.

NOVELS

OF

MICHEL DE CRETAYES

CASTRO





EL ZELOSO ESTREMEÑO.

Dessiné par Adam.

10563.

NOVELAS

EXEMPLARES

DE

MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA.

NUEVA IMPRESION , CORREGIDA Y ADORNADA

CON LAMINAS.

TOMO SEGUNDO.



PERPIÑAN,

EN LA IMPRENTA DE J. ALZINE.

Año 1816.

1003

REVISED

EDITION

THE HISTORY OF

AMERICA

BY

JOHN B. HENNING

NEW YORK

1850

NOVELA

DEL

ZELOSO ESTREMEÑO.

No ha muchos años que de un lugar de Estremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el qual como un otro Pródigo por diversas partes de España, Italia y Flándes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres y gastado su patrimonio) vino á parar á la gran ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose pues tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconduto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien

llaman ciertos los peritos en el arte)
añagaza general de mugeres libres , engaño
comun de muchos , y remedio particular
de pocos. En fin llegado el tiempo en que
una flota se partia para Tierrafirme , acomodándose con el almirante della , aderezó su matalotage , y su mortaja de esparto , y embarcándose en Cádiz , echando la bendicion á España , zarpó la flota , y con general alegría diéron las velas al viento que *blando y próspero* soplabá , el qual en pocas horas les encubrió la tierra , y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas el mar Océano. Iba nuestro pasagero pensativo , revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion habia pasado , y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido ; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando , una firme resolucion de mudar manera de vida , y de tener otro estilo en guardar la *hacienda que Dios fuese servido de darle* , y de proceder con mas recato que hasta allí con las mugeres. La flota estaba como en calma , quando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales , que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra

novela. Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navíos, que no dexó á nadie en sus asientos, y así le fué forzoso á Carrizales dexar sus imaginaciones, y dexarse llevar de solos los cuidados que el viage le ofrecia, el qual viage fué tan próspero, que sin recibir algun reves ni contraste llegaron al puerto de Cartagena: y por concluir con todo lo que no hace á nuestro propósito, digo que la edad que tenia Felipe quando pasó á las Indias, seria de quaręta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia alcanzó á tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viéndose pues rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dexando el Pirú donde habia grangeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes se volvió á España: desembarcó en Sanlucar: llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas: sacó sus partidas sin zozobras: buscó sus amigos, hallólos todos muertos: quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia

dexado la muerte : y si quando iba á Indias pobre y menesteroso , le iban combatiendo muchos pensamientos sin dexarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar , no ménos aora en el sosiego de la tierra le combatian , aunque por diferente causa , que si entónces no dormia por pobre , aora no podia sosegar de rico : que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni sabe usar della , como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro , y cuidados la falta dél ; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad , y los otros se aumentan miéntras mas parte se alcanza. Contemplaba Carrizales en sus barras no por miserable , porque en algunos años que fué soldado , aprendió á ser liberal , sino en lo que habia de hacer dellas , á causa que tenerlas en ser , era cosa infrutuosa ; y tenerlas en casa , cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías , y pareciale que conforme á los años que tenia , le sobraban dineros para pasar la vida , y quisiera pasarla en su tierra , y dar en ella su hacienda á tributo , pasando en ella

los años de su vejez en quietud y sosiego , dando á Dios lo que podia , pues habia dado al mundo mas de lo que debia : por otra parte consideraba que la estrechez de su patria era mucha , y la gente muy pobre , y que el irse á vivir á ella , era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino , y mas quando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias : quisiera tener á quien dexar sus bienes despues de sus dias , y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza , y parecíale que aun podia llevar la carga del matrimonio ; y en viniéndole este pensamiento , le sobresaltaba un tan gran miedo , que así se le desbarataba y deshacia , como hace á la niebla el viento , porque de su natural condicion era el mas zeloso hombre del mundo , aun sin estar casado , pues con solo la imaginacion de serlo , le comenzaban á ofenderlos zelos , á fatigar las sospechas , y á sobresaltar las imaginaciones , y esto con tanta eficacia y vehemencia , que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto , y no lo estando en lo que habia de hacer de su vida , quiso su suerte que pasando un dia por

una calle , alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella al parecer de edad de trece á catorce años , de tan agradable rostro y tan hermosa , que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carriales , rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora , que así era el nombre de la hermosa doncella ; y luego sin mas detenerse , comenzó á hacer un gran monton de discursos , y hablando consigo mismo decía : esta muchacha es hermosa , y á lo que muestra la presencia desta casa no debe de ser rica , y ella es niña , sus pocos años pueden asegurar mis sospechas : casarmehé con ella , encerraréla , haréla á mis mañas , y con esto no tendrá otra condicion , que aquella que yo le enseñare : yo no soy tan viejo , que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden : de que tenga dote ó no , no hay para que hacer caso , pues el cielo me dió para todo , y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda , sino gusto , que el gusto alarga la vida , y los disgustos entre los casados la acortan : alto pues , echada está la suerte , y esta es la que el cielo quiere que yo tenga . Y así hecho este soliloquio , no una vez , sino ciento , al cabo de algunos

días habló con los padres de Leonora, y supo como aunque pobres, eran nobles, y dándoles cuenta de su intencion y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encarecidamente le diesen por muger á su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decia, y que él tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho. Despidiéronse, informáronse las partes, y hallaron ser así lo que entrámbos dixéron; y finalmente Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del zeloso viejo. El qual apénas dió el sí de esposo, quando de golpe le embistió un tropel de rabiosos zelos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamas habia tenido: y la primera muestra que dió de su condicion zelosa, fué no querer que sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así anduvo mirando qual otra muger tendria poco mas ó ménos el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre á cuya medida hizo hacer una ropa, y probándosela su esposa, halló que le venia bien, y por

aquella medida hizo los demas vestidos , que fuéron tantos y tan ricos , que los padres de la desposada se tuviéron por mas que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas , á causa que las que ella en su vida se habia puesto , no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetan. La segunda señal que dió Felipe , fué no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa á parte , la qual aderezó en esta forma. Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la ciudad , que tenia agua de pie y jardin con muchos naranjos : cerró todas las ventanas que miraban á la calle , y dióles vista al cielo , y lo mismo hizo de todas las otras de casa : en el portal de la calle , que en Sevilla llaman casapuerta , hizo una caballeriza para una mula , y encima de ella un pajar y apartamiento , donde estuviese el que habia de curar della , que fué un negro viejo y eunuco : levantó las paredes de las azoteas de tal manera , que el que entraba en la casa , habia de mirar al cielo por linea recta , sin que pudiese ver otra cosa : hizo torno que de la casapuerta respondia al patio : compró un rico menage

para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos, mostraba ser de un gran señor: compró así mismo quatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales: concertóse con un despensero que le truxese y comprase de comer, con condicion que no durmiese en casa, ni entrase en ella sino hasta el torno, por el qual habia de darle que truxese: hecho esto, dió parte de su hacienda á censo, situada en diversas y buenas partes: otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese: hizo así mismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones para la provision de todo el año; y teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fué á casa de sus suegros, y pidió á su muger, que se la entregáron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura. La tierna Leonora aun no sabia lo que le habia acontecido, y así llorando con sus padres, les pidió su bendicion, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido se vino á su casa, y en entrando en ella les hizo Carrizales un sermon á todas,

encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna via ni en ningun modo dexasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese al negro eunuco; y á quien mas encargó la guarda y regalo de Leonora, fué á una dueña de mucha prudencia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora, y paraque fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese; y paraque mandase á las esclavas y á otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que paraque se entretuviese con las de sus mismos años, así mismo habia recibido: prometiéndoles que las trataria y regalaria á todas de manera, que no sintiesen su encerramiento, y que los dias de fiesta todos sin faltar ninguno irian á oír misa; pero tan de mañana, que apénas tuviese la luz lugar de verlas. Prometiéronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad, y buen ánimo: y la nueva esposa encogiendo los hombros, baxó la cabeza, y dixo que ella no tenia otra voluntad, que la de su esposo y señor, á quien estaba siempre obediente. Hecha esta prevencion, y recogido el buen Estremeño en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del

matrimonio , los quales á Leonora como no tenia experiencia de otros , ni eran gustosos ni desabridos ; y así pasaba el tiempo con su dueña , doncellas y esclavas , y ellas por pasarle mejor diéron en ser golosas , y pocos dias se pasaban sin hacer mil cosas , á quien la miel y el azucar hacen sabrosas. Sobrábales para esto en grande abundancia lo que habian menester , y no ménos sobraba en su amo la voluntad de dárselo , pareciéndole que con ello las tenia entretenidas y ocupadas , sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con sus eridas , y se entretenia en lo mismo que ellas , y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas , y en otras niñerías que mostraban la llaneza de su condicion y la terneza de sus años : todo lo qual era de grandísima satisfacion para el zeloso marido , pareciéndole que habia acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar , y que por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego : y así solo se desvelaba en traer regalos á su esposa , y en acordarle le pidiese todos cuántos le viniesen al pensamiento , que de todos seria servida. Los dias que iba á misa , que como

está dicho era entre dos luces, venian sus padres y en la iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el qual les daba tantas dádivas, que aunque tenian lástima de su hija por la estrechez en que vivia, la templaban con las muchas dádivas que Carrizales su liberal yerno les daba. Levantábase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniese, á quien de la noche ántes por una cédula que ponian en el torno, le avisaban lo que habia de traer otro dia; y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales las mas veces á pie, dexando cerradas las dos puertas, la de la calle, y la de en medio, y entre las dos quedaba el negro. Ibase á sus negocios que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrándose, se entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querian bien por ser de condicion llana y agradable; y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. Desta manera pasáron un año de noviciado, é hicieron profesion en aquella vida, determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y así fuera, si el sagaz perturbador del género humano no lo estorbara, como ahora oiréis.

Dígame ahora el que se tuviere por mas discreto y recatado, que mas prevenciones para su seguridad podia haber hecho el anciano Felipe, pues aun no consintió que dentro de su casa hubiese algun animal que fuese varon? á los ratones della jamas los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro, todos eran del género femenino: de dia pensaba, de noche no dormia: él era la ronda y centinela de su casa, y el Argos de lo que bien queria: jamas entró hombre de la puerta adentro del patio: con sus amigos negociaba en la calle, las figuras de los paños que sus salas, y quadras adornaban, todas eran hembras, flores, boscajes: toda su casa olia á honestidad, recogimiento y recato, aun hasta en las consejas que en las largas noches del invierno en la chimenea sus criadas contaban, por estar él presente en ninguna ningun género de lascivia se descubria: la plata de las canas del viejo á los ojos de Leonora parecian cabellos de oro puro, por que el amor primero que las doncellas tienen, se les imprime en el alma como el sello en la cera: su demasiada guarda le parecia advertido recato: pensaba y creía que lo que ella pasaba, pasaban todas las recienasadas: no

se desmandaban sus pensamientos á salir de las paredes de su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa mas de aquella que la de su marido queria: solo los dias que iba á misa veia las calles, y esto era tan de mañana, que sino era al volver de la iglesia, no habia luz para mirallas: no se vió monasterio tan cerrado, ni monjas mas recogidas, ni manzanas de oro tan guardadas; y con todo esto, no pudo en ninguna manera prevenir ni escusar de caer en lo que recelaba: aloménos en pensar que habia caído.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, á quien comunmente suelen llamar gente de barrio: estos son los hijos de vecino de cada Colacion y de los mas ricos della, gente baldía, atildada y meliflua; de la qual, y de su trage y manera de vivir, de su condicion y de las leyes que guardan entre sí, habia mucho que decir; pero por buenos respectos se dexa. Uno destos galanes pues que entre ellos es llamado virote (*) mozo soltero

(*) Esta palabra, que entre los varios y decentes sentidos que tenia en nuestra lengua en tiempo de Cervantes, y suele todavía conservar en ella, significaba el mozo soltero, ocioso, paseante y preciado

(que á los recien casados llaman matones) ,
acertó á mirar la casa del recatado Carrizales ; y viéndola siempre cerrada , le tomó gana de saber quien vivia dentro , y con tanto ahineo y curiosidad hizo la diligencia , que de todo en todo vino á saber lo que deseaba : supo la condicion del viejo , la hermosura de su esposa , y el modo que tenia en guardarla : todo lo qual le encendió el deseo de ver si seria posible expugnar por fuerza , ó por industria fortaleza tan guardada : y comunicándolo con dos virotes y un maton , sus amigos acordaron que se pusiese por obra , que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores . Dificultaban el modo que se tendria para intentar tan dificultosa hazaña ; y habiendo entrado en bureo muchas veces , conviniéron en esto : que fingiendo Loaysa , que así se llamaba el virote , que iba fuera de la ciudad por algunos dias , se quitase de los ojos de sus amigos como lo hizo ; y hecho esto , se puso unos calzones de lienzo

de guapo en cuya acepcion se usa todas las veces que ocurre en esta Novela , ha degenerado hoy en significacion maliciosa y obscena no por culpa del autor , sino del pueblo que tanto imperio exerce en las lenguas vivas .

limpio , y camisa limpia , pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados , que ningun pobre en toda la ciudad los traia tan astrosos: quitóse un poco de barba que tenia , cubrióse un ojo con un parche , vendóse una pierna estrechamente , y arriándose á dos muletas , se convirtió en un pobre tullido , tal que el mas verdadero estropeado no se le igualaba. Con este talle se ponía cada noche á la oracion á la puerta de la casa de Carrizales , que ya estaba cerrada , quedando el negro , que Luis se llamaba , cerrado entre las dos puertas. Puesto allí Loaysa , sacaba una guitarrilla , algo grasienta y falta de algunas cuerdas , y como él era algo músico , comenzaba á tañer algunos sonetos alegres y regocijados , mudando la voz por no ser conocido. Con esto se daba priesa á cantar romances de moros y moras á la loquesca , con tanta gracia que quantos pasaban por la calle se ponian á escucharle , y siempre entanto que cantaba , estaba rodeado de muchachos , y Luis el negro poniendo los oidos por entre las puertas , estaba colgado de la música del virote , y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle mas á su placer : tal es la inclinacion que los negros tienen á ser

músicos. Y quando Loaysa queria que los que le escuchaban , le dexasen , dexaba de cantar , y recogia su guitarra , y agiéndose á sus muletas , se iba. Quatro ó cinco veces habia dado música al negro (que por solo él la daba) pareciéndole que por donde se habia de comenzar á desmoronar aquel edificio , habia y debia ser por el negro , y no le salió vano su pensamiento ; porque llegándose una noche como solia á la puerta , comenzó á templar su guitarra , y sintió que el negro estaba ya atento , y llegándose al quicio de la puerta , con voz baxa dixo : será posible, Luis, darme un poco de agua , que perezco de sed , y no puedo cantar? No, dixo el negro , porque no tengo la llave desta puerta , ni hay agujero por donde pueda dárosla. Pues quien tiene la llave ? preguntó Loaysa. Mi amo , respondió el negro , que es el mas zeloso hombre del mundo , y si él supiese que yo estoy aora aquí hablando con nadie , no seria mas mi vida ; pero quien soys vos que me pedis el agua? Yo , respondió Loaysa , soy un pobre estropeado de una pierna que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente , y juntamente con esto enseño á tañer á algunos morenos , y á otra

gente pobre , y ya tengo tres negros esclavos de tres veintiquatros , á quien he enseñado de modo , que pueden cantar y tañer en qualquier bayle , y en qualquier taberna , y me lo han pagado muy rebien. Harto mejor os lo pagara yo , dixo Luis , á tener lugar de tomar licion ; pero no es posible , á causa que mi amo en saliendo por la mañana cierra la puerta de la calle , y quando vuelve hace lo mismo , dexándome emparedado entre dos puertas. Por Dios , Luis , replicó Loaysa (que ya sabia el nombre del negro) que si vos diédes traza á que yo entrase algunas noches á daros licion , en ménos de quinze dias os sacaria tan diestro en la guitarra , que pudiédes tañer sin verguenza alguna en qualquiera esquina ; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar , y mas que he oido decir que vos teneis muy buena habilidad , y á lo que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz que es atiplada debeis de cantar muy bien. No canto mal , respondió el negro ; pero que aprovecha ? pues no sé tonada alguna , sino es la de la estrella de Vénus , y la de :

Por un verde prado ,

Y aquella que aora se usa , que dice :

A los hierros de una reja

La turbada mano asida.

Todas esas son ayre , dixo Loaysa , para las que yo os podria enseñar ; porque sé todas las del moro Abindarraez , con las de su dama Xarifa , y todas las que se cantan de la historia del gran Sofí Tomunibeyo , con las de la zarabanda á lo divino , que son tales , que hacen pasmar á los mismos portugueses : y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad , que aunque no os deis priesa á aprender , apénas habreis comido tres ó quatro moyos de sal , quando ya os veais músico corriente y moliente en todo género de guitarra. A esto suspiró el negro , y dixo : que aprovecha todo eso , si no sé como meteros en casa ! Buen remedio , dixo Loaysa , procurad vos tomar las llaves á vuestro amo , y yo os daré un pedazo de cera , donde las imprimiréis de manera , que queden señaladas las guardas en la cera , que por la aficion que os he tomado , yo haré que un cerragero amigo mio haga las llaves , y así podré entrar dentro de noche y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias ;

porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra faltándole el arrimo de la guitarra : que quiero que sepais, hermano Luis, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates, quando no se acompaña con el instrumento, aora sea de guitarra, ó clavicimbano, de órganos, ó de harpa; pero el que mas á vuestra voz le conviene, es el instrumento de la guitarra por ser el mas mañero y ménos costoso de los instrumentos. Bien me parece eso, replicó el negro; pero no puede ser, pues jamas entran las llaves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano: de dia y de noche duermen debaxo de su almohada. Pues haced otra cosa, Luis, dixo Loaysa, si es que teneis gana de ser músico consumado: que si no la teneis, no hay para que cansarme en aconsejaros. Y como si tengo gana? replicó Luis, y tanta, que ninguna cosa dexaré de hacer, como sea posible salir con ella, á trueco de salir con ser músico. Pues así es, dixo el virote, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar quitando alguna tierra del quicio, digo que os daré unas tenazas y un martillo, con que podais de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad,

facilidad, y con la misma volverémos á poner la chapa, de modo que no se eche ver que ha sido desclavada; y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó adonde dormis, me daré tal priesa á lo que tengo de hacer, que vos veais aun mas de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mi persona, y aumento de vuestra suficiencia; y de lo que hubiéremos de comer no tengais cuidado, que yo llevaré matatage para entrámbos y para mas de ocho dias, que discípulos tengo yo y amigos que no me dexarán mal pasar. De la comida, replicó el negro, no habrá que temer, que con la racion que me da mi amo, y con los relieves que me dan las esclavas, sobraré comida para otros dos: venga ese martillo que decís y tenazas, que yo haré por junto á este quicio lugar por donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro, que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan léjos desta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra, si los oye. Pues á la mano de Dios, dixo Loaysa, que de aquí á dos dias tendréis, Luis, todo lo necesario para poner en execucion nuestro virtuoso propósito: y advertid en no comer cosas flemosas, por.

que no hacen ningun provecho, sino mucho daño á la voz. Ninguna cosa me enronquece tanto, respondió el negro, como el vino; pero no me lo quitaré yo por todas quantas voces tiene el suelo. No digo tal, dixo Loaysa, ni Diostal permita: bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga, que el vino que se bebe con medida, jamas fué causa de daño alguno. Con medida lo bebo, replicó el negro, aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal, este me llenan las esclavas sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla que tambien cabe dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro. Digo, dixo Loaysa, que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe, ni canta. Andad con Dios, dixo el negro; pero mirad, que no dexéis de venir á cantar aquí las noches que tardáredes en traer lo que habeis de hacer para entrar acá dentro, que ya me como los dedos por verlos puestos en la guitarra. Y como si vendré, replicó Loaysa, y aun con tonadicas nuevas. Eso pido, dixo Luis, y aora no me dexéis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto, y en lo de la paga entienda el señor pobre que le he de pagar mejor que un rico. No reparo en eso

dixo Loaysa , que segun yo os enseñare , así me pagaréis ; y por aora escuchad esta tonadilla , que quando esté dentro veréis milagros. Sea enbuenora , respondió el negro: y acabado este largo coloquio , cantó Loaysa un romancito agudo , con que dexo al negro tan contento y satisfecho , que ya no veia la hora de abrir la puerta. Apenas se quitó Loaysa de la puerta , quando con mas ligereza que el traer de sus muletas prometia , se fué á dar cuenta á sus consejeros de su buen comienzo , adivino del buen fin que por él esperaba: hallólos , y contó lo que con el negro dexaba concertado , y otro dia halláron los instrumentos tales , que rompián qualquier clavo como si fuera de palo. No se descuidó el virote de volver á dar música al negro , ni ménos tuvo descuido el negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le diese , cubriéndolo de manera , que á no ser mirado con malicia y sospechosamente , no se podia caer en el agujero. La segunda noche le dió los instrumentos Loaysa , y Luis probó sus fuerzas , y casi sin poner alguna se halló rompidos los clavos y con la chapa de la cerradura en las manos , abrió la puerta y recogió dentro á su Orfeo y maestro ; y

quando le vió con sus dos muletas , y tan andrajoso , y tan sajada su pierna , quedó admirado. No llevaba Loaysa el parche en el ojo , por no ser necesario , y así como entró , abrazó á su buen discípulo , y le besó en el rostro , y luego le puso una gran bota de vino en las manos , y una caja de conserva , y otras cosas dulces , de que llevaba unas alforjas bien proveidas : y dexando las muletas , como sino tuviera mal alguno comenzó á hacer cabriolas ; de lo qual se admiró mas el negro , á quien Loaysa dixo : sabed , hermano Luis , que mi cojera y estropeamiento no nace de enfermedad , sino de industria , con la qual gano de comer pidiendo por amor de Dios , y ayudándome della y de mi música paso la mejor vida del mundo , en el qual todos aquellos que no fueren industriosos y tracistas morirán de hambre , y esto lo veréis en el discurso de nuestra amistad. Ello dirá , respondió el negro ; pero demos órden de volver esta chapa á su lugar , de modo que no se eche de ver su mudanza. Enbuena hora , dixo Loaysa , y sacando clavos de sus alforjas asentáron la cerradura de suerte , que estaba tan bien como de ántes ; de lo qual quedó contentísimo el negro , y subiéndose Loaysa al

apoyento que en el pajar tenia el negro , se acomodó lo mejor que pudo. Encendió luego Luis un torzal de cera, y sin mas aguardar sacó su guitarra Loaysa, y tocándola baxa y suavemente suspendió al pobre negro de manera , que estaba fuera de sí escuchándole. Habiendo tañido un poco, sacó de nuevo colacion , y dióla á su discípulo, y aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota , que le dexó mas fuera de sentido, que la música. Pasado esto, ordenó que luego tomase licion Luis, y como el pobre negro tenia quatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaba traste , y con todo eso le hizo creer Loaysa que ya sabia por lo ménos dos tonadas, y era lo bueno que el negro se lo creia, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias. Durmiéron lo poco que de la noche les quedaba : y á obra de las seis de la mañana baxó Carrizales , y abrió la puerta de en medio, y tambien la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el qual vino de allí á un poco, y dando por el torno la comida, se volvió á ir, y llamó al negro que baxase á tomar cebada para la mula y su racion, y en tomándola se fué el viejo Carri-

zales , dexando cerradas ambas puertas sin echar de ver lo que en la de la calle se habia hecho , de que no poco se alegraron maestro y discípulo. Apénas salió el amo de casa , quando el negro arrebató la guitarra , y comenzó á tocar de tal manera , que todas las criadas le oyéron , y por el torno le preguntáron : que es esto , Luis , de quando acá tienes tú guitarra , ó quien te la ha dado ? Quien me la ha dado ? respondió Luis , el mejor músico que hay en el mundo , y el que me ha de enseñar en ménos de seis dias mas de seis mil sonos. Y donde está ese músico ? preguntó la dueña. No está muy lejos de aquí , respondió el negro , y si no fuera por verguenza y por el temor que tengo á mi señor , quizá os le enseñara luego , y á fe que os holgásedes de verle. Y adonde puede él estar que nosotras no le podamos ver , replicó la dueña , si en esta casa jamas entró otro hombre , que nuestro dueño ? Aora bien , dixo el negro , no os quiero decir nada hasta que veais lo que yo sé , y él me ha enseñado en el breve tiempo que he dicho. Por cierto , dixo la dueña , que si no es algun demonio el que te ha de enseñar , que yo no sé quien te pueda sacar músico con tanta breve-

dad. Andad, dixo el negro, que lo oiréis y lo veréis algun dia. No puede ser eso, dixo otra doncella, porque no tenemos ventanas á la calle para poder ver ni oir á nadie. Bien está, dixo el negro, que para todo hay remedio, sino es para excusar la muerte; y mas si vosotras sabeis, ó quereis callar. Y como que callarémós? hermano Luis, dixo una de las esclavas: callarémós mas que si fuésemos mudas; porque te prometo, amigo, que me muero por oir una buena voz, que despues que aquí nos emparedáron, ni aun el canto de los páxaros habemos oido. Todas estas pláticas estaba escuchando Loaysa con grandísimo contento, pareciéndole que todas se encaminaban á la consecucion de su gusto, y que la buena suerte habia tomado la mano en guiarlas á la medida de su voluntad. Despidiéronse las criadas con prometerles el negro, que quando ménos se pensasen las llamaria á oir una muy buena voz; y con temor que su amo volviese, y le hallase hablando con ellas, las dexó y se recogió á su estancia y clausura. Quisiera tomar licion, pero no se atrevió á tocar de dia, por que su amo no le oyese; el qual vino de allí á poco espacio, y cerrando las puertas segun su costumbre, se encerró en casa.

Y al dar aquel dia de comer por el torno al negro, dixo Luis á una negra que se lo daba, que aquella noche despues de dormido su amo baxasen todas al torno á oír la voz que les habia prometido, sin falta alguna: verdad es que ántes que dixese esto habia pedido con muchos ruegos á su maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que habia dado, de hacer oír á las criadas una voz extremada, asegurándole que seria en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maestro de hacer lo que él mas deseaba; pero al fin dixo que haria lo que su buen discípulo pedia, solo por darle gusto, sin otro interes alguno. Abrazóle el negro, y dióle un beso en el carrillo en señal del contento que le habia causado la merced prometida, y aquel dia dió de comer á Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y aun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara. Llegóse la noche, y en la mitad della ó poco ménos comenzáron á cecear en el torno, y luego entendió Luis que era la cáfila que habia llegado, y llamando á su maestro, baxáron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada. Preguntó

Luis, quien y quantas eran las que escuchaban? Respondiéronle que todas, sino su señora que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó á Loaysa, pero con todo eso quiso dar principio, á su designio, y contentar á su discípulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo, que dexó admirado al negro, y suspenso el rebaño de las mugeres que le escuchaba. Pues que diré de lo que ellas sintieron, quando le oyéron tocar el *pésame de ello* y acabar con el endemoniado son de la zarabanda, nuevo entónces en España? no quedó vieja por baylar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo con silencio extraño, poniendo centinelas y espías que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la seguida, con que acabó de echar el sello al gusto de las escuchantes, que ahincadamente pidiéron al negro les dixese quien era tan milagroso músico. El negro les dixo que era un pobre mendigante, el mas galan y gentil hombre que habia en toda la pobrería de Sevilla. Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dexase ir en quince dias de casa, que ellas le regalarían muy bien, y darian quanto hubiese menester. Preguntáronle

que modo habia tenido para meterle en casa? A esto no les respondió palabra: á lo demas dixo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que depues lo taparian con cera, y que á lo de tenerle en casa que él lo procuraria.

Hablólas tambien Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echáron de ver que no salian de ingenio pobre, mendigante: rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harian con su señora que baxase á escucharle á pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacia de sus años, sino de sus muchos zelos. A lo qual dixo Loaysa que si ellas gustaban de oirle sin sobresalto del viejo, que él les daria unos polvos que le echasen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño mas tiempo del ordinario. Jesus valme! dixo una de las doncellas; y si eso fuese verdad, que buena ventura se nos habia entrado por las puertas sin sentillo y sin merecerlo! no serian ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras y para la pobre de mi señora Leonora su muger, que no la dexa á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo mo-

mento : ay , señor mio de mi alma ! trayga esos polvos , así Dios le dé todo el bien que desea : vaya , y no tarde , tráygalos , señor mio , que yo me ofrezco á mezclarlos en el vino y á ser la escanciadora ; y *pluguiese á Dios* que durmiese el viejo tres dias con sus noches , que otros tantos tendríamos nosotras de gloria. Pues yo los traeré , dixo Loaysa , y son tales que no hacen otro mal ni daño á quien los toma , sino es provocarle á sueño pesadísimo. Todas le rogáron que los truxese con brevedad , y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno , y de traer á su señora para que le viese y oyese , se despidiéron , y el negro , aunque era casi el alba , quiso tomar licion , la qual le dió Loaysa y le hizo entender que no habia mejor oido que el suyo en quantos discípulos tenia , y no sabia el pobre negro ni lo supo jamas hacer un cruzado. Tenian los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle , y ver si su amigo les decia algo ó si habia menester alguna cosa , y haciendo una señal que dexáron concertada , conoció Loaysa que estaban á la puerta , y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen tér-

mino en que estaba su negocio , pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño para dárselo á Carrizales , que él habia oido decir que habia unos polvos para este efeto : *dixéronle que tenían un médico amigo que les daria el mejor remedio que supiese , si es que le habia , y animándole á proseguir la empresa , y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo , apriesa se despidieron. Vino la noche , y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra : con ellas vino la simple Leonora , temerosa , y temblando de que no despertase su marido , que aunque ella vencida deste temor no habia querido venir , tantas cosas le dixéron sus criadas , especialmente la dueña , de la suavidad de la música y de la gallarda disposicion del músico pobre , que sin haberle visto le alababa y le subia sobre Absalon y sobre Orfeo , que la pobre señora convencida y persuadida dellas , hubo de hacer lo que no tenia ni tuviera jamas en voluntad. Lo primero que hiciéron , fué barrenar el torno para ver al músico , el qual no estaba ya en hábitos de pobre , sino con unos calzones grandes de tafetan leonado , anchos á la marineresca ,*

un jubon de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaxe, que de todo vino proveido en las alforjas, imaginando *que se habia de ver en ocasion que le conviniese mudar de trage.* Era mozo, y de gentil disposicion, y buen parecer, y como habia tanto tiempo que todas tenian hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un ángel. Poníase una al agujero para verle, y luego otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba á baxo con el torzal de cera encendido: y despues que todas le hubieron visto hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dexar suspensas y atónitas á todas, así á la vieja como á las mozas, y todas rogáron á Luis que diese orden y traza como el señor su maestro entrase allá dentro, para oirle y verle de mas cerca, y no tan por brúxula como por el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que podia cojerlas de sobresalto y con el hurto en las manos, lo qual no sucederia ansí, si le tuviesen escondido dentro. A

esto contradixo su señora con muchas veras ; diciendo que no se hiciese la tal cosa , ni la tal entrada , porque le pesaria en el alma , pues desde allí le podian ver , y oir á su salvo , y sin peligro de su honra. Que honra ? dixo la dueña : el Rey tiene harta : estése vuesa merced encerrada con su Matusalen , y déxenos á nosotras holgar como pudiéremos : quanto mas , que parece este señor tan honrado , que no querrá otra cosa de nosotras mas de lo que nosotras quisiéremos. Yo , señoras mias , dixo á esto *Loaysa* , no vine aquí sino con intencion de servir á todas vuestas mercedes con el alma y con la vida , condolido de su no vista clausura y de los ratos que en este estrecho género de vida se pierden : hombre soy yo por vida de mi padre , tan sencillo , tan manso , y de tan buena condicion y tan obediente , que no haré mas de aquello que se me mandare ; y si qualquiera de vuestas mercedes dixere : maestro , siéntese aquí , maestro pásese allí , echaos acá , pasaos acullá ; así lo haré , como el mas doméstico y enseñado perro que salta por el Rey de Francia. Si eso ha de ser así , dixo la ignorante Leonora , que medio se dará para que entre acá dentro el señor maeso ? Bue-

no, dixo, Loaysa: vuestas mercedes pugnen por sacar en cera la llave desta puerta de en medio, que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra tal que nos pueda servir. En sacar esa llave, dixo una doncella, se sacan las de toda la casa, porque es llave maestra. No por eso será peor, replicó Loaysa. Así es verdad, dixo Leonora; pero ha de jurar este señor primero, que no ha de hacer otra cosa quando esté acá dentro, sino cantar y tañer quando se lo mandarán, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos. Si juro, dixo Loaysa. No vale nada ese juramento, respondió Leonora; que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz, y besalla, que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro, dixo Loaysa, y por esta señal de cruz que la beso con mi boca sucia; y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces. Esto hecho, dixo otra de las doncellas: mire señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el tuau-tem de todo. Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, truxo á aquellas horas que eran

dos despues de la media noche , por la calle á sus amigos , los quales haciendo la señal acostumbra da que era tocar una trompa de Paris , Loaysa les habló , y les dió cuenta del término en que estaba su pre-tension , y les pidió si traian los polvos , ó otra cosa como se la habia pedido , para que Carrizales durmiese ; díxoles así mismo lo de la llave maestra. Ellos le dixéron que los polvos , ó un unguento vendría la siguiente noche de tal virtud , que untados los pulsos y las sienes con él , causaba un sueño profundo , sin que dél se pudiese despertar en dos dias , sino era lavándose con viñagre todas las partes que se habian untado , y que se les diese la llave en cera , que así mismo la harian hacer con facilidad. Con esto se despidiéron , y Loaysa y su discípulo durmiéron lo poco que de la noche les quedaba , esperando Loaysa con gran deseo la venidera por ver si se le cumplia la palabra prometida de la llave. Y puesto que el tiempo parece tardió y perezoso á los que en él esperan , en fin corre á las parejas con el mismo pensamiento , y llega el término que quieren , porque nunca para ni sosiega.

Vino pues la noche , y la hora acostum-

brada de acudir al torno , donde viniéron todas las criadas de casa , grandes y chicas , negras y blancas , porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico ; pero no vino Leonora , y preguntando Loaysa por ella , le respondiéron que estaba acostada con su velado , el qual tenia cerrada la puerta del aposento donde dormia con llave , y despues de haber cerrado , se la ponía debaxo de la almohada , y que su señora les habia dicho que en durmiéndose el viejo , haria por tomarle la llave maestra , y sacarla en cera que ya llevaba preparada y blanda , y que de allí á un poco habian de ir á requerirla por una gatera. Marabillado quedó Loaysa del recato del viejo ; pero no por esto se le desmayó el deseo : y estando en esto oyó la trompa de Paris , acudió al puesto , halló á sus amigos que le diéron un botecico de unguento de la propiedad que le habian significado : tomólo Loaysa y díxoles que esperasen un poco , que les daría la muestra de la llave : volvióse al torno , y dixo á la dueña que era la que con mas ahinco mostraba desear su entrada , que se lo llevase á la señora Leonora , diciéndole la propiedad que tenia , y que procurase untar á

su marido con tal tiento que no lo sintiese, y que veria maravillas. Hizolo así la dueña, y llegándose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiéndose de la misma manera, puso la boca en el oído de su señora, y con voz baxa le dixo que traia el unguento, y de la manera que habia de probar su virtud. Ella tomó el unguento, y respondió á la dueña como en ninguna manera podia tomar la llave á su marido, porque no la tenia debaxo de la almohada como solia, sino entre los dos colchones y casi debaxo de la mitad de su cuerpo; pero que dixese al maeso que si el unguento obraba como él decia, con facilidad sacarian la llave todas las veces que quisiesen, y así no seria necesario sacarla en cera, dixo que fuese á decirlo luego, y volviese á ver lo que el unguento obraba, porque luego, luego le pensaba untar á su velado. Baxó la dueña á decirlo al maeso Loaysa, y él despidió á sus amigos que esperando la llave estaban. Temblando, y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del zeloso marido, y así mismo le untó las ventanas de

las narices, y quando á ellas le llegó, le parecia que se estremecia, y ella quedó mortal, pareciéndole que la habia cogido en el hurto. En efeto como mejor pudo le acabo de untar todos los lugares que le dixéron ser necesarios, que fué lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura. Poco espacio tardó el alopiado unguento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego comenzó á dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oir en la calle, música á los oidos de su esposa mas acordada que la del maeso de su negro: y aun mal segura de lo que veia, se llegó á él, y le estremeció un poco, y luego mas, y luego otro poquito mas por ver si despertaba; y á tanto se atrevió que le volvió de una parte á otra sin que despertase: como vió esto, se fué á la gatera de la puerta, y con voz tan baxa como la primera llamó á la dueña que allí la estaba esperando, y le dixo: dame albricias, hermana, que Carri-zales duerme mas que un muerto. Pues á que aguardas á tomar la llave, señora? dixo la dueña, mira que está el músico aguardándola mas ha de una hora. Espera, hermana, que ya voy por ella, respondió Leonora, y volviendo á la cama, metió la

mano por entre los colchones , y sacó la llave de enmedio dellos , sin que el viejo lo sintiese ; y tomándola en sus manos , comenzó á dar brincos de contento , y sin mas esperar abrió la puerta , y la presentó á la dueña que la recibió con la mayor alegría del mundo. Mandó Leonora que fuese á abrir al músico , y que le truxese á los corredores , porque ella no osaba quitarse de allí por lo que podia suceder ; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que habia hecho , de no hacer mas de lo que ellas le ordenasen , y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo , en ninguna manera le abriesen. Así será , dixo la dueña , y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura , y besa la cruz seis veces. No le pongas tasa , dixo Leonora , bésela él , y sean las veces que quisiere ; pero mira que jure por la vida de sus padres , y por todo aquello que bien quiere , porque con esto estaremos seguras , y nos hartaremos de oir cantar y tañer , que en mi ánima que lo hace delicadamente , y anda , no te detengas mas , porque no se nos pase la noche en pláticas. Alzóse las faldas la buena dueña y con no vista ligereza se puso en el torno , donde

estaba toda la gente de la casa esperando , y habiéndoles mostrado la llave que traia , fué tanto el contento de todas , que la alzaron en peso como á catedrático , diciendo : viva , viva ; y mas quando les dixo que no habia necesidad de contrahacer la llave , porque segun el untado viejo dormia , bien se podian aprovechar de la de casa todas las veces que la quisiesen. Ea pues , amiga , dixo una de las doncellas , ábrase esa puerta , y entre este señor , que ha mucho que aguarda , y démonos un verde de música , que no haya mas que ver. Mas ha de haber que ver , replicó la dueña , que le hemos de tomar juramento como la otra noche. El es tan bueno , dixo una de las esclavas , que no reparará en juramentos. Abrió en esto la dueña la puerta , y teniéndola entreabierta , llamó á Loaysa que todo lo habia estado escuchando por el agujero del torno , el qual llegándose á la puerta , quiso entrarse de golpe ; mas poniéndole la dueña la mano en el pecho le dixo : sabrá vuesa merced , señor mio , que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas desta casa , somos doncellas como las madres que nos pariéron , excepto mi señora , y aunque yo debo de

parecer de quarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, tambien lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos segun seles antoja: y siendo esto ansí, como lo es, no sería razon, que á trueco de oir dos, ó tres, ó quatro cantares, nos pusiésemos á perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazon, vuesa merced nos ha de hacer primero que entre en nuestro reyno, un muy solene juramento de que no ha de hacer mas de lo que nosotras le ordenáremos, y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho mas lo que se aventura: y si es que vuesa merced viene con buena intencion, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas. Bien y rebien ha dicho la señora Marialonso, dixo una de las doncellas, en fin como persona discreta y que está en las cosas como se debe, y si es que el señor no quiere jurar, no entre acá dentro. A esto dixo Guiomar la negra, que no era muy ladina: por mí, mas que nunca

jura, entre con todo diablo, que aunque mas jura, si acá está todo olvida. Oyó con gran sosiego Loaysa la harenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió: por cierto, señoras hermanas y compañeras mias, que nunca mi intento fué, es, ni será otro que daros gusto y contento en quanto mis fuerzas alcanzaren; y así no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra, porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligacion guarentigia, y quiero hacer saber á vuesa merced que debaxo del sayal hay al, y que debaxo de mala capa suele estar un buen bebedor; mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varon: y así juro por la intemerata eficacia donde mas santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlo Magno con la muerte del gigante Fierabras, de no salir ni pasar del juramento hecho, y del mandamiento de la mas mínima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa

hiciera ó quisiera hacer, desde aora para entónces, y desde entónces para aora lo doypor nulo, y no hecho ni valedero. Aquí llegaba con su juramento el buen Loaysa, quando una de las dos doncellas que con atencion le habia estado escuchando, dió una gran voz, diciendo: este sí, que es juramento para enternecer las piedras: mal haya yo, si mas quiero que jures, pues con solo lo jurado podias entrar en la misma sima de Cabra; y asiéndole de los greguescos le metió dentro, y luego todas las demas se le pusiéron á la redonda. Luego fué una á dar las nuevas á su señora la qual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo, y quando la mensagera le dixo que ya subia el músico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si habia jurado? Respondióle que sí, y con la mas nueva forma de juramento, que en su vida habia visto. Pues si ha jurado, dixo Leonora, asido le tenemos: ó que avisada que anduve en hacelle que jurase! En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestras de arrojarse á los pies para besarle las manos. Ella callando y por señas le hizo levantar,

y todas estaban como mudas sin osar hablar, temerosas que su señor las oyese : lo qual considerado por Loaysa, les dixo que bien podian hablar alto , porque el unguento con que estaba untado su señor , tenia tal virtud , que fuera de quitar la vida , ponía á un hombre como muerto. Así lo creo yo, dixo Leonora; que si así no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces segun le hacen de sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero despues que le unté , ronca como un animal. Pues eso es así, dixo la dueña, vámonos á aquella sala frontera , donde podremos oir cantar aquí el señor, y regocijarnos un poco. Vamos, dixo Leonora; pero quédese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta. A lo qual respondió Guiomar: yo negra quedo, blancas van, Dios perdone á todas. Quedóse la negra , fuéronse á la sala , donde habia un rico estrado , y cogiendo al señor en medio , se sentáron todas. Y tomando la buena Marialonso una vela , comenzó á mirar de arriba á baxo al bueno del músico , y una decia : ay, que copete que tiene tan lindo y tan rizado ! otra : ay que blancura de dientes ! mal año para piñones mondados , que mas blancos ni mas lindos sean !

otra : ay que ojos tan grandes y tan rasgados ! y por el siglo de mi madre , que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas. Esta alababa la boca, aquella los pies , y todas juntas hicieron dél una menuda anatomía y pepitoria. Sola Leonora callaba , y le miraba , y le iba pareciendo de mejor talle que su velado. En esto la dueña tomó la guitarra que tenia el negro , y se la puso en las manos de Loaysa , rogándole que la tocase , y que cantase unas copillas que entónces andaban muy validas en Sevilla , que decian :

Madre la mi madre

Guardas me poneis.

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas , y se comenzáron á hacer pedazos baylando. Sabia la dueña las coplas , y cantólas con mas gusto que buena voz , y fuéron estas :

Madre la mi madre ,

Guardas me poneis ,

Que si yo no me guardo ,

No me guardaréis.

Dicen que está escrito,
Y con gran razon,
Ser la privacion
Causa de apetito:
Crece en infinito
Encerrado amor;
Por eso es mejor
Que no me encerreis:
Que si yo, etc.

Si la voluntad
Por sí no se guarda;
No la harán guardar
Miedo ó calidad:
Romperá en verdad
Por la misma muerte;
Hasta hallar la suerte
Que vos no entendeis.
Que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
De ser amorosa,
Como mariposa
Se irá tras su lumbre,
Aunque muchedumbre
De guardas le pongan,
Y aunque mas propongan
De hacer lo que haceis.
Que si yo, etc.

Es de tal manera
La fuerza amorosa ,
Que á la mas hermosa
La vuelve en quimera
El pecho de cera ,
De fuego la gana ,
Las manos de lana ,
De fieltro los pies.
*Que si yo no me guardo ,
Mal me guardaréis.*

Al fin llegaban de su canto y bayle el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, quando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pie y de mano como si tuviera alferecía, y con voz entre ronca y baxo, dixo: dispierto señor, señora; y señora, dispierto señor, y levantas, y viene. Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que agenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los ayres: tal se imagine que quedó la banda y corro de las bayladoras pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar habia traído; y procurando cada una su disculpa

y todas juntas su remedio , qual por una , y qual por otra parte se fuéron á esconder por los desvanes y rincones de la casa , dexando solo al músico , el qual dexando la guitarra y el canto , lleno de turbacion no sabia que hacerse. Torcia Leonora sus hermosas manos : abofeteabase el rostro , aunque blandamente la señora Marialonso. En fin todo era confusion , sobresalto , y miedo. Pero la dueña como mas astuta y reportada dió orden que Loaysa se entrase en un aposento suyo , y que ella y su señora se quedarian en la sala , que no faltaria escusa que dar á su señor si allí las hallase. Escondióse luego Loaysa , y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venia , y no sintiendo rumor alguno , cobró ánimo , y poco á poco , paso ante paso se fué llegando al aposento donde su señor dormia , y oyó que roncaba como primero , y asegurada de que dormia , alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su señora del sueño de su amo , la qual se las mandó de muy entera voluntad. No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia , de gozar primero que todas , las gracias que ella se imaginaba que debia tener el músico ; y así

diciéndole á Leonora que esperase en la sala entanto que iba á llamarlo , la dexó , y se entró donde él estaba no ménos confuso *que pensativo* , esperando las nuevas de lo que hacia el viejo untado : maldecia la falsedad del unguento , y quexábase de la *credulidad de sus amigos* , y del poco advertimiento que habia tenido en no hacer primero la experiencia en otro , ántes de hacerla en Carrizales. En esto llegó la dueña , y le aseguró que el viejo dormia á mas y mejor : sosegó el pecho , y estuvo atento á muchas palabras amorosas que Marialonso le dixo , de las cuales coligió la mala intencion suya , y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar á su señora. Y estando los dos en sus pláticas , las demas criadas que estaban escondidas por diversas partes de la casa , una de aquí , otra de allí , volviéron á ver si era verdad que su amo , habia despertado , y viendo que todo estaba sepultado en silencio , llegaron á la sala donde habian dexado á su señora , de la qual supieron el sueño de su amo , y preguntándole por el músico y por la dueña , les dixo donde estaban , y todas con el mismo silencio que habian traído , se llegaron á escuchar por entre las puertas lo

que entrámbos trataban : no faltó de la junta Guiomar la negra ; el negro sí, porque así como oyó que su amo habia despertado, se abrazó con su guitarra y se fué á esconder en su pajar , y cubierto con la manta de su 'pobre cama sudaba y trasudaba de miedo ; y con todo eso no dexaba de tentar las cuerdas de la guitarra : tanta era (encomendado él sea á Satanás) la afición que tenia á la música. Entreoyéron las mozas los requiebros de la vieja , y cada una le dixo el nombre de las pasquas : ninguna la llamó vieja que no fuese con su epiteto y adjetivo de hechicera, y de barbuda, de antojadiza, y de otros que por buen respecto se callan ; pero lo que mas risa causara á quien entónces las oyera , eran las razones de Guiomar la negra, que por ser portuguesa , y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba. En efeto la conclusion de la plática de los dos fué , que él condecenderia con la voluntad della , quando ella primero le entregase á toda su voluntad á su señora. Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el músico pedia ; pero á trueco de cumplir el deseo que ya se le habia apoderado del alma , y de los huesos y médulas del cuerpo,

le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse: dexóle, y salió á hablar á su señora; y como vió su puerta rodeada de todas las criadas, les dixo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habria lugar para gozar con ménos, ó con ningun sobresalto del músico, que ya aquella noche el alboroto les habia aguado el gusto. Bien entendieron todas, que la vieja se queria quedar sola; pero no pudieron dexar de obedecerla, porque las mandaba á todas. Fuéronse las criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada harenga, que pareció que de muchos dias la tenia estudiada: encarecióle su gentileza, su valor, su donayre, y sus muchas gracias: pintóle de quanto mas gusto le serian los abrazos del amante mozo, que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duracion del deleyte, con otras cosas semejantes á estas, que el demonio le puso en la lengua, llenas de colores retóricos, tan demonstrativos y eficaces, que movieran no solo el corazon tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol. O dueñas, nacidas y usadas en el mundo,

para perdicion de mil recatadas y buenas intenciones ! ó lenguas y repulgadas tocas , escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales , y quan al revés de lo que debíades , usais de vuestro casi ya forzoso oficio ! En fin tanto dixo la dueña , tanto persuadió la dueña , que Leonora se rindió , Leonora se engañó , y Leonora se perdió , dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales que dormia el sueño de la muerte de su honra. Tomó Marialonso por la mano á su señora , y casi por fuerza , preñados de lagrimas los ojos , la llevó donde Loaysa estaba , y echándoles la bendicion con una risa falsa de demonio , cerrando tras sí la puerta , los dexó encerrados , y ella se puso á dormir en el estrado , ó por mejor decir á esperar su contento de recudida. Pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese , se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazón preguntar á Carrizales , á no saber que dormia , que adonde estaban sus advertidos recatos ? sus recelos ? sus advertimientos ? sus persuasiones ? los altos muros de su casa ? el no haber entrado en ella ni aun en sombra alguien que tuviese nombre de varón ? el

torno estrecho? las gruesas paredes? las ventanas sin luz? el encerramiento notable? la gran dote en que á Leonora habia dotado? los regalos continuos que le hacia? el buen tratamiento de sus criadas y esclavas? el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habian menester, y que podian desear? Pero ya queda dicho que no habia paraque preguntárselo, porque dormia mas de aquello que fuera menester: y si él lo oyera, y acaso respondiera, no podia dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas, y decir: todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia á lo que yo creo de un mozo holgazan y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida: libre Dios á cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte. Pero con todo esto el valor de Leonora fué tal, que en el tiempo que mas le convenia, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fuéron bastantes á vencerla, y él se cansó enbalde, y ella quedó vencedora, y entrámbos dormidos. Y en esto ordenó el cielo que á pesar del

unguento, Carrizales despertase, y como tenia de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito, con mas ligereza y desnudo que sus muchos años prometian, y quando en el aposento no halló á su esposa, y le vió abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio; pero reportándose un poco, salió al corredor, y de allí andando pie ante pie por no ser sentido, llegó á la sala donde la dueña dormia, y viéndola sola sin Leonora, fué al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vió lo que nunca quisiera haber visto; vió lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vió á Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo tan á sueño suelto, como si en ellos obrara la virtud del unguento, y no en el zeloso anciano. Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba, la voz se le pegó á la garganta, los brazos se le cayéron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frio; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus, pudo tanto el dolor, que no le dexó tomar aliento; y con todo eso to-

mara la venganza que aquella grande maldad requeria , si se hallara con armas para poder tomarla : y así determinó volverse á su aposento á tomar una daga , y volver á sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos , y aun con toda aquella de toda la gente de su casa. Con esta determinacion honrosa y necesaria volvió con el mismo silencio y recato que habia venido á su estancia , donde le apretó el corazon tanto el dolor y la angustia , que sin ser poderoso á otra cosa , se dexó caer desmayado sobre el lecho.

Llegóse en esto el dia , y cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso , y quiso acudir por lo que á su parecer le tocaba , pero viendo que era tarde , quiso dexarlo para la venidera noche. Alborotóse Leonora , viendo tan entrado el dia , y maldixo su descuido , y el de la maldita dueña , y las dos con sobresaltados pasos fuéron donde estaba su esposo , rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando , y quando le viéron encima de la cama callando , creyeron que todavía obraba la untura , pues dormía y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido ,

y asiéndole de un brazo , le volvió de un lado á otro por ver si despertaba , sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre , como decian era menester para que en sí volviese. Pero volvió Carrizales de su desmayo , y dando un profundo suspiro con una voz lamentable y desmayada , dixo : desdichado de mí , y á que tristes términos me ha traído mi fortuna ! No entendió bien Leonora lo que dixo su esposo , mas como le vió despierto y que hablaba , admirada de ver que la virtud del unguento no duraba tanto como habian significado , se llegó á él , y poniendo su rostro con el suyo teniéndolo estrechamente abrazado , le dixo : que teneis , señor mio , que me parece que os estais quejando ? Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo , y abriendo los ojos desencajadamente , como atónito y embelesado los puso en ella , y con grande ahinco , sin mover pestaña la estuvo mirando una gran pieza , al cabo de la qual le dixo : hacedme placer , señora , que luego , luego envieis á llamar á vuestros padres de mi parte , porque siento noseque en el corazon que me da grandísima fatiga , y temo que brevemente me ha de quitar la vida , y querrialos ver ántes que me muriese.

Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decia , pensando ántes que la fortaleza del unguento , y no lo que habia visto , le tenia en aquel trance , y respondiéndole que haria lo que le mandaba , mandó al negro que luego al punto fuese á llamar á sus padres , y abrazándose con su esposo , le hacia las mayores caricias que jamas le habia hecho , preguntándole que era lo que sentia , con tan tiernas y amorosas palabras , como si fuera la cosa del mundo que mas amaba . El la miraba con el embelesamiento que se ha dicho , siéndole cada palabra ó caricia que le hacia , una lanzada que le atravesaba el alma . Ya la dueña habia dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo , encareciéndoles que debia de ser de momento , pues se le habia olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle , quando el negro salió á llamar á los padres de su señora : de la qual embaxada asimismo se admiraron , por no haber entrado ninguno dellos en aquella casa despues que casaron á su hija . En fin todos andaban callados y suspensos , no dando en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo , el qual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba , que con cada

suspiro parecia arrancársele el alma. Lloraba Leonora por verle de aquella suerte , y reíase él con una risa de persona que estaba fuera de sí , considerando la falsedad de sus lágrimas. En esto llegaron los padres de Leonora , y como halláron la puerta de la calle y la del patio abiertas , y la casa sepultada en silencio y sola , quedáron admirados y con no pequeño sobresalto. Fuéron al aposento de su yerno , y halláronle como se ha dicho , siempre clavados los ojos en su esposa , á la qual tenia asida de las manos , derramando los dos muchas lágrimas : ella con no mas ocasion de verlas derramar á su esposo : él por ver quan fingidamente ella las derramaba. Así como sus padres entráron habló Carrizales , y dixo : siéntense aquí vuestras mercedes , y todos los demas dexen desocupado el aposento , y solo quede la señora Marialonso. Hiciéronlo así , y quedando solos los cinco , sin esperar que otro hablase , con sosegada voz , limpiándose los ojos , desta manera dixo Carrizales : bien seguro estoy , padres y señores míos , que no será menester traer os testigos para que me creais una verdad que quiero deciros : bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caído

de la memoria) con quanto amor, con quan buenas entrañas hace hoy un año, un mes, cinco dias, y nueve horas, que me entregastes á vuestra querida hija por legítima muger mia : también sabeis con quanta liberalidad la doté, pues fué tal la dote que mas de tres de su misma calidad pudieran casar con opinion de ricas : así mismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó á desear, y yo alcancé á saber que le convenia : ni mas ni ménos habeis visto, señores, como llevado de mi natural condicion, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentado por mi mucha edad en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya que yo escogí y vosotros me distes, con el mayor recato que me fué posible ; alcé las murallas desta casa, quité la vista á las ventanas de la calle, doblé las cerraduras de las puertas, púsele torno como á monasterio, desterre perpetuamente della todo aquello que sombra ó nombre de varon tuviese ; díle criadas y esclavas que la sirviesen, ni les negué á ellas, ni á ella quanto quisieron pedirme ; hícela mi igual, comuniquéle mis mas secretos pensamien-

tos, entreguéla toda mi hacienda : todas estas eran obras, para que si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me habia costado, y ella procurara no darme ocasion á que ningun género de temor zeloso éntrra en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quedé defraudado en las mias, y que yo mismo haya sido el fabricante del veneno que me va quitando la vida; pero porque veo la suspension en que todos estais, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática, con decir os en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas : digo pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho, ha parado en que esta madrugada hallé á esta nacida en el mundo para perdicion de mi sosiego, y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa) en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado. Apénas acabó estas últimas palabras Carrizales, quando á Leonora se le cubrió el corazon, y en las

mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un ñudo que no les dexaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dixo : la venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse ; pues quiero que así como yo fuí extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomare, tomándola de mí mismo como del mas culpado en este delito, que debiera considerar que mal podian estar ni compadecerse en uno los quince años desta muchaha con los casi ochenta mios, y yo fuí el que como el gusano de seda me fabriqué la casa donde muriese; y á tí no te culpo, ó niña mal aconsejada ! (y diciendo esto se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora) no te culpo digo, porque persuasiones de viejas taymadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio, que los pocos años encierran; mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida, quiero mostrarlo de modo, que quede en el mundo por exemplo sino de bondad,

alomenos de simplicidad jamas oida ni vista: y así quiero que se traiga luego aquí un escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el qual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que despues de mis dias, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo á quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que si viviendo, jamas salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto: la demas hacienda mandaré á otras obras pias, y á vosotros, señores mios, dexaré con que podais vivir honradamente lo que de la vida os queda: la venida del escribano sea luego, porque la pasion que tengo me aprieta de manera, que á mas andar me va acortando los pasos de la vida. Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dexó caer tan junto de Leonora, que se juntáron los rostros: extraño y triste espectáculo para los padres que á su querida hija y á su amado yerno miraban! No quiso la mala dueña esperar á las reprehensiones que pensó le darian los padres de su señora; y así se salió del aposento, y fué á decir á Loaysa

todo lo que pasaba, aconsejándole que luego al punto se fuese de aquella casa, que ella tendría cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no había puertas ni llaves que lo impidiesen. Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fué á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores. Entanto pues que los dos estaban transportados, el padre de Leonora envió á llamar á un escribano amigo suyo, el qual vino á tiempo que ya habían vuelto hija y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que había dicho, sin declarar el yerro de Leonora, mas de que por buenos respectos le pedia y rogaba se casase, si á caso él muriese, con aquel mancebo que él la había dicho en secreto. Quando esto oyó Leonora, se arrojó á los pies de su marido, y saltándole el corazón en el pecho, le dixo: vivid vos muchos años, mi señor y mi bien todo, que puesto caso que no estéis obligado á creerme ninguna cosa de las que os dixere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento, y comenzando á disculparse y á contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió á

desmayarse. Abrazóla así desmayada el lastimado viejo, abrazáronla sus padres, lloraron todos tan amargamente, que obligaron y aun forzaron á que en ellas les acompañase el escribano que hacia el testamento, en el qual dexó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y negro, y á la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa, que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteno dia le lleváron á la sepultura. Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y quando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabia que su marido en su testamento dexaba mandado, vió que dentro de una semana se entró monja en uno de los mas recogidos monasterios de la ciudad: él despechado y casi corrido se pasó á las indias. Quedáron los padres de Leonora tristísimos, aunque se consoláron con lo que su yerno les habia dexado, y mandado por su testamento. Las criadas se consoláron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la libertad; y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos: y yo quedé con el deseo de llegar al fin de este suceso, exemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos, y paredes, quando

queda la voluntad libre; y de lo ménos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oido exhortaciones destas dueñas de mongil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Solo no sé que fué la causa que Leonora no puso mas ahinco en disculparse, y dar á entender á su zeloso marido quan limpia y sin ofensa habia quedado en aquel suceso; pero la turbacion le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido, no dió lugar á su disculpa.





LA ILUSTRE FREGONA

Gravé par Adam

NOVELA

DE

LA ILUSTRE FREGONA.

EN Burgos, ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivian dos caballeros principales y ricos : el uno se llamaba Don Diego de Carriazo, y el otro Don Juan de Avendaño. El Don Diego tuvo un hijo á quien llamó de su mismo nombre, y el Don Juan otro á quien puso Don Tomas de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas deste cuento, por excusar y ahorrar letras les llamaremos con solos los nombres de Carriazo, y de Avendaño. Trece años ó poco mas tendria Carriazo, quando llevado de una inclinacion picaresca, sin forzarle á ello algun mal tratamiento que sus padres le hiciesen, solo por su gusto y antojo se desgarró como dicen los muchachos, de casa de sus padres y se fué por

ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba ménos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar á pie le cansaba, ni el frio le ofendia, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera: tan bien dormia en parvas, como en colchones: con tanto gusto se soterraba en un pajar de un meson, como si se acostara entre dos sábanas de Holanda: finalmente él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarrache. En tres años que tardó en parecer y volver á su casa aprendió á jugar á la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y á presa y pinta en pie en las barbacas de Sevilla; pero con serle anexo á este género de vida la miseria y estrechez, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus obras: á tiro de escopeta en mil señales descubria ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas, visitaba pocas veces las ermitas de Baco; y aunque bebia vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que
beban

beban demasiada, luego se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellon y almagre. En fin en Carriazo vió el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado, y mas que medianamente discreto; pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara donde es el finibusterre de la picaresca. O pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios: pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover, de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debaxo deste nombre pícaro! baxad el tordo, amaynad el brio, no os llameis pícaros sino habeis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes: allí, allí, que está en su centro el trabajo junto con la poltronería: allí está la suciedad limpia, y la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, *sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los hayles como en bodas, las siguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones: aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá*

se juega, y por todo se hurta : allí campea la libertad y luce el trabajo, allí van ó envian muchos padres principales á buscar á sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida, como si los llevaran á dar la muerte. Pero toda esta dulzura que he pintado, tiene un amargo acibar que la amarga; y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladen de Zahara á Berbería : por esto las noches se recogen á unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos; puesto que tal vez ha sucedido, que centinelas y atajadores, pícaros, mayores, barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España, y amanecido en Tetuan. Pero no fué parte este temor para que nuestro Carriazo dexase de acudir allí tres veranos á darse buen tiempo : el último verano le dixo tan bien la suerte, que ganó á los naypes cerca de setecientos reales, con los quales quiso vestirse, y volverse á Burgos, y á los ojos de su madre que habian derramado por él muchas lágrimas : despidióse de sus amigos, que los tenia muchos y muy buenos : prometiéndoles que el verano siguiente seria con

ellos, si enfermedad ó muerte no lo estorbaba : dexo con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos entregó á aquellas secas arenas, que á él parecian mas frescas y verdes, que los campos Eliseos : y por estar ya acostumbrado de caminar á pie, tomo el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando las tres ánades, madre : estúvose allí quince días para reformar la color del rostro, sacándola de mulata á flamenca, y para trastejarse y sacarse del borrador de pícaro, y ponerse en limpio de caballero. Todo esto hizo segun y como le diéron comodidad quinientos reales con que llegó á Valladolid, y aun dellos reservó ciento, con que se presentó á sus padres honrado y contento. Ellos le recibieron con mucha alegría, y todos sus amigos y parientes viniéron á darle el parabien de la buena venida del Señor Don Diego de Carriazo su hijo. Es de advertir que en su peregrinacion Don Diego mudó el nombre de Carriazo en el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabian.

Entre los que viniéron á ver el recién llegado fueron Don Juan de Avendaño, y su hijo Don Tomás, con quien Carriazo por

ser ámbos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó una amistad estrechísima. Contó Carriazo á sus padres y á todos mil magníficas y luengas mentiras de cosas que le habian sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó ni por pienso en las almadras, puesto que en ellas tenia de continuo puesta la imaginacion, especialmente quando vió que se llegaba el tiempo donde habia prometido á sus amigos la vuelta: ni le entretenia la caza en que su padre le ocupaba, ni los muchos, honestos, y gustosos convites que en aquella ciudad se usan, le daban gusto; todo pasatiempo le cansaba, y á todos los mayores que se le ofrecian, anteponia el que habia recibido en las almadras. Avendaño su amigo, viéndole muchas veces melancólico é imaginativo, fiado en su amistad se atrevió á preguntarle la causa, y se obligó á remediarla si pudiese y fuese menester, con su sangre misma. No quiso Carriazo tenérsela encubierta por no agraviar á la grande amistad que le profesaba; y así le contó punto por punto la vida de la xábega, y como todas sus tristezas y pensamientos nacia del deseo que tenia de volver á ella: pintósele de modo, que Avendaño, quando lo acabó

de oír, ántes alabó que vituperó su gusto: En fin el de la plática fué disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera, que determinó de irse con él á gozar un verano de aquella felicísima vida que le habia descrito, de lo qual quedó sobre modo contento Carriazo, por parecerle que habia ganado un testigo de abono que calificase su baja determinacion: trazáron ansimismo de juntar todo el dinero que pudiesen, y el mejor modo que halláron fué que de allí á dos meses habia de ir Avendaño á Salamanca, donde por su gusto tres años habia estado estudiando las lenguas Griega y Latina, y su padre queria que pasase adelante, y estudiase la facultad que él quisiese; y que del dinero que le diese habria para lo que deseaban. En este tiempo propuso Carriazo á su padre que tenia voluntad de irse con Avendaño á estudiar á Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que hablando al de Avendaño, ordenáron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedian ser hijos suyos. Llegóse el tiempo de la partida: proveyéronles de dineros, y enviáron con ellos un ayo que los gobernase, que tenia mas de hombre de bien que de discreto. Los padres diéron do-

cumentos á sus hijos de lo que habian de hacer, y de como se habian de gobernar, para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigiliass, principalmente los bien nacidos. Mostráronse los hijos humildes y obedientes : lloráron las madres : recibieron la bendicion de todos : pusieronse en camino con mulas propias, y con dos criados de casa, amen del ayo que se habia dexado crecer la barba, porque diese autoridad á su cargo. En llegando á la ciudad de Valladolid, dixéron al ayo que querian estarse en aquel lugar dos dias para verle, porque nunca le habian visto ni estado en él. Reprehendiólos mucho el ayo severa y ásperamente la estada, diciéndoles que los que iban á estudiar con tanta priesa como ellos, no se habian de detener una hora á mirar niñerías, quanto mas dos dias, y que él formaria escrúpulo, si los dexaba detener un solo punto, y que se partiesen luego, y sino, que sobre eso morena... Hasta aquí se extendia la habilidad del señor ayo, ó mayordomo como mas nos diere gusto llamarle. Los mancebitos que tenian ya hecho su agosto y su vendimia, pues habian ya robado qua-

treientos escudos de oro que llevaba su mayor, dixéron que solo los dexase aquel dia, en el qual querian ir á ver la fuente de Argales, que la comenzaban á conducir á la ciudad por grandes y espaciosos aqueductos. En efeto, aunque con dolor de su ánima, les dió licencia, porque él quisiera escusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas á Salamanca en dos dias, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero como uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla, todo le sucedió al revés de lo que él quisiera. Los mancebos con solo un criado, y á caballo en dos muy buenas y caseras mulas salieron á ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas á despecho del Caño dorado, y de la reverenda Priora; con paz sea dicho de Leganitos, y de la estremadísima fuente Castellana; en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha. Llegaron á Argales, y quando creyó el criado que sacaba Avena de las bolsas del coxin alguna cosa con que beber, vió que sacó una carta cerrada, diciéndole que luego al punto volviése á la ciudad, y se la diese á su ayo, y

que en dándola les esperase en la puerta del Campo. Obedeció el criado, tomó la carta, volvió á la ciudad, y ellos volviéron las riendas, y aquella noche durmiéron en Mojados, y de allí á dos dias en Madrid, y en otros quatro se vendiéron las mulas en pública plaza, y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y aun quien les diese el dinero en oro por sus cabales. Vistiéronse á lo payo, con capotillos de dos haldas, zahones, ó zaragüelles y medias de paño pardo. Roperero hubo que por la mañana les compró sus vestidos, y á la noche los habia mudado de manera, que no los conociera la propia madre que los habia parido. Puestos pues á la ligera y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo *ad pedem litteræ* y sin espadas, que tambien el ropero, aunque no atañia á su menester, se las habia comprado.

Dexémoslos ir por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos á contar lo que el ayo hizo quando abrió la carta, que el criado le llevó, y halló que decia de esta manera. Vuesa merced será servido, señor Pedro Alonso, de tener paciencia y dar la vuelta á Burgos, donde dirá á nuestros pa-

dres que habiendo nosotros sus hijos con madura consideracion considerado quantas propias son de los caballeros las armas, que las letras, habemos determinado de trocar á Salamanca por Bruselás, y á España por Flándes : los quatrocientos escudos llevamos, las mulas pensamos vender : nuestra hidalga intencion y el largo camino es bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgará por tal, si no es cobarde : nuestra partida es ahora, la vuelta será quando Dios fuere servido, el qual guarde á vuesa merced como puede, y estos sus menores discípulos deseamos. De la fuente de Argales, puesto ya el pie en el estribo para caminar á Flándes. Carriazo, y Avendaño. Quedó Pedro Alonso suspenso en leyendo la epístola, y acudió presto á su baliya; y el hallarla vacía le acabó de confirmar la verdad de la carta, y luego al punto en la mula que le habia quedado, se partió á Burgos á dar las nuevas á sus amos con toda presteza, porque con ella pusiesen remedio, y diesen traza de alcanzar á sus hijos; pero destas cosas no dice nada el autor desta novela, porque así como dexó puesto á caballo á Pedro Alonso, volvió á contar lo que les sucedió á Avendaño y á Carriazo á

la entrada de Illescas, diciendo : que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer andaluces, en calzones de lienzo anchos, jubones acuchillados de angeo, sus coletos de ante, dagas de ganchos, y espadas sin tiros, al parecer el uno venia de Sevilla, y el otro iba á ella : el que iba, estaba diciendo al otro : si no fueran mis amos tan adelante, todavía me detuviera algo mas á preguntar mil cosas que deseo saber, porque me has marabillado mucho con lo que has contado de que el Conde ha ahorcado á Alonso Genís y á Ribera, sin querer otorgarles la apelacion. O pecador de mí ! replicó el sevillano, armóles el conde zancadilla, y cogiólos debaxo de su jurisdicion, que eran soldados, y por contrabando se aprovechó dellos, sin que la Audiencia se los pudiese quitar : sábetete, amigo, que tiene un bercebú en el cuerpo este conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma : barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de xácaros : no para ladron en sus contornos : todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dexará presto el cargo de Asistente, porque no tiene condicion para verse á cada paso en dimes ni diretes

con los señores de la Audiencia. Vivan ellos mil años, dixo el que iba á Sevilla, que son padres de los miserables y amparo de los desdichados: ¡ quantos pobretes están mascando barro, no mas de por la cólera de un juez absoluto, de un corregidor ó mal informado, ó bien apasionado ! mas ven muchos ojos, que dos : no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones, como se apodera de uno solo. Predicador te has vuelto, dixo el de Sevilla, y segun llevas la retahíla, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas á posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la mas hermosa fregona que se sabe : Marinilla la de la venta Tejada es asco en su comparacion: no te digo mas sino que hay fama, que el hijo del corregidor bebe los vientos por ella : uno desos mis amos que allá van, jura que al volver que vuelva al Andalucía, se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada sólo por hartarse de mirarla : ya le dexó yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscon : es dura como un mármol, y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una hortiga; pero tiene una cara de pascua, y un

rostro de buen año : en una mexilla tiene el sol, y en la otra la luna : la una es hecha de rosas, y la otra de claveles, y en entrambas hay tambien azucenas y jazmines : no te digo mas, sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, segun lo que te pudiera decir, acerca de su hermosura : en las dos mulas rucias, que sabes que tengo mias, la dotara de buena gana, si me la quisieran dar por muger; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un arcipreste, ó para un conde : y otra vez torno á decir que allá lo verás, y á Dios que me mudo. Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya plática y conversacion dexó mudos á los dos amigos que escuchado la habian, especialmente Avendaño, en quien la simple relacion que el mozo de mulas habia hecho de la hermosura de la fregona, despertó en él un intenso deseo de verla : tambien le despertó en Carriazo; pero no de manera, que no desease mas llegar á sus almadrabas, que detenerse á ver las pirámides de Egipto, ó otra de las siete marabillas, ó todas juntas. En repetir las palabras de los mozos, y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decian, entretuviéron el camino hasta

Toledo, y luego siendo la guia Carriazo que ya otra vez habia estado en aquella ciudad, baxando por la Sangre de Cristo, diéron con la posada del Sevillano; pero no se atrevieron á pedirla allí, porque su trage no lo pedia. Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba á Avendaño que fuesen á otra parte á buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecia la tan celebrada fregona. Entrábase la noche, y la fregona no salia: desesperábase Carriazo, y Avendaño se estaba quedo: el qual por salir con su intencion, con escusa de preguntar por unos caballeros de Burgos que iban á la ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada; y apénas hubo entrado, quando de una sala que en el patio estaba, vió salir una moza al parecer de quince años poco mas ó ménos, vestida como labradora, con una vela encendida en un candelero. No puso Avendaño los ojos en el vestido y trage de la moza, sino en su rostro, que le parecia ver en él los que suelen pintar de los ángeles: quedó suspenso y atónito de su hermosura, y no acertó á preguntarle nada: tal era su suspension y embelesamiento. La moza viendo aquel hombre

delante de sí, le dixo : que busca, hermano? es por ventura criado de alguno de los huéspedes de casa? No soy criado de ninguno, sino vuestro, respondió Avendaño, todo lleno de turbacion y sobresalto. La moza, que de aquel modo se vió responder, dixo : vaya, hermano, norabuena, que las que servimos no hemos menester criados; y llamando á su señor le dixo: mire, señor, lo que busca este mancebo. Salió su amo, y preguntóle que buscaba? El respondió que á unos caballeros de Burgos que iban á Sevilla, uno de los cuales era su señor, el qual le había enviado delante por Alcalá de Henares donde habia de hacer un negocio que les importaba; y que junto con esto le mandó, que se viniese á Toledo, y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendria á apearse, y que pensaba que llegaria aquella noche ó otro dia á mas tardar. Tan buen color dió Avendaño á su mentira, que á la cuenta del huésped pasó por verdad, pues le dixo : quéde-se, amigo, en la posada, que aquí podrá esperar á su señor hasta que venga. Muchas mercedes, señor huésped, respondió Avendaño, y mande vuesa merced que se me dé un aposento para mí, y un compañero

que viene conmigo que está allí fuera, que dineros traemos para pagarlo tan bien como otro. En buenora, respondió el huésped, y volviéndose á la moza dixo: Costancica, di á la Arguello, que lleve á estos galanes al aposento del rincon, y que les eche sábanas limpias. Sí haré, señor, respondió Costanza, que así se llamaba la doncella, y haciendo una reverencia á su amo, se les quitó delante, cuya ausencia fué para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol, y sobrevenir la noche lóbrega y oscura: con todo esto salió á dar cuenta á Carriazo de lo que habia visto, y de lo que dexaba negociado. El qual por mil señales conoció como su amigo venia herido de la amorosa pestilencia; pero no le quiso decir nada por entónces, hasta ver si lo merecia la causa de quien nacia las extraordinarias alabanzas y grandes hipérbolés, con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba. Entráron en fin en la posada, y la Arguello, que era una muger de hasta quarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos, los llevó á uno que ni era de caballeros, ni de criados, sino de gente que podia hacer medio entre los dos extremos. Pidiéron de ce-

nar, respondióles la Arguello que en aquella posada no daban de comer á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traian de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado habia cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podian ir á cenar lo que quisiesen. Tomáron los dos el consejo de la Arguello, y diéron con sus cuerpos en un bodegon, donde Carriazo cenó lo que le diéron, y Avendaño lo que con él llevaba, que fuéron pensamientos é imaginaciones. Lo poco ó nada que Avendaño comia, admiraba á Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse á la posada, le dixo: conviene que mañana madruguemos, porque ántes que entre la calor estémos ya en Orgaz. No estoy en eso, respondió Avendaño, porque pienso ántes que desta ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las vistillas de San Agustín, la huerta del Rey, y la vega. Norabuena, respondió Carriazo, eso en dos dias se podrá ver. En verdad que lo he de tomar despacio, que no vamos á Roma á alcanzar alguna vacante. Ta, ta, replicó Carriazo, á mí me maten, amigo, sino estais vos con

mas deseo de quedaros en Toledo, que de seguir nuestra comenzada romería. Así es la verdad, respondió Avendaño, y aun tan imposible será apartarme de ver el rostro desta doncella, como no es posible ir al cielo sin buenas obras. Gallardo encarecimiento, dixo Carriazo, y determinacion digna de un tan generoso pecho como el vuestro! bien quadra un Don Tomas de Avendaño, hijo de Don Juan de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el meson del Sevillano! Lo mismo me parece á mí que es, respondió Avendaño, considerar un Don Diego de Carriazo, hijo del mismo caballero, del hábito de Alcántara el padre, y el hijo á pique de heredarle con su mayorazgo, no ménos gentil en el cuerpo, que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos, verle enamorado, de quien si pensais? de la Reyna Ginebra? no por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es mas fea á lo que creo, que un miedo de santo Anton. Pata es la traviesa, amigo, respondió Carriazo, por los filos que te herí me has muerto, quédese aquí nuestra pendencia, y va-

mos á dormir, y amanecerá Dios, y medrarémos. Mira, Carriazo, hasta ahora no has visto á Costanza, en viéndola te doy licencia para que me digas todas las injurias, ó reprehensiones que quisieres. Ya sé yo en que ha de parar esto, dixo Carriazo. En que? replicó Avendaño. En que yo me iré con mi almadraba, y tu te quedarás con tu fregona, dixo Carriazo. No seré yo tan venturoso, dixo Avendaño: ni yo tan necio, respondió Carriazo, que por seguir tu mal gusto, dexé de conseguir el bueno mio. En estas pláticas llegaron á la posada, y aun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche; y habiendo dormido á su parecer, poco mas de una hora, los despertó el son de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama, y estuviéron atentos, y dixo Carriazo: apostaré que es ya de dia, y que debe hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Cármen que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías. No es eso, respondió Avendaño, porque no ha tantó que dormimos que pueda ser ya de dia. Estando en esto, sintiéron llamar á la puerta de su aposento, y preguntando quien llamaba? Respondiéron de fuera, diciendo: mancebos,

si quereis oir una brava música, levantaos, y asomaos á una reja, que sale á la calle, que está en aquella sala frontera, que no hay nadie en ella. Levantáronse los dos, y quando abriéron, no halláron persona, ni supiéron quien les habia dado el aviso; mas porque oyéron el son de una harpa, creyéron ser verdad la música, y así en camisa como se halláron, se fuéron á la sala donde ya estaban otros tres ó quatro huéspedes puestos á las rejas: halláron lugar, y de allí á poco, al son de la harpa y de una viguela, con maravillosa voz oyéron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria á Avendaño.

RARO humilde sugeto, que levantas
 A tan excelsa cumbre la belleza,
 Que en ella se excedió naturaleza
 A sí misma, y al cielo la adelantas.

Si hablas, ó si ries, ó si cantas,
 Si muestras mansedumbre, ó aspereza,
 (Efeto solo de tu gentileza)
 Las potencias del alma nos encantas:

Para que pueda ser mas conocida
 La sin par hermosura que contiene,
 Y la alta honestidad de que blasonas,

Dexa el servir, pues debes ser servida
De quantos ven sus manos y sus sienes
Resplandecer por cetros y coronas.

No fué menester que nadie les dixese á los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo habia descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oidos de Avendaño, que diera por bien empleado, por no haberle oido haber nacido sordo, y estarlo todos los dias de la vida que le quedaba, á causa que desde aquel punto la comenzó á tener tan mala, como quien se halló traspasado el corazon de la rigorosa lanza de los zelos, y era lo peor que no sabia de quien debia, ó podia tenerlos. Pero presto le sacó deste cuidado uno de los que á la reja estaban, diciendo: que tan simple sea este hijo del corregidor, que le ande dando músicas á una fregona! verdad es que ella es de las mas hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto habia de solicitarla con tanta publicidad. A lo qual añadió otro de los de la reja; pues en verdad que he oido yo decir por cosa muy cierta, que así hace ella cuenta dél, como si no fuese nadie: apostaré que se está ella agora dur-

miendo á sueño suelto detras de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas, ni canciones. Así es la verdad, replicó el otro, porque es la mas honesta doncella que se sabe, y es marabilla, que con estar en esta casa de tanto tráfago, y donde hay cada dia gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desman del mundo. Con esto que oyó Avendaño, tornó á revivir y á cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas, que al son de diversos instrumentos los músicos cantáron, todas encaminadas á Costanza, la qual, como dixo el huésped, se estaba durmiendo sin ningun cuidado. Por venir el dia se fuéron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volviéron á su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana. La qual venida se levantáron los dos, entrámbos con deseo de ver á Costanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro deseo enamorado. Pero á entrámbos se los cumplió Costanza, saliendo de la sala de su amo tan hermosa, que á los dos les pareció que todas quantas alabanzas le habia dado el mozo de mulas, eran cortas y de ningun encarecimiento. Su ves-

tido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran baxos, pero la camisa alta, plegado el cuello con un cabezon labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una columna de alabastro, que no era ménos blanca su garganta : ceñida con un cordon de S. Francisco, y de una cinta pendiente al lado derecho un gran manojó de llaves : no traia chinelas, sino zapatos de dos suelas colorados, con unas calzas que no se le parecian, sino quanto por un perfil mostraban tambien ser coloradas : traia trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo, pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura, el color salia de castaño; y tocaba en rubio; pero al parecer tan limpio, tan igual, y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro se le pudiera comparar : pendíanle de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecian perlas : los mismos cabellos le servian de garbín y de tocas. Quando salió de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devocion y sosiego hizo una profunda reverencia á una imágen de Nuestra Señora, que en una de las paredes del

patio estaba colgada, y alzando los ojos vió á los dos que mirándola estaban, y apenas los hubo visto, quando se retiró y volvió á entrar en la sala, desde la qual dió voces á la Arguello, que se levantase. Resta ahora por decir, que es lo que le pareció á Carriazo de la hermosura de Costanza : que de lo que le pareció á Avendaño, ya está dicho, quando la vió la vez primera. No digo mas, sino que á Carriazo le pareció tan bien como á su compañero; pero enamoróle mucho ménos, y tan ménos, que quisiera no anochechar en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto á las voces de Costanza salió á los corredores la Arguello, con otras dos mocetonas, tambien criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas, y el haber tantas lo requería la mucha gente que acude á la posada del Sevillano, que es una de las mejores y mas frequentadas que hay en Toledo. Acudieron tambien los mozos de los huéspedes á pedir cebada : salió el huésped de casa á dársela, maldiciendo á sus mozas, que por ellas se le había ido un mozo que la solía dar con muy buena cuenta y razon, sin que le hubiese echado ménos á su parecer un solo grano. Avendaño que oyó esto, dixo : no se fati-

gue, señor huésped, déme el libro de la cuenta, que los dias que hubiere de estar aquí, yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche ménos al mozo que dice que se le ha ido. En verdad que os lo agradezco, mancebo, respondió el huésped, porque yo no puedo atender á esto, porque tengo otras muchas cosas á que acudir fuera de casa : baxad, daroshé el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo, y hacen trámpantojos un celemin de cebada con ménos conciencia, que si fuese de paja. Baxó al patio Avendaño, y entregóse en el libro, y comenzó á despachar celemines como agua, y asentarlos por tan buena orden, que el huesped que lo estaba mirando, quedó contento, y tanto que dixo : pluguiese á Dios, que vuestro amo no viniese, y que á vos os diese gana de quedaros en casa, que á fe que otro gallo os cantase, porque el mozo que se me fué, vino á mi casa habrá ocho meses roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos muy buenos, y va gordo como una nutria; porque quiero que sepais, hijo, que en esta casa hay muchos provechos amen de los salarios. Si yo me quedase, replicó Avendaño,

ño, no repararia mucho en la ganancia, que con qualquiera cosa me contentaria á trueco de estar en esta ciudad, que me dicen que es la mejor de España. Aloménos, respondió el huésped, es de las mejores y mas abundantes, que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al rio, que tambien se me fué otro mozo que con un asno que tengo famoso me tenia rebosando las tinajas, y hecha un lago de agua la casa; y una de las causas por que los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos á mi posada, es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, porque no llevan su ganado al rio, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños. Todo esto estaba oyendo Carriazo, el qual viendo que ya Avendaño estaba acemodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse á buenas noches, y mas que consideró el gran gusto que haria á Avendaño, si le seguia el humor; y así dixo al huésped: venga el asno, señor huésped, que tambien sabré yo cinchalle y cargalle, como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía. Sí, dixo Avendaño, mi compañero Lope Asturiano servirá de traer agua como un príncipe, y yo le

fio. La Arguello que estaba atenta desde el corredor á todas estas pláticas, oyendo decir á Avendaño, que él fiaba á su compañero, dixo: dígame, gentilhombre, y quien le ha de fiar á él? que en verdad que me parece que mas necesidad tiene de ser fiado, que de ser fiador. Calla, Arguello, dixo el huésped, no te metas donde no te llaman, yo los fio á entrámbos, y por vida de vosotras, que no tengais dares ni tomares con los mozos de casa, que por vosotras se me van todos. Pues que? dixo otra moza; ya se quedan en casa estos mancebos? para mi santiguada, que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota. Déxese de chocarrerías, señora gallega, respondió el huésped, y haga su hacienda, y no se entremeta con los mozos, que la moleré á palos. Por cierto sí, replicó la gallega, mirad que joyas para codiciallas! pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona con los mozos de casa ni de fuera para tenerme en la mala piñon que me tiene: ellos son bellacos, y se van quando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasion alguna: bonita gente es ella por cierto, para tener necesidad de appetites que les inciten á dar un madrugon á sus amos

quando ménos se percatan. Mucho hablais, gallega hermana, respondió su amo : punto en boca, y atended á lo que teneis á vuestro cargo. Ya en esto tenia Carriazo enjaezado el asno, y subiendo en él de un brinco, se encaminó al rio, dexando á Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolucion.

He aquí tenemos ya (enbuenhora se cuente) á Avendaño hecho mozo de meson con nombre de Tomas Pedro, que así dixo que se llamaba : y á Carriazo con el de Lope Asturiano hecho aguador : transformaciones dignas de anteponerse á las del narigudo Poeta. A malas penas acabó de entender la Arguello que los dos se quedaban en casa, quando hizo designio sobre el Asturiano, y le marcó por suyo, determinándose á regalarle de suerte, que aunque él fuese de condicion esquiva y retirada, le volviese mas blando que un guante. El mismo discurso hizo la gallega melindrosa sobre Avendaño; y como las dos por trato, y conversacion, y por dormir juntas fuesen grandes amigas, al punto declaró la una á la otra su determinacion amorosa, y desde aquella noche determináron de dar principio á la conquista de sus dos desapasionados



amantes; pero lo primero que advirtiéron fué en que les habian de pedir que no les habian de pedir zelos por cosas que las viesen hacer de sus personas; porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro, sino hacen tributarios á los de fuera de casa: callad, hermanos, decian ellas (como si los tuvieran presentes y fueran ya sus verdaderos mancebos ó amancebados). callad y tapaos los ojos, y dexad tocar el pandero á quien sabe, y que guie la danza quien la entiende, y no habrá par de canónigos mas regalados, que vosotros lo seréis destas tributarias vuestras. Estas y otras razones desta sustancia y jaez dixéron la Gallega y la Arguello. Y entanto caminaba nuestro buen Lope Asturiano la vuelta del rio por la cuesta del Cármen, puestos los pensamientos en sus Almadrabas y en la súbita mutacion de su estado: ó ya fuese por esto, ó porque la suerte así lo ordenase, en un paso estrecho al baxar de la cuesta encontró con un asno de un aguador que subia cargado, y como él descendia, y su asno era gallardo, bien dispuesto, y poco trabajado, tal encuentro dió al cansado y flaco que subia, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros, se derramó

tambien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo despechado y lleno de cólera arremetió al aguador moderno que aun se estaba caballero, y ántes que se desenvolvese y apease, le habia pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supieron bien al Asturiano. Apeóse en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió á su enemigo, y asiéndole con ámbas manos por la garganta dió con él en el suelo, y tal golpe dió con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre que pensó que le habia muerto. Otros muchos aguadores que allí venian, como viéron á su compañero tan mal parado, arremetiéron á Lope, y tuviéronle asido fuertemente, gritando: justicia, justicia, que este aguador ha muerto un hombre; y á vuelta destas razones y gritos le molian á moxicones y á palos. Otros acudiéron al caido, y viéron que tenia hendida la cabeza, y que casi estaba espirando. Subiéron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Cármen diéron en los oídos de un alguacil, el qual con dos corchetes con mas ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia á tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno,

y el de Lope asido, y Lope rodeado de mas de veinte aguadores que no le dexaban rodear, ántes le brumaban las costillas de manera, que mas se pudiera temer de su vida, que de la del herido segun menudeaban sobre él los puños, y las varas aquellos vengadores de la agena injuria. Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó á sus corchetes al Asturiano, y antecogiendo á su asno, y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguian, que apenas podia hender por las calles. Al rumor de la gente salió Tomas Pedro y su amo á la puerta de casa á ver de que procedia tanta grita, y descubriéron á Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca : miró luego por su asno el huésped, y vióle en poder de otro corchete que ya se les habia juntado : preguntó la causa de aquellas prisiones, fuéle respondida la verdad del suceso, pesóle por su asno temiendo que le habia de perder, ó aloménos de hacer mas costas por cobrarle, que él valia. Tomas Pedro siguió á su compañero, sin que le dexasen llegar á hablarle una palabra : tanta era la gente que lo impedia, y el recato de los corchetes, y del alguacil

que le llevaba. Finalmente no le dexó hasta verle poner en la cárcel, y en un calabozo con dos pares de grillos, y al herido en la enfermería, donde se halló á verle curar, y vió que la herida era peligrosa y mucho, y lo mismo dixo el cirujano. El alguacil se llevó á su casa los dos asnos, y mas cinco reales de á ocho, que los corchetes habian quitado á Eope. Volvióse á la posada lleno de confusion y de tristeza, halló al que ya tenia por amo con no ménos pesadumbre que él traía, á quien dixo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno : díxole mas, que á su desgracia se le habia añadido otra de no menor fastidio, y era que un grande amigo de su señor le habia encontrado en el camino, y le habia dicho que su señor por ir muy de priesa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid habia pasado por la barca de Aceca, y que aquella noche dormia en Orgaz, y que le habia dado doce escudos que le diese, con orden de que se fuese á Sevilla donde le esperaba; pero no puede ser así, añadió Tomas, pues no será razon que yo dexé á mi amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro : mi amo me podrá

perdonar por ahora; quanto mas que él es tan bueno y honrado, que dará por bien qualquier falta que le hiciere á trueco que no la haga á mi camarada: vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero y acudir á este negocio; y en tanto que esto se gasta, yo escribiré á mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten á sacarnos de qualquier peligro. Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba saneando la pérdida de su asno: tomó el dinero, y consoló á Tomas, diciéndole que él tenia personas en Toledo de tal calidad, que valian mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del corregidor, que le mandaba con el pie, y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenia una hija, que era grandísima amiga de una hermana de un frayle muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja: la qual lavandera lavaba la ropa en casa, y como esta pida á su hija, que sí pedirá, hable á la hermana del frayle que hable á su hermano que hable al confesor, y el confesor á la monja, y la monja guste de dar un villete (que será cosa fácil) para el corregidor donde le pida encarecidamente mire por el

negocio de Tomas, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso : y esto ha de ser con tal, que el aguador no muera, y con que no falte unguento para untar á todos los ministros de la justicia, porque si no están untados, gruñen mas que carretas de bueyes. En gracia le cayó á Tomas los ofrecimientos del favor que su amo le habia hecho, y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le habia derivado ; y aunque conoció que ántes lo habia dicho de socarron, que de inocente, con todo eso le agradeció su buen ánimo, y le entregó el dinero con promesa que no faltaria mucho mas, segun él tenia la confianza en su señor como ya le habia dicho. La Arguella que vió atraillado á su nuevo cuyo, acudió luego á la cárcel á llevarle de comer ; mas no se le dexáron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta ; pero no por esto desistió de su buen propósito. En resolucion dentro de quince dias estuvo fuera de peligro el herido, y á los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano : y ya en este tiempo habia dado traza Tomas como le viniesen cinquenta escudos de Sevilla, y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula fingida de su amo ; y como

al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho. Por seis ducados se apartó de la querrela el herido : en diez, y en el asno, y las costas sentenciaron al Asturiano. Salió de la cárcel, pero no quiso volver á estar con su compañero, dándole por disculpa que en los dias que habia estado preso le habia visitado la Arguello y requiriéndole de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado, que ántes se dexara ahorcar, que correspondèr con el deseo de tanta mala hembra : que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador, entanto que estuviesen en Toledo, que con aquella cubierta no sería juzgado ni preso por vagamundo, y que con sola una carga de agua se podia andar todo el dia por la ciudad á sus anchuras mirando bobas. Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las mas discretas mugeres de España, y que andan á una su discreción con su hermosura; y sino míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no solo á las her-

mosas desta ciudad, sino á las de todo el mundo. Paso, señor Tomas, replicó Lope, vamos poquito á poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que como le tengo por loco, le tenga por herege. Fregona has llamado á Costanza, hermano Lope? respondió Tomas: Dios te lo perdone, y te trayga á verdadero conocimiento de tu yerro. Pues no es fregona? replicó el Asturiano. Hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato. No importa, dixo Lope, no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo. Yo te digo, hermano, replicó Tomas, que ella no friega, ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha. Pues como la llaman por toda la ciudad, dixo Lope, la Fregona ilustre, si es que no friega? mas sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, le dan nombre de ilustre. Pero dexando esto á parte, dime Tomas, en que estado están tus esperanzas? En el de perdicion, respondió Tomas: porque en todos estos dias que has estado preso, nunca la he podido hablar una palabra, y á muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna

otra cosa responde, que con baxar los ojos, y no desplegar los labios; tal es su honestidad y su recato, que no ménos enamora con su recogimiento, que con su hermosura: lo que me trae alcanzado de paciencia, es saber que el hijo del corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierta, que en lo que cantan la nombran, la alaban, y la solenizan; pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no dexa que me pase el corazón la dura saeta de los zelos. Pues que piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva, y desta nueva Penelope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda, y te desvanece? Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del mas hermoso rostro que pudo formar naturaleza, y de la mas incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva, ó Penelope: en un meson sirve, que no lo puedo negar; pero que puedo yo hacer, si me parece que

el destino con oculta fuerza me inclina, y la eleccion con claro discurso me mueve á que la adore ! Mira, amigo, no sé como te diga, prosiguió Tomas, de la manera con que amor el baxo sugeto desta fregona (que tu llamas) me le encumbra y levanta tan alto, que viéndole no le vea, y conociéndole le desconozca: no es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si así se puede decir, en la baxeza de su estado, porque luego acuden á borrarne este pensamiento su belleza, su donayre, su sosiego, su honestidad, y recogimiento, y me dan á entender, que debaxo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande: finalmente sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que á otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extiende á mas que á servir y á procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que á la mia tambien honesta, se debe. A este punto dió una gran voz el Asturiano, y como exclamando, dixo: ó amor plátonico; ó fregona ilustre! ó felicísimos tiempos los nuestros! donde vemos que la belleza enamora sin malicia,

la honestidad enciende sin que abrase, el donayre da gusto sin que incite, y la baxeza del estado humilde obliga y fuerza á que le suban sobre la rueda de la que llaman Fortuna! ó pobres atunes míos, que os pasais este año, sin ser visitados deste tan enamorado y aficionado vuestro! pero el que viene, yo haré la enmienda de manera, que no se quexen de mí los mayores de las mis deseadas almadrabas! A esto dixo Tomas: ya veo, Asturiano, quan al descubierto te burlas de mí: lo que podias hacer, es irte norabuena á tu pesquería, que yo me quedaré en mi casa, y aquí me hallarás á la vuelta; si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y vé en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare. Por mas discreto te tenia, replicó Lope, y tú no ves que lo que digo es burlando? pero ya que sé que tu hablas de véras, de véras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto: una cosa solá te pido en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasion de que la Arguelló me requiebre ni solicite, porque ántes romperé con tu amistad, que ponerme á peligro de tener la suya; vive Dios, amigo,

que habla mas que un relator , y que le huele el aliento á rasuras desde una legua : todos los dientes de arriba son postizos , y tengo para mí que los cabellos son cabellera , y para adobar y suplir estas faltas , despues que me descubrió su mal pensamiento , ha dado en afeytarse con albayalde , y así se xalvega el rostro , que no parece sino mascarón de yeso puro. Todo eso es verdad , replico Tomas , y no es tan mala la Gallega que á mí me martiriza : lo que se podrá hacer , es que esta noche sola estés en la posada , y mañana comprarás el asno que dices y buscarás donde estar , y así huirás los encuentros de la Arguello , y yo quedaré sugeto á los de la Gallega , y á los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se conviniéron los dos amigos , y se fuéron á la posada , adonde de la Arguello fué con muestra de mucho amor recibido el Asturiano. Aquella noche hubo un bayle á lá puerta de la posada de muchos mozos de mulas , que en ella y en las convecinas habia. El que tocó la guitarra fué el Asturiano : las bayladoras , amen de las dos gallegas y de la Arguello , fuéron otras tres mozas de otra posada : juntáronse mu-

chos embozados con mas deseo de ver á Costanza, que el bayle; pero ella no pareció, ni salió á verle, con que dexó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar. Pidiéronle las mozas, y con mas ahinco la Arguello, que cantase algun romance: él dixo, que como ellas le baylasen al modo como se canta y bayla en las comedias, que le cantaria, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dixese cantando, y no otra cosa. Habia entre los mozos de mulas baylarines, y entre las mozas ni mas ni menos. Mondó el pecho Lope escupiendo dos veces, en el qual tiempo pensó lo que diria, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima corriente de improvisó comenzó á cantar desta manera.

Sálga la hermosa Arguello
 Moza, una vez y no mas,
 Y haciendo una reverencia
 Dé dos pasos hácia atrás.

De la mano lá arrebate
 El que llaman Barrabas,
 Andalúz mozo de mulas,
 Canónigo del compas.

De las dos mozas gallegas
Que en esta posada están,
Salga la mas carigorda
En cuerpo, y sin devantal.

Engarráfela Torote,
Y todos quatro á la par
Con mudanzas y meneos
Den principio á un contrapas.

Todo lo que iba cantando el Asturiano hicieron al pie de la letra ellos y ellas; mas quando llegó á decir, que diesen principio á un contrapas, respondió Barrabas, que así le llamaban *por mal nombre* á Baylarin mozo de mulas: hermano músico, mire lo que canta, y no moteje á nadie de mal vestido, porque aquí no hay *nayde* con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda. El huésped que oyó la ignorancia del mozo, le dixo: hermano mozo, contrapas es un bayle extranjero, y no motejo de mal vestidos. Si eso es, replicó el mozo, no hay para que nos metan en *dibuxos*: toquen sus zarabandas, chaconas, y folias al uso, y escudillen como quisieren, que aquí hay personas que le sabrán llenar las medidas hasta el gollete. El Asturiano, sin replicar palabra prosiguió su canto, diciendo:

Entren pues todas las ninfas
 Y los ninfos que han de entrar:
 Que el bayle de la chacona
 Es mas ancho que la mar.

Requieran las castañetas,
 Y bájense á refregar
 Las manos por esa arena,
 O tierra del muladar.

Todos lo han hecho muy bien,
 No tengo que les retar:
 Santiguense, y den al diablo
 Dos higas de su higueral.

Escupan al hideputa,
 Porque nos dexé holgar,
 Puesto que de la chacona
 Nunca se suele apartar.

Cambio el son, divina Arguella,
 Mas bella que un hospital,
 Pues eres mi nueva musa,
 Tu favor me quieras dar.

*El bayle de la chacona
 Encierra la vida bona.*

Hállase allí el ejercicio
 Que la salud acomoda,
 Sacudiendo de los miembros
 A la pereza poltrona.

Bulle la risa en el pecho
De quien bayla y de quien toca ,
Del que mira y del que escucha.
Bayle y música sonora.

Vierten azogue los pies ,
Derrítese la persona ,
Y con gusto de sus dueños
Las mulillas se descorchan.

El brio y la ligereza
En los viejos se remoza ,
Y en los mancebos se ensalza
Y sobre-modo se entona.

El bayle de la chacona.
Encierra la vida bona.

Que de veces ha intentada
Aquesta noble señora
Con la alegre zarabanda ,
El pésame , y perra mora.

Entrarse por los resquicios
De las casas religiosas ,
A inquietar la honestidad
Que en las santas celdas mora !

Quantas fué vituperada
De los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo ,
Y al que es necio se le antoja

Que el bayle de la chacona
Encierra la vida bona.

Esta indiana amulatada
De quien la fama pregoná
Que ha hecho mas sacrilegios
E insultos , que hizo Aroba :

Esta , á quien es tributaria
La turba de las fregonas ,
La caterva de los pages ,
Y de lacayos las tropas ,

Dice , jura , y no rebienta ;
Que á pesar de la persona
Del soberbio zambapalo ,
Ella es la flor de la olla ;

Y que sola la chacona
Encierra la vida bona.

Entanto que Lope cantaba , se hacian rajas baylando la turbamulta de los mulantes y fregatrices del bayle , que llegaban á doce , y entanto que Lope se acomodaba á pasar adelante cantando otras cosas de mas tomo , sustancia , y consideracion de las cantadas , uno de los muchos embozados que el bayle miraban , dixo sin quitarse el embozo : calla borracho , calla cuero , calla odrina , poeta de viejo , músico falso. Tras

esto acudieron otros diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tuvieron tan á mal, que si no fuera por el huésped que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos, y aun con todo eso no dexaran de menear las manos, si á aquel instante no llegara la justicia y los hiciera recoger á todos.

Apénas se habian retirado, quando llegó á los oídos de todos los que en el barrio despiertos estaban, una voz de un hombre que sentado sobre una piedra frontero de la posada del Sevillano cantaba con tan maravillosa y suave armonía, que los dexó suspensos, y les obligó á que le escuchasen hasta el fin. Pero el que mas atento estuvo fué Tomas Pedro, como aquel á quien mas le tocaba no solo el oír la música, sino entender la letra, que para él no fué oír canciones, sino cartas de excomunion que le congojaban el alma, porque lo que el músico cantó, fué este romance.

Donde estás, que no pareces,
 Esfera de la hermosura,
 Belleza á la vida humana
 De divina compostura :

Cielo impireo , donde amor
Tiene su estancia segura ;
Primer moble que arrebatá
Tras sí todas las venturas :

Lugar cristalino , donde
Transparentes aguas puras
Enfrían de amor las llamas ,
Las acrecientan y apuran :

Nuevo hermoso firmamento ,
Donde dos estrellas juntas ,
Sin tomar la luz prestada
Al cielo y al suelo alumbran :

Alegría , que se opone
A las tristezas confusas
Del padre que da á sus hijos
En su vientre sepultura :

Humildad , que se resiste
Dela alteza con que encumbran
El gran Jove , á quien influye
Su benignidad , que es mucha :

Red invisible y sutil ,
Que pone en prisiones duras
Al adúltero guerrero
Que de las batallas triunfa :

Quarto cielo , y sol segundo ,
Que el primero dexa á oscuras

Quando acaso dexa verse ,
Que el verle es caso y ventura :

Grave embaxador , que hablas
Con tan estraña cordura ,
que persuades callando
Aun mas de lo que procuras :

Del segundo cielo tienes
No mas que la hermosura ,
Y del primero no mas
Que el resplandor de la luna :

Esta esfera soys , Costanza ,
Puesta por corta fortuna
En lugar que por indigno
Vuestras venturas deslumbra.

Fabricad vos vuestra suerte ,
Consintiendo se reduzga
La entereza á trato al uso ,
La esquividad á blandura.

Con esto veréis , señora ,
Que envidian vuestra fortuna ,
Las soberbiás por linage ,
Las grandes por hermosura.

Si quereis ahorrar camino ,
La mas rica y la mas pura
Voluntad en mí os ofrezco ,
Que vió amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si como diéron junto á los pies del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: infelice estado de los músicos, murciélagos y lechuzos, siempre sugetos á semejantes lluvias y desmanes! A todos los que escuchado habian la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fué á Tomas pedro que admiró la voz y el romance: mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas músicas, puesto que á sus oidos jamas llegó ninguna. Contrario deste parecer fué Barabas el mozo de mulas que tambien estuvo atento á la música, porque así como vió huir al músico: dixo: allá irás, mentecato, trobador de Judas, que pulgas te coman los ojos; y quien diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lúnes, mártes, y ruedas de fortuna? dixerásia noramala para tí y para quien le huviere parecido bien tu troba, que es tiesa como un espárrago, entonada
como

como un plumage, blanca como una leche, honesta como un frayle novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler; y mas dura que un pedazo de argamasa, que como esto le dixeras, ella lo entendiera, y se holgara; pero llamarla embaxador, y red, y moble, y alteza, y baxeza, mas es para decirlo á un niño de la dotrina, que á una fregona: verdaderamente que hay poetas en el mundo, que escriben trobas que no hay diablo que las entienda; yo aloménos aunque soy Barrabas, estas que ha cantado este músico, de ninguna manera las entiendo: miren que hará Costancia? pero ella lo hace mejor, que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias: este músico aloménos no es de los del hijo del corregidor, que aquellos son muchos, y una vez que otra se dexan entender; pero este, voto á tal, que me dexa mohino. Todos los que escucharon á Barrabas recibieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado. Con esto se acostaron todos, y apenas estaba sosegada la gente, quando sintió Lope que llamaban á la puerta de su aposento muy paso; y preguntando: quien llamaba? Fuéle respondido con voz

baxa : la Arguello y la Gallega somos, ábranos, que nos morimos de frio. Pues en verdad , respondió Lope , que estamos en la mitad de los caniculares. Déxate de gracias , Lope, replicó la Gallega , levántate y abre, que venimos hechas unas archiduquesas. Archiduquesas, y á tal hora ! respondió Lope : no creo en ellas , ántes entiendo que soys bruxas , ó unas grandísimas bellacas : idos de ahí luego , sino por vida de... hago juramento , que si me levanto , que con los hierros de mi pretina ostengo de poner las posaderas como unas amapolas. Ellas , que se viéron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imagináron , temiéron la furia del Asturiano , y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios se volviéron tristes y malaventuradas á sus lechos ; aunque ántes de apartarse de la puerta , dixo la Arguello , poniendo los hocicos por el agujero de la llave : no es la miel para la boca *del asno* ; y con esto como si hubieran dicho una gran sentencia , y tomado una justa venganza se volvió como se ha dicho á su triste cama. Lope que sintió que se habian vuelto , dixo á Tomas Pedro que estaba despierto : mirad , Tomas , ponedme vos á

pelear con dos gigantes, y en ocasion que me sea forzoso desquixarar por vuestro servicio media docena ó una de leones, que yo lo haré con mas facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongais en necesidad, que me tome á brazo partido con la Arguello, no lo consentiré si me asaeteasen: mirad que doncellas de Dinamarca nos habia ofrecido la suerte esta noche. Aora bien, amanecerá Dios, y medrarémos. Ya te he dicho, amigo, respondió Tomas, que puedes hacer tu gusto, ó ya en irte á tu romería, ó ya en comprar el asno, y hacerte aguador como tienes determinado. En lo de ser aguador me afirmo, respondió Lope, y durmamos lo poco que queda hasta venir el dia, que tengo esta cabeza mayor que una cuba, y no estoy para ponerme aora á departir contigo. Durmiéronse, vino el dia, levantáronse, y acudió Tomas á dar cebada, y Lope se fué al mercado de las bestias que es allí junto, á comprar un asno que fuese tal como bueno.

Sucedió pues que Tomas llevado de sus pensamientos, y de la comodidad que le daba la soledad de las fiestas, habia compuesto en algunas unos versos amorosos,

y escritolos en el mismo libro do tenia la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos á parte en limpio, y romper ó borrar aquellas hojas; pero ántes que esto hiciese, estando él fuera de casa, habiéndose dexado el libro sobre el caxon de la cebada, le tomó su amo, y abriéndole para ver como estaba la cuenta, dió con los versos, que leídos le turbáron y sobresaltáron. Fuése con ellos á su muger, y ántes que se los leyese llamó á Costanza, y con grandes encarecimientos mezclados con amenazas, le dixo le dixese si Tomas Pedro el mozo de la cebada le habia dicho algun requiebro, ó alguna palabra descompuesta ó que diese indicio de tenerla aficion. Costanza juró que la primera palabra en aquella ó en otra materia alguna estaba aun por hablarla, y que jamas ni aun con los ojos le habia dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyéronla sus amos por estar acostumbrados á oirla siempre decir verdad en todo quanto le preguntaban. Dixéronla que se fuese de allí, y el huésped dixo á su muger: *no sé que me diga desto: habréis de saber, señora, que Tomas tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas, que me ponen mala espina que está enamorado*

de Costancica. Veamos las coplas, respondió la muger, que yo os diré lo que en eso debe de haber. Así será sin duda alguna, replicó su marido, que como soys poeta, luego daréis en su sentido. No soy poeta, respondió la muger, pero ya sabeis vos que tengo buen entendimiento, y que sé rezar en latin las quatro oraciones. Mejor haríades de rezallas en romance, que ya os dixo vuestro tio el clérigo que decíades mil gazafatones quando rezábades en latin, y que no rezábades nada. Esa flecha de la aljaba de su sobrina ha salido, que está envidiosa de verme tomar las Horas de latin en la mano, y irme por ellas como por viña vendimiada. Sea como vos quisiéredes, respondió el huésped, estad atenta, que las coplas son estas.

Quien de amor venturas halla?

El que calla.

Quien triunfa de su aspereza?

La firmeza.

Quien da alcance á su alegría?

La porfía.

Dese modo bien podria

Esperar dichosa palma,

Si en esta empresa mi alma
Calla , está firme , y porfia.

Con quien se sustenta amor ?
Con favor.

Y con que mengua su furia ?
Con la injuria.

Antes con desdenes crece ?
Desfallece.

Claro en esto se parece
Que mi amor será inmortal ;
Pues la causa de mi mal
Ni injuria , ni favorece.

Quien desespera , que espera ?
Muerte entera.

Pues que muerte el mal remedia ?
La que es media.

Luego bien será morir ?
Mejor sufrir ;

Porque se suele decir ,
(Y esta verdad se reciba) :
Que tras la tormenta esquiva
Suele la calma venir.

Descubriré mi pasión ?
En ocasion.

Y si jamas me la da ?
 Sí hara.

Llegará la muerte entantó.
 Llegue á tanto
 Tu limpia fé y esperanza ,
 Que en sabiéndolo Costanza
 Convierta en risa tu llanto.

Hay mas ? dixo la huéspedea. No , respondió el marido ; pero que os parece destes versos ? Lo primero , dixo ella , es menester averiguar si son de Tomas. En eso no hay que poner duda , replicó el marido , porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas , toda es una , sin que se pueda negar. Mirad , marido , dixo la huéspedea , á lo que yo veo , puesto que las coplas nombran á Costancica , por donde se puede pensar que se hicieron para ella , no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se los viéramos escribir ; quanto mas , que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo ; pero ya que sea por esta , ahí no le dice nada que la deshonne , ni la pide cosa que le importe. Estémos á la mira , y avisemos á la muchacha , que si él está enamorado della , á buen seguro que él haga mas coplas y que procure dárselas.

¿No seria mejor, dixo el marido, quitarnos de esos cuidados, y echarle de casa? Eso, respondió la huésped, en vuestra mano está; pero en verdad que segun vos decis, el mozo sirve de manera, que seria conciencia el despedille por tan liviana ocasion. Aora bien, dixo el marido, estarémos alerta, como vos decis, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer. Quedáron en eso, y tornó á poner el huésped el libro donde le habia hallado. Volvió Tomas ansioso á buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas, rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse á descubrir su deseo á Costanza en la primera ocasion que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, á ninguno daba lugar de miralla, quanto mas de ponerse á pláticas con ella; y como habia tanta gente y tantos ojos de ordinario en la posada, se aumentaba mas la dificultad de hablalla, de que se desesperaba el pobre enamorado. Mas habiendo salido aquel dia Costanza con una toca ceñida por las mexillas, y dicho á quien se lo preguntó que porque se la habia puesto, que tenia un gran dolor de muelas, Tomas, á quien sus de-

seos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que seria bueno que hiciese, y dixo: señora Costanza, yo le daré una oracion en escrito que á dos veces que la rece, se le quitará como con la mano su dolor. Norabuena, respondió Costanza, que yo la rezaré, porque sé leer. Ha de ser con condicion, dixo Tomas, que no la ha de mostrar á nadie, porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie. Yo le prometo, dixo Costanza, Tomas, que no la dé á nadie, y démela luego, porque me fatiga mucho el dolor. Yo la trasladaré de la memoria, respondió Tomas, y luego se la daré. Estas fuéron las primeras razones que Tomas dixo á Costanza, y Costanza á Tomas en todo el tiempo que habia que estaba en casa, que ya pasaban de veinte y quatro dias. Retiróse Tomas, y escribió la oracion, y tuvo lugar de dársela á Costanza sin que nadie lo viese, y ella con mucho gusto y mas devocion se entró en un aposento á solas, y abriendo el papel, vió que decia desta manera.

Señora de mi alma: yo soy un caballero natural de Burgos: si alcanzo de dias á mi padre, heredo un mayorazgo de seis

mil ducados de renta : á la fama de vuestra hermosura que por muchas leguas se extiende , dexé mi patria , mudé vestido , y en el traje que me veis , vine á servir á vuestro dueño : si vos lo quisiéredes ser mio , por los medios que mas á vuestra honestidad convengan , mirad que pruebas quereis que haga para enteraros desta verdad ; y enterada en ella , siendo gusto vuestro , seré vuestro esposo , y me tendré por el mas bien afortunado del mundo : solo por aora os pido que no echeis tan enamorados y limpios pensamientos como los míos en la calle : que si vuestro dueño lo sabe , y no los cree , me condenará á destierro de vuestra presencia , que seria lo mismo que condenarme á muerte : dexadme , señora , que os vea , hasta que me creais , considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros : con los ojos podréis responderme á hurto de los muchos que siempre os están mirando , que ellos son tales que airados matan , y piadosos resucitan.

Entanto que Tomas entendió que Costanza se habia ido á leer su papel , le estuvo palpitando el corazon , temiendo y

esperando ó ya la sentencia de su muerte, ó la restauracion de su vida. Salió en esto Costanza tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recibir aumento su hermosura con algun accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomas otra cosa tan lejos de la que pensaba habia acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las manos hecho menudas piezas, y dixo á Tomas que apenas se podia tener en pie: hermano Tomas, esta tu oracion mas parece hechicería y embuste, que oracion santa, y así yo no la quiero creer ni usar, y por eso la he rasgado porque no la vea nadie, que sea mas crédula que yo: aprende otras oraciones mas fáciles, porque esta será imposible que te sea de provecho. En diciendo esto se entró con su ama, y Tomas quedó suspenso; pero algo consolado, viendo que en solo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo, pareciéndole que pues no habia dado cuenta dél á su amo, por lo ménos no estaba en peligro de que le echasen de casa. Parecióle que en el primero paso que habia dado en su pretension, habia atropellado por mil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y de-

dosas la mayor dificultad está en los principios.

Entanto que esto sucedió en la posada, andaba el Asturiano comprando el asno donde los vendian; y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solícito por encaxalle uno que mas caminaba por el azogue que le habia echado en los oidos, que por ligereza suya; pero lo que contentaba con el paso, desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño: y no del grandor y talle que Lope queria, que le buscaba suficiente para llevarle á él por añadidura, ora fuesen vacíos, ó llenos los cántaros. Llegóse á él en esto un mozo, y díxole al oido: galan, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador, yo tengo un asno aquí cerca en un prado, que no le hay mejor ni mayor en la ciudad, y aconséjole que no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas; si quisiere comprar la que le conviene, véngase conmigo, y calle la boca. Creyóle el Asturiano, y díxole que guiase adonde estaba el asno, que tanto encarecia. Fuéronse los dos mano á mano, como dicen, hasta que llegaron á la huerta del Rey, donde

á la sombra de una azuda halláron muchos aguadores, cuyos asnos pacian en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal, que le hinchó el ojo al Asturiano, y de todos los que allí estaban, fué alabado el asno, de fuerte, de caminador, y comedor sobre manera. Hiciéron su concierto, y sin otra seguridad ni informacion, siendo corredores y medianeros los demas aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio. Hizo la paga real en escudos de oro. Diéronle el parabien de la compra y de la entrada en el oficio, y certificáronle que habia comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que le dexaba, sin que se le mancasse ni matase, habia ganado con él en ménos tiempo de un año, despues de haberse sustentado á él y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y mas aquellos diez y seis ducados, con que pensaba volver á su tierra donde le tenian concertado un casamiento con una media parienta suya. Amen de los corredores del asno, estaban otros quatro aguadores jugando á la primera, tendidos en el suelo, sirviéndoles de bufete la tierra, y de sobremesa sus capas. Púsose el Asturiano á mirarlos,

yvió que no jugaban como aguadores , sino como arcedianos , porque tenia de resto cada uno mas de cien reales en quartos y en plata. Llegó una mano de echar todos el resto ; y si uno no diera partido á otro , él hiciera mesa gallega. Finalmente á los dos en aquel resto , se les acabo el dinero , y se levantaron. Viendo lo qual el vendedor del asno , dixo que si hubiera quatro , que él jugara , porque era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano que era de propiedad del azucar , que jamas gastó menestra como dice el Italiano , dixo que él haria quarto. Sentáronse luego , añduvo la cosa de buena manera , y queriendo jugar ántes el dinero que el tiempo , en poco rato perdió Lope seis escudos que tenia , y viéndose sin blanca , dixo que si le querian jugar el asno , que él le jugaria. Acetáron el envite , y hizo de resto un quarto del asno , diciendo que por quartos queria jugarle. Díxole tan mal , que en quatro restos consecutivamente perdió los quatro quartos del asno , y ganóselos el mismo que se le habia vendido ; y levantándose para volverse á entregarse en él , dixo el Asturiano que advirtiesen que él solamente habia jugado los quatro quartos del asno , pero la cola que se la diesen ,

y se le llevasen norabuena. Causóles risa á todos la demanda de la cola ; y hubo letrados que fuéron de parecer que no tenia razon en lo que pedia, diciendo que quando se vende un carnero ó otra res alguna, no se saca ni quita la cola : que con uno de los quartos traseros ha de ir forzosamente. A lo qual replicó Lope que los carneros de Berbería ordinariamente tienen cinco quartos, y que el quinto es de la cola ; y quando los tales carneros se quartearen tanto vale la cola como qualquier quarto ; y que á lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se quartea, que lo concedia ; pero que la suya no fué vendida, sino jugada, y que nunca su intencion fué jugar la cola, y que al punto se la volbiesen luego con todo lo á ella anexo y concerniente, que era desde la punta del cerebro, contada la osamenta del espinazo donde ella tomaba principio y decendia, hasta parar en los últimos pelos della. Dadme vos, dixo uno, que ello sea así como decis, y que os la den como la pedís, y sentaos junto á lo que del asno queda. Pues así es, replicó Lope, venga mi cola ; sino por Dios que no me lleven el asno, si bien viniesen por él quantos aguadores hay en el mundo

y no piensen que por ser tantos los que aquí están , me han de hacer superchería , porque soy yo un hombre que me sabré llegar á otro hombre , y meterle dos palmos de daga por las tripas , sin que sepa de quien , por donde , ó como le vino ; y mas , que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad , sino que quiero que me la den en ser y la corten del asno , como tengo dicho. Al ganancioso , y á los demas les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza , por que juzgáron ser de tal brio el Asturiano , que no consentiria que se le hiciesen ; el qual como estaba hecho al trato de las almadrabas , donde se exercita todo género de rumbo , y xácara , y de extraordinarios juramentos , y boatos , voleó allí el capelo , y empuñó un puñal que debaxo del capotillo traia , y púsose en tal postura , que infundió temor y respeto en toda aquella aguadora compañía. Finalmente uno dellos , que parecia de mas razon y discurso , los concertó en que se echase la cola contra un quarto del asno á una quínola , ó á dos y pasante. Fuéron contentos , ganó la quínola Lope , picóse el otro , echó el otro quarto , y á otras tres manos quedó sin asno. Quiso jugar el dinero , no queria

Lope; pero tanto le porfiaron todos, que lo hubo de hacer, con que hizo el viage del desposado, dexándole sin un solo maravedí; y fué tanta la pesadumbre que desto recibió el perdidoso, que se arrojó en el suelo, y comenzó á darse de calabazadas por la tierra. Lope como bien nacido, y como liberal, y compasivo le levantó, y le volvió todo el dinero que le habia ganado, y los diez y seis ducados del asno; y aun de los que él tenia, repartió con los circunstantes, cuya estraña liberalidad pasmo á todos: y si fueran los tiempos y las ocasiones del Tamorlan, le alzaran por Rey de los agüadores. Con grande acompañamiento volvió Lope á la ciudad, donde contó á Tomas lo sucedido, y Tomas así mismo le dió cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna, ni bodegon, ni junta de pícaros, donde no se supiese el juego del asno, el esquite por la cola, y el brio y la liberalidad del Asturiano; pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita, y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brio, y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola; y así apenas hubo andado dos dias por la ciudad echando agua, quando se vió señalar de muchos

con el dedo que decian : este es el aguador de la cola. Estuviéron los muchachos atentos, supiéron el caso , y no habia asomado Lope por la entrada de qualquiera calle , quando por toda ella le gritaban , quien de aquí , y quien de allí : Asturiano , daca la cola , daca la cola , Asturiano, Lope que se vió aseatear de tantas lenguas , y con tantas voces , *dió en callar* , *creyendo* que en su mucho silencio se anegara tanta insolencia : mas ni por esas , pues miétras mas callaba , mas los muchachos gritaban ; y así probó á mudar su paciencia en cólera , y apeándose del asno , dió á palos tras los muchachos , que fué afinar el polvorin , y ponerle fuego , y fué otro cortar las cabezas de la serpiente , pues en lugar de una que quitaba , apeleando á algun muchacho , nacia en el mismo instante no otras siete sino setecientas , que con mayor ahinco y menudeo le pedian la cola. Finalmente tuvo por bien de retirarse á una posada , que habia tomado fuera de la de su compañero , por huir de la Arguello , y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase , y se borrara de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la cola , que le pedian. Seis dias se pasáron , sin que saliese

de casa sino era de noche que iba á ver á Tomas, y á preguntarle del estado en que se hallaba, el qual le contó que despues que habia dado el papel á Costanza, nunca mas habia podido hablarla una sola palabra, y que le parecia que andaba mas recatada que solia, puesto que una vez tuyo lugar de llegar á hablarla, y viéndolo ella le habia dicho ántes que llegase: *Tomas*, no me duele nada, y así ni tengo necesidad de tus palabras, ni de tus oraciones: conténtate, que no te acuso á la Inquisicion, y no te canses; pero que estas razones las dixo sin mostrar ira en los ojos, ni otro desabrimiento que pudiera dar indicio de riguridad alguna. Lope le contó á él la priesa que le daban los muchachos, pidiéndole la cola, porque él habia pedido la de su asno, con que hizo el famoso esquite. Aconsejóle Tomas, que no saliese de casa, aloménos sobre el asno, y que si saliese, fuese por las calles solas y apartadas, y que quando esto no bastase, bastaria dexar el oficio, último remedio de poner fin á tan poca honesta demanda. Preguntóle Lope, si habia acudido mas la Gallega. Tomas dixo que no; pero que no dexaba de sobornarle la voluntad con regalos y pre-

sentes de lo que hurtaba en la cocina á los huéspedes. Retiróse con esto á su posada Lope con determinacion de no salir della en otros seis dias , aloménos con el asno.

Las once serian de la noche, quando de improviso y sin pensarlo viéron entrar en la posada muchas varas de justicia , y al cabo el Corregidor. Alborotóse el huésped, y aun los huéspedes ; porque así como los cometas quando se muestran , siempre causan temores de desgracias é infortunios : ni mas ni ménos la justicia , quando de repente y de tropel se entra en una casa , sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el Corregidor en una sala , llamó al huésped de casa , el qual vino temblando á ver lo que el señor Corregidor queria. Y así como le vió el Corregidor , le preguntó con mucha gravedad : soys vos el huésped ? Sí , señor , respondió él , para lo que vuesa merced me quisiere mandar. Mandó el Corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban , y que le dexasen solo con el huésped. Hicieronlo así , y quedándose solos , dixo el Corregidor al huésped: huésped , que gente de servicio teneis en esta vuestra posada ? Señor , respondió él , tengo dos mozas gallegas , y

una ama , y un mozo que tiene euenta con dar la cebada y paja. No mas ? replicó el Corregidor. No , señor , respondió el huésped. Pues decidme , huésped , dixo el Corregidor , ¿ donde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa , tan hermosa , que por toda la ciudad la llaman la ilustre Fregona , y aun me han llegado á decir que mi hijo D. Periquito es su enamorado , y que no hay noche que no la dé músicas ? Señor , respondió el huésped , esa fregona ilustre que dicen , es verdad que esta en esta casa , pero ni es mi criada , ni dexa dèserlo. No entiendo lo que decis , huésped , en eso de ser , y no ser vuestra criada la fregona. Yo he dicho bien , añadió el huésped , y si vuesa merced me da licencia , le diré lo que hay en esto : lo qual jamas he dicho á persona alguna. Primero quiero ver á la fregona , que saber otra cosa : llamadla acá , dixo el Corregidor. Asomóse el huésped á la puerta de la sala , y dixo : oíslo , señora ? haced que entre aquí Costancia. Quando la huéspeda oyó que el Corregidor llamaba á Costanza , turbóse , y comenzó á torcerse las manos , diciendo : ay desdichada de mí ! el Corregidor á Costanza , y á solas , algun gran mal debe de

haber sucedido , que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombres. Costanza que lo oia, dixo : señora , no se congoje , que yo iré á ver lo que el señor Corregidor quiere , y si algun mal hubiere sucedido , esté segura vuesa merced que no tendré yo la culpa ; y en esto sin aguardar que otra vez la llamasen , tomó una vela encendida sobre un candelero de plata , y con mas vergüenza que temor , fué donde el Corregidor estaba. Así como el Corregidor la vió , mando al huésped que cerrase la puerta de la sala : lo qual hecho , el Corregidor se levantó , y tomando el candelero que Costanza traia , llegándole la luz al rostro , la anduvo mirando toda de arriba abaxo ; y como Costanza estaba con sobresalto , habíasele encendido la color del rostro y estaba tan hermosa y tan honesta , que al Corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra , y despues de haberla bien mirado , dixo : huésped , esta no es joya para estar en el baxo engaste de un meson , desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto , pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos : digo , doncella , que no solamente os pueden y deben llamar ilustre , sino ilus-

trísima ; pero estos títulos no habian de caer sobre el nombre de fregona , sino sobre el de una duquesa. No es fregona , señor , dixo el huésped , que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata , que por la bondad de Dios tengo alguna , con que se sirven los huéspedes honrados que á esta posada vienen. Con todo eso , dixo el Corregidor , digo , huésped , que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un meson : es parienta vuestra por ventura ? Ni es mi parienta , ni es mi criada ; y si vuesa merced gustare de saber quien es , como ella no esté delante , oirá vuesa merced cosas que juntamente con darle gusto , le admiren. *Sí gustaré ,* dixo el Corregidor , y sálgase Costancia allá fuera , y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse , que su mucha honestidad y hermosura obligan á que todos los que la vieren se ofrezcan á su servicio. No respondió palabra Costanza , sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al Corregidor , y salióse de la sala , y halló á su ama desalada esperándola para saber della que era lo que el Corregidor la queria. Ella le contó lo que habia pasado , y como su señor quedaba con él

para contalle no sé que cosas que no queria que ella las oyese. No acabó de sosegarse la huéspedada, y siempre estuvo rezando hasta que se fué el Corregidor, y vió salir libre á su marido, el qual entanto que estuvo con el Corregidor, le dixo:

Hoy hacen, señor, segun mi cuenta, quince años, un mes, y quatro dias, que llegó á esta posada una señora en hábito de peregrina en una litera, acompañada de quatro criados de á caballo, y de dos dueñas, y una doncella, que en un coche venian: traia así mismo dos acemilas cubiertas con dos ricos reposteros, y cargadas con una rica cama, y con aderezos de cocina: finalmente el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de quarenta ó pocos mas años, no por eso dexaba de parecer hermosa en todo extremo: venia enferma y descolorida, y tan fatigada que mandó que luego luego le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hiciéron sus criados. Preguntáronme qual era el médico de mas fama desta ciudad. Díxeles que el D.^r de la Fuente. Fuéron luego por él, y él vino luego: comunicó á solas con él su enfermedad; y lo que de su plática resultó

resultó fué que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte, y en lugar donde no le diesen ningun ruido. Al momento la mudáron á otro aposento, que está aquí arriba apartado y con la comodidad que el Doctor pedia. Ninguno de los criados entraban donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servian. Yo y mi muger preguntamos á los criados quien era la tal señora, y como se llamaba, y de adonde venia, y donde iba, si era casada, viuda ó doncella, y por que causa se vestia aquel hábito de peregrina? A todas estas preguntas que le hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa, sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la vieja, y que era viuda, y que no tenia hijos que la heredasen; y que porque habia algunos meses que estaba enferma de hidropesía, habia ofrecido de ir á N. Señora de Guadalupe en romería, por la qual promesa iba en aquel hábito. En quanto á decir su nombre traian órden de no llamarla sino la señora peregrina. Esto supimos por entonces; pero á cabo de tres dias, que por enferma la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó á mí y á mi

muger de su parte : fuimos á ver lo que queria , y á puerta cerrada y delante de sus criadas casi con lágrimas en los ojos nos dixo creo que estas mismas razones : señores míos, los cielos me son testigos que sin culpa mia me hallo en el rigoroso trance que ahora os diré : yo estoy preñada, y tan cerca del parto , que ya los dolores me van apretando : ninguno de los criados que vienen conmigo , saben mi necesidad y desgracia : á estas mis mugeres ni he podido, ni he querido encubríselo : por huir de *los maliciosos ojos* de mi tierra, y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir á N. Señora de Guadalupe : ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto : á vosotros está aora el remediarme y acudirme con el secreto, que merece la que su honra pone en vuestras manos : la paga de la merced que me hiciéredes , que así quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero , responderá aloménos á dar muestra de una voluntad muy agradecida , y quiero que comiencen á dar muestras de mi voluntad estos ducientos escudos de oro que van en este bolsillo , y sacando debaxo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja de oro

y verde , se le puso en las manos de mi muger , la qual como simple y sin mirar lo que hacia , porque estaba suspensa y colgada de la peregrina , tomó el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno : yo me acuerdo que le dixé que no era menester nada de aquello , que no éramos personas que por interes mas que por caridad nos movíamos á hacer bien quando se ofrecia. Ella prosiguió diciendo : es menester , amigos , que busqueis donde llevar lo que pariere luego luego , buscando tambien mentiras que decir á quien lo entregáredes , que por ahora será en la ciudad , y despues quiero que se lleve á una aldea : de lo que despues se hubiere de hacer , siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme á cumplir mi voto , quando de Guadalupe vuelva , lo sabréis , porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga : partera no la he menester ni la quiero , que otros partos mas honrados que he tenido , me aseguran que con sola la ayuda destas mis criadas facilitaré sus dificultades , y ahorraré un testigo mas de mis sucesos. Aquí dió fin á su razonamiento la lastimada peregrina y principio á un

copioso llanto , que en parte fué consolado por las muchas , y buenas razones que mi muger ya vuelta en mas acuerdo , le dixo : finalmente yo sali luego á buscar donde llevar lo que pariese á qualquier hora que fuese ; y entre las doce y la una de aquella misma noche , quando toda la gente de casa estaba entregada al sueño , la buena señora parió una niña la mas hermosa que mis ojos hasta entónces habian visto , que es esta misma que vuesa merced acaba de ver ahora : ni la madre se quexó en el parto , ni la hija nació llorando : en todos habia sosiego y silencio maravilloso , y tal , qual convenia para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis dias estuvo en la cama , y en todos ellos venia el médico á visitarla ; pero no porque ella le hubiese declarado de que procedia su mal ; y las medicinas que le ordenaba , nunca las puso en execucion , porque solo pretendió engañar á sus criados con la visita del médico. Todo esto me dixo ella misma despues que se vió fuera de peligro , y á los ocho dias se levantó con el mismo bulto , ó con otro que se parecia á aquel con que se habia echado. Fué á su romería , y volvió de allí á veinte dias ya casi sana , porque poco á poco se iba quitando

delartificio, con que despues de parida se mostraba hidrópica. Quando volvió, estaba ya la niña dada á criar por mi órden con nombre de mi sobrina en una aldea dos leguas de aquí: en el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dexó ordenado su madre, la qual contenta de lo que yo habia hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro que hasta ahora tengo, de la qual quitó seis trozos, los quales dixo que traeria la persona que por la niña viniese: tambien cortó un blanco pergamino á vueltas y á ondas á la traza y manera cómo quando se enclavijan las manos, y en los dedos se escribiese alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer, y despues de apartadas las manos queda dividida la razon, porque se dividen las letras, que en volviendo á enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera, que se pueden leer continuamente: digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encaxados se leerán, y divididos no es posible, sino es adivinando la mitad del pergamino, y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora; puesto que ella me dixo que dentro de dos años enviaria por su hija,

encargándome que la criase no como quien ella era, sino del modo que se suelé criar una labradora. Encargóme tambien que si por algun suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase á tener entendimiento, no le dixese del modo que habia nacido; y que la perdonase el no decirme su nombre, ni quien era, que lo guardaba para otra ocasion mas importante. En resolucion, dándome otros quatrocientos escudos de oro y abrazando á mi muger con tiernas lágrimas, *se partió, dexándonos admirados de su discrecion, valor, y hermosura y recato.* Costanza se crió en el aldea dos años, y luego la truxe conmigo, y siempre la he traido en hábito de labradora, como su madre me lo dexó mandado. Quince años, un mes, y quatro dias ha que aguardo á quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida, y si en este año en que estamos, no vienen, tengo determinado de prohijalla, y darle toda mi hacienda, que vale mas de seis mil ducados, Dios sea bendito. Resta ahora, señor Corregidor, decir á vuesa merced, si es posible que yo sepa decir, las bondades y las virtudes de Costancica. Ella, lo pri-

mero y principal, es devotísima de N. Señora, confiesa y conulga cada mes : sabe escribir y leer : no hay mayor ramera en Toledo : canta á la almohadilla como unos ángeles : en ser honesta no hay quien la iguale , pues en lo que toca á ser hermosa , ya vuesa merced lo ha visto. El S. D. Pedro hijo de vuesa merced en su vida le ha hablado : bien es verdad que de quando en quando le da alguna música , que ella jamas escucha. Muchos señores , y de título , han posado en esta posada , y á posta por hartarse de verla han detenido su camino muchos dias ; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra , sola ni acompañada. Esta es , señor , la verdadera historia de la ilustre fregona , que no friega , en la qual no he salido de la verdad un punto. Calló el huésped , y tardó un gran rato el Corregidor en hablarle : tan suspenso le tenia el suceso que el huésped le habia contado : en fin le dixo que le truxese allí la cadena , y el pergamino , que queria verlo. Fué el huésped por ello , y trayéndoselo , vió que era así como le habia dicho : la cadena era de trozos curiosamente labrada : en el pergamino estaban escritas una debaxo de otra

en el espacio que habia de hinchar el vacío de la otra mitad, estas letras : E. T. E. L. S. Ñ. V. D. D. R. Por las cuales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica á la señora peregrina, que tal cadena habia dexado al huésped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada á la hermosa muchacha, quando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entónces se contento de llevar solo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quien era el que por ella venia, ántes que le mostrase la cadena, que dexaba en su poder. Con esto se fué tan admirado del cuento y suceso de la ilustre fregoná, como de su incomparable hermosura. Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el Corregidor, y el que ocupó Costanza quando la llamáron, estuvo Tomas fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos, sin acertar jamas con ninguno de su gusto; pero quando vió que el Corregidor se iba, y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu, volviéronle los pulsos que ya casi desamparado le tenian: no osó preguntar al

huésped lo que el Corregidor queria, ni el huésped lo dixo á nadie, sino á su muger, con que ella tambien volvió en sí, dando gracias á Dios que de tan grande sobresalto la habia librado.

El dia siguiente cerca de la una entráron en la posada con quatro hombres de á caballo dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que á pie con ellos venian, si era aquella la posada del Sevillano: y habiéndole respondido que sí, se entráron todos en ella. Apeáronse los quatro, y fuéron á apearse los dos ancianos, señal por do se conoció, que aquellos dos eran señores de los seis. Salió Costanza con su acostumbrada gentileza á ver los nuevos huéspedes: y apenas la hubo visto uno de los dos ancianos, quando dixo al otro: yo creo, S. D. Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos á buscar. Tomas que acudió á dar recado á las cabalgaduras, conoció luego á dos criados de su padre, y luego conoció á su padre, y al padre de Carriazo que eran los dos ancianos, á quien los demas respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que debian de ir á buscar á él y á Carriazo á las almadrabas, que no habria

faltado quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flándes los hallarian; pero no se atrevió á dexarse conocer en aquel trage, ántes aventurándolo todo, puesta la mano en el rostro pasó por delante dellos, y fué á buscar á Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, y á priesa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daría lugar para decirle nada, le dixo: Costanza, uno destos dos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora, es mi padre, que es aquel que oyes llamar D. Juan de Avendaño, infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama D. Tomas de Avendaño que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en quanto á la calidad de mi persona, y que te la diré en quanto de mi parte te tengo ofrecido; y quédate á Dios, que hasta que ellos se vayan, no pienso volver á esta casa. No le respondió nada Costanza, ni él aguardó á que le respondiese, sino volviéndose á salir cubierto como habia entrado, se fué á dar cuenta á Carriazo de como sus padres estaban en la posada. Dió voces el huésped á Tomas, que viniesen á dar cebada; pero como no pareció, dióla él mismo. Uno de los dos ancianos llamó á parte una de las dos

mozas gallegas, y preguntóle como se llamaba aquella muchacha hermosa que habian visto? y que si era hija ó parienta del huésped, ó huéspeda de casa? La gallega le respondió: la moza se llama Costanza, ni es parienta del huésped ni de la huéspeda, ni sé lo que es: solo digo, que la doy á la mala landre, que no sé que tiene, que no dexa hacer baza á ninguna de las mozas que estamos en esta casa; pues en verdad que tenemos nuestras faiciones como Dios nos las puso: no entra huésped que no pregunte luego, quien es la hermosa? y que no diga: bonita es, bien parece, á fe que no es mala, mal año para las mas pintadas, nunca peor me lo depare la fortuna: y á nosotras no hay quien nos diga que teneis ahí, diablos, ó mugeres, ó lo que soys? Luego esta niña á esa cuenta, replicó el caballero, debe de dexarse manosear y requebrar de los huéspedes? Sí, respondió la gallega, tenedle el pie al herrar, bonita es la niña para eso: por Dios, señor, si ella se dexara mirar siquiera, manara en oro: es mas áspera que un herizo: es una traga avemarías, labrando está todo el dia y rezando: para el dia que ha de hacer milagros, quisiera yo tener un cuento de renta: mi ama dice que trae un silencio

pegado á las carnes; tome que ? mi padre. Contentísimo el caballero de lo que habia oido á la gallega, sin esperar á que le quitasen las espuelas, llamó al huésped, y retirándose con él á parte en una sala, le dixo: yo, señor huésped, vengo á quitaros una prenda mia que ha algunos años que teneis en vuestro poder, para quitárosla os traygo mil escudos de oro, y estos trozos de cadena, y este pergamino. Diciendo esto, sacó los seis de la señal de la cadena que él tenia: asimismo conoció el pergamino, y alegre sobre manera con el ofrecimiento de los mil escudos, respondió: señor, la prenda que quereis quitar, está en casa; pero no están en ella la cadena ni el pergamino con que se ha de hacer la prueba de la verdad, que yo creo que vuesa merced trata; y así le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo luego: y al momento fué á avisar al Corregidor de lo que pasaba, y de como estaban dos caballeros en su posada que venian por Costanza. Acababa de comer el Corregidor, y con el deseo que tenia de ver el fin de aquella historia, subió luego á caballo y vino á la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la muestra; y apenas hubo visto á los dos caballeros, quando abiertos.

los brazos fué á abrazar al uno, diciendo :
¡ váleme Dios, que buena venida es esta, S.
D. Juan de Avendaño, primo y señor mio!
El caballero le abrazó asimismo, diciéndole:
sin duda, señor primo, habrá sido buena
mi venida, pues os veo, y con la salud que
siempre os deseo: abrazad, primo, á este
caballero, que es el S. D. Diego de Carriazo,
gran señor y amigo mio. Ya coñozco al S.
D. Diego, respondió el Corregidor, y le
soy muy servidor: y abrazándose los dos,
despues de haberse recibido con grande
amor y grandes cortesías, se entraron en
una sala, donde se quedáron solos con el
huésped, el qual ya tenia consigo la cadena,
y dixo: ya el señor Corregidor sabe á lo que
vuesa merced viene, S. D. Diego de Car-
riazo: vuesa merced saque los trozos que
faltan á esta cadena, y el señor Corregidor
sacará el pergamino que está en su poder, y
hagamos la prueba que ha tantos años que
espero á que se haga. Desá manera, respon-
dió D. Diego, no habrá necesidad de dar
cuenta de nuevo al señor Corregidor de
nuestra venida, pues bien se verá que ha
sido á lo que vos, señor huésped, habréis
dicho? Algo me ha dicho, pero mucho me
quedó por saber: el pergamino hele aquí.

Sacó D. Diego el otro, y juntando las dos partes, se hicieron una, y á las letras del que tenia el huésped, que como se ha dicho eran E. T. E. L. S. Ñ. V. D. D. R. respondian en el otro pergamino estas : S. A. S. A. E. A. L. E. R. A. E. A. que todas juntas decian : *esta es la señal verdadera*. Cotejáronse luego los trozos de la cadena, y halláron ser las señas verdaderas. Esto está hecho, dixo el Corregidor : resta ahora saber, si es posible, quienes son los padres desta hermosísima prenda. El padre, respondió D. Diego, yo lo soy, la madre ya no vive, basta saber que fué tan principal, que pudiera yo ser su criado, y porque como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error, y culpa conocida, se ha de saber que la madre desta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró á una aldea suya, y allí con recato y con honestidad grantísima pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta : ordenó la suerte que un dia yendo yo á caza por el término de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta : quando llegué á su alcazar, que así se puede llamar su gran casa, dexé el caballo á un criado mio : subí sin topar á nadie hasta el mismo aposento

donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro : era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasion despertaron en mí un deseo mas atrevido que honesto, y sin ponerme á hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y llegándome á ella, la desperté, y teniéndola asida fuertemente, le dixé : vuesa merced, señora mia, no grite, que las voces que diere, serán pregoneras de su deshonra : nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, porque la tenga bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y quando ellos acudan á vuestras voces, no podrán mas que quitarme la vida ; y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dexará de quedar en opinion vuestra fama. Finalmente yo la goce contra su voluntad y á pura fuerza mia : ella cansada, rendida, y turbada ó no pudo, ó no quiso hablarme palabra, y yo dexándola como atontada y suspensa, me volví á salir por los mismos pasos donde habia entrado, y me vine á la aldea de otro amigo mio que estaba dos leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar á otro, y sin que yo jamas la viesse ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los quales supe que era muerta ;

y podrá haber veinte dias, que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió á llamar un mayordomo desta señora: fui á ver lo que me queria, bien léjos de pensar en lo que me dixo: halléle á punto de muerte, y por abreviar razones, en muy breves me dixo como al tiempo que murió su señora le dixo todo lo que conmigo le habia sucedido, y como habia quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto habia venido en romería á N. S.^a de Guadalupe, y como habia parido en esta casa una niña que se habia de llamar Costanza: dióme las señas con que la hallaria, que fuéron las que habeis visto de la cadena y pergamino; y dióme así mismo treinta mil escudos de oro, que su señora dexó para casar á su hija: díxome así mismo que el no habérmelos dado luego como su señora habia muerto, ni declarádome lo que ella encomendó á su confianza y secreto, habia sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero; pero que ya que estaba á punto de ir á dar cuenta á Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero, y me avisaba á donde y como habia

de hallar mi hija. Recibí el dinero, y las señales, y dando cuenta desto al S. D. Juan de Avendaño, nos pusimos en camino desta ciudad.

A estas razones llegaba D. Diego, quando oyéron que en la puerta de la calle decian á grandes voces: díganle á Tomas Pedro el mozo de la cebada, como llevan á su amigo el Asturiano preso, que acuda á la cárcel, que allí le espera. A la voz de cárcel y de preso, dixo el Corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba. Dixéron al alguacil que el Corregidor que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y así lo hubo de hacer. Venia el Asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien asido del alguacil; y así como entró en la sala, conoció á su padre y al de Avendaño: turbóse, y por no ser conocido, con un paño como que se limpiaba la sangre se cubrió el rostro. Preguntó el Corregidor que que habia hecho aquel mozo que tan mal parado le llevaban? Respondió el alguacil que aque- mozo era un aguador que le llamaban el Asturiano, á quien los muchachos por las calles decian: daca la cola, Asturiano, daca la cola; y luego en breves palabras contó la

causa por que le pedian la tal cola , de que no riyéron poco todos. Dixo mas , que saliendo por la puerta de Alcántara , dándole los muchachos priesa con la demanda de la cola , se habia apeado del asno , y dando tras todos , alcanzó á uno á quien dexaba medio muerto á palos , y que queriéndole prender , se habia resistido , y que por eso iba tan mal parado. Mandó el Corregidor que se descubriese el rostro , y porfiando á no querer descubrirse , llegó el alguacil , y quitóle el pañuelo , y al punto le conoció su padre , y dixo todo alterado : *hijo D. Diego* , como estas desta manera ? que trage es este ? aun no se te han olvidado tus picardías ? Hincó las rodillas Carriazo , y fuése á poner á los pies de su padre que con lágrimas en los ojos le tuvo abrazado un buen espacio. D. Juan de Avendaño , como sabia que D. Diego habia venido con D. Tomas su hijo , preguntóle por él : á lo qual respondió que D. Tomas de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dizo , se acabó de apoderar la admiración en todos los presentes , y mandó el Corregidor al huésped que truxese allí al mozo de la cebada. Yo creo que no está

en casa, respondió el huésped, pero yo le buscaré, y así fué á buscallo. Preguntó D. Diego á Carriazo que que transformaciones eran aquellas, y que les habia movido á ser él aguador, y D. Tomas mozo de meson? A lo qual respondió Carriazo que no podia satisfacer á aquellas preguntas tan en público, que él responderia á solas. Estaba Tomas Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí sin ser visto lo que hacian su padre, y el de Carriazo; tenía suspenso la venida del Corregidor, y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dixese al huésped como estaba allí escondido; subió por él, y mas por fuerza que por grado le hizo baxar; y aun no baxara, si el mismo Corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo: baxe vuesa merced, señor pariente, que aquí no le aguardan osos ni leones. Baxó Tomas, y con los ojos baxos y sumision grande, se hincó de rodillas ante su padre, el qual le abrazó con grandísimo contento á fuer del que tuvo el padre del hijo Pródigo, quando le cobró de perdido. Ya en esto habia venido un coche del Corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitia volver á caballo. Hizo

llamar á Costanza, y tomándola de la mano, se la presentó á su padre diciendo : recibid, S. D. Diego, esta prenda, y estimadla por la mas rica que acertárades á desear ; y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la baxeza de vuestro estado. Costanza que no sabia ni imaginaba lo que le habia acontecido, toda turbada y temblando no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos se las comenzó á besar tiernamente, bañándose las con infinitas lágrimas que por sus hermosísimos ojos derramaba. Entanto que esto pasaba, habia persuadido el Corregidor á su primo D. Juan que se viniesen todos con él á su casa ; y aunque D. Juan lo rehusaba, fuéron tantas las persuasiones del Corregidor, que lo hubo de conceder ; y así entráron en el coche todos ; pero quando dixo el Corregidor á Costanza que entrase tambien en el coche, se le anubló el corazon, y ella y la huésped se asiéron una á otra, y comenzaron á hacer tan amargo llanto que quebraba los corazones de quantos le escuchaban. Decia la huésped : ¿ como es esto, hija de mi co-

razon, que te vas y me dexas? ¿como tienes ánimo de dexar á esta madre, que con tanto amor te ha criado? Costanza lloraba, y le respondia con no ménos tiernas palabras. Pero el Corregidor enternecido, mandó que así mismo la huéspeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenia, hasta que saliese de Toledo. Así la huéspeda y todos entraron en el coche, y fuéron á casa del Corregidor, donde fuéron bien recibidos de su muger que era una principal señora. Comiéron regalada y sumptuosamente, y despues de comer contó Carriazo á su padre como por amores de Costanza D. Tomas se habia puesto á servir en el meson, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era siendo su hija, la tomara por muger en el estado de fregona. Vistió luego la muger del Corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenia de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecia hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecia cosa del cielo: tan bien la quadraban, que daba á entender que desde que nació habia sido señora, y usado los mejores trages que el uso trae

consigo. Pero entre tantos alegres, no pudo faltar un triste que fué D. Pedro el hijo del Corregidor, que luego se imaginó que Costanza no habia de ser suya, y así fué la verdad; porque entre el Corregidor, y D. Diego de Carriazo, y D. Juan de Avendaño se concertaron en que D. Tomas se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le habia dexado, y el aguador D. Diego de Carriazo casase con la hija del Corregidor, y D. Pedro el hijo del Corregidor con una hija de D. Juan de Avendaño, que su padre se ofrecia á traer dispensacion del parentesco. Desta manera quedaron todos contentos, alegres, y satisfechos; y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona Ilustre se extendió por la ciudad, y acudia infinita gente á ver á Costanza en el nuevo hábito, en el qual tan señora se mostraba como se ha dicho. Viéron al mozo de la cebada Tomas Pedro vuelto en D. Tomas de Avendaño y vestido como señor: notaron que Lope Asturiano era muy gentilhombre despues que habia mudado vestido, y dexado el asno, y las aguaderas; pero con todo eso no faltaba quien en el medio de su pompa, quando iba por la calle no le pi-

diese la cola. Un mes se estuviéron en Toledo, al cabo del qual se volviéron á Burgos D. Diego de Carriazo y su muger, su padre, y Costanza con su marido D. Tomas, y el hijo del Corregidor que quiso ir á ver á su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió á su señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la habia criado. Dió ocasion la historia de la fregona ilustre, á que los poetas del dorado Tajo exercitasen sus plumas en solenizar, y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la qual aun vive en compañía de su buen mozo de meson; y Carriazo ni mas ni ménos con tres hijos que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadras en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca, y su padre apenas vee algun asno de aguador, quando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que quando ménos se cate, ha de remanecer en alguna sátira el daca la cola, Asturiano : Asturiano, daca la cola.

THE HISTORY OF THE
CITY OF BOSTON
FROM THE FIRST SETTLEMENT
TO THE PRESENT TIME
BY NATHANIEL BENTLEY
IN TWO VOLUMES
VOL. II
BOSTON: PUBLISHED BY
J. B. ALLEN, 1822.





LAS DOS DONCELLAS.

Gravé par Adam.

NOVELA

DE

LAS DOS DONCELLAS.

CINCO leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anocheceia entró un caminante sobre un hermoso quartago estrangero: no traia oriado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Acudió luego el huésped (que era hombre diligente y de recado) *mas no fué* tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luego dexó caer los brazos á una y á otra parte, dando manifesto indicio de desmayarse. La huéspeda que era caritativa, se llegó á él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él dando muestras que le habia pesado de

de que así le hubiesen visto , se volvió á abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese, y que si fuese posible, fuese solo. Díxole la huéspeda que no habia mas de uno en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forzoso si algun huésped acudiese, acomodarle en la una. A lo qual respondió el caminante que él pagaria los dos lechos, viniese ó no huésped alguno; y sacando un escudo de oro, *se le dió á la huéspeda con condicion que á nadie diese el lecho vacío.* No se descontentó la huéspeda de la paga, ántes se ofreció de hacer lo que le pedia, aunque el *mismo dean de Sevilla* llegase aquella noche á su casa. Preguntóle si queria cenar, y respondió que no; mas que solo queria que se tuviese gran cuidado con su quartago: pidió la llave del aposento, y llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él, y cerró tras sí la puerta con llave, y aun á lo que despues pareció arrimó á ella dos sillas. Apénas se hubo encerrado, quando se juntáron á concejo el huésped, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se halláron, y todos tratáron de la grande hermosura y gallarda disposicion del nuevo huésped, concluyendo

que jamas tal belleza habian visto : tanteáronle la edad , y se resolviéron que tendria de diez y seis á diez y siete años : fuéron y viniéron , y diéron y tomaron , como suele decirse , sobre que podia haber sido la causa del desmayo que le dió ; pero como no la alcanzaron , quedáronse con la admiracion de su gentileza. Fuéronse los vecinos á sus casas , y el huésped á pensar el quarto , y la huéspeda á aderezar algo de cenar por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho quando entró otro de poca mas edad que el primero , y *no de ménos gallardía* ; y apénas le hubo oido la huéspeda , quando dixo : váleme Dios , y que es esto ¿ vienen por ventura esta noche á posar ángeles á mi casa ? Porque *dice eso la señora huéspeda* ? dixo el caballero. No lo digo por nada , señor , respondió la mesonera , *solo digo que vuesa merced no se apée* , porque no tengo cama que darle , que dos que tenia las ha tomado un caballero que está en aquel aposento , y me las ha pagado entrámbas , aunque no habia menester mas de la una sola , porque nadie le entre en el aposento , y es que debe de gustar de la soledad ; y en Dios y en mi ánima que no se yo porque , que no tiene el cara ni disposicion para

escondese , sino para que todo el mundo le vea y le bendiga. Tan lindo es , señora huéspedea ? replicó el caballero. Y como si es lindo ? dixo ella, y aun mas que relindo. Ten aquí, mozo, dixo á esta razon el caballero , que aunque duerma en el suelo , tengo de ver hombre tan alabado ; y dando el estribo a un mozo de mulas que con él venia , se apeó , y hizo que le diese luego *de cenar* , y así fué hecho. Y estando cenando , entró un alguacil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se usa) y sentóse á conversacion con el caballero *entanto que cenaba* , y no dexó entre *razon y razon* de echar abaxo tres cubiletes de vino , y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dió el caballero , y todo se lo pagó el alguacil con preguntarle nuevas de la corte , y de las guerras de Flándes y baxada del Turco , no olvidándose de los sucesos del Transilvano , que nuestro Señor guarde. El caballero cenaba y callaba , porque no venia de parte que le pudiese satisfacer á sus preguntas. Ya en esto habia acabado el mesonero de dar recado al quartago , y sentóse á hacer tercio en la conversacion , y á probar de su mismo vino no ménos tragos , que el aguacil , y á cada trago que emba-

saba , volvia y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo , y alababa el vino , que le ponía en las nubes , aunque no se atrevía á dexarle mucho en ellas , porque no se aguase . De lance en lance volviéron á las alabanzas del huésped encerrado , y contáron de su desmayo y encerramiento , y de que no habia querido cenar cosa alguna : ponderáron el aparato de las bolsas , y la bondad del quartago y del vestido vistoso que de camino traía : todo lo qual requeria no venir sin mozo que le sirviese . Todas estas exâgeraciones pusiéron nuevo deseo de verle , y rogó al mesonero hiciese de modo como él entrase á dormir en la otra cama , y le daría un escudo de oro ; y puesto que la codicia del dinero acabó con la voluntad del mesonero de dársela , halló ser imposible á causa que estaba cerrado por de dentro , y no se atrevía á despertar al que dentro dormía y que tan bien tenia pagados los dos lechos . Todo lo qual facilitó el alguacil , diciendo : lo que se podrá hacer es que yo llamaré á la puerta , diciendo que soy la Justicia , que por mandado del señor alcalde traygo á aposentar á este caballero á este meson , y que no habiendo otra cama , se le manda dar aquella : á lo qual ha de replicar el huésped

que se le hace agravio, porque ya está alquilada, y no es razon quitarla al que la tiene: con esto quedará el mesonero disculpado, y vuesa merced conseguirá su intento. A todos les pareció bien la traza del alguacil, y por ella le dió el deseoso quatro reales. Púsose luego por obra: y en resolucion, mostrando gran sentimiento el primer huésped abrió á la Justicia, y el segundo pidiéndole perdon del agravio que al parecer se le habia hecho, se fué á acostar en el lecho desocupado; pero ni el otro le respondió palabra, ni ménos se dexó ver el rostro, porque apenas hubo abierto, quando se fué á su cama; y vuelta la cara á la pared, por no responder hizo que dormia. El otro se acostó, esperando eumplir por la mañana su deseo, quando se levantasen. Eran las noches de las perezosas y largas de Diciembre, y el frio y el cansancio del camino forzaba á procurar pasarlas con reposo: pero como no le tenia el huésped primero, á poco mas de la media noche comenzó á suspirar tan amargamente, que con cada suspiro parecia depedírsele el alma, y fué de tal manera, que aunque el segundo dormia, hubo de despertar al lastimero són del que se quexaba, y admirado de los sollozos, con que acompañaba

los suspiros , atentamente se puso á escuchar lo que al parecer entre sí murmuraba. Estaba la sala oscura , y las camas bien desviadas; pero no por esto dexó de oír entre otras razones , estas que con voz debilitada y flaca el lastimado huésped primero decia : ay sin ventura ! á donde me lleva la fuerza incontrastable de mis hados ? que camino es el mio , ó que salida espero tener del intricado laberinto donde me hallo ? ay pocos y mal experimentados años , incapaces de toda buena consideracion , y consejo ! que fin ha de tener esta no sabida peregrinacion mia ? ay honra menospreciada ! ay amor mal agradecido ! ay respetos de honrados padres y parientes atropellados ! y ay de mí una y mil veces , que tan á rienda suelta me dexé llevar de mis deseos ! ó palabras fingidas , que tan de véras me obligásteis á que con obras os respondiese ! pero de quien me queixo cuitada ? yo no soy la que quise engañarme ? no soy yo la que tomé el cuchillo en sus mismas manos , con que corté y eché por tierra mi crédito , con el que de mi valor tenían mis ancianos padres ? ó fementido Marco Antonio ! como es posible que en las dulces palabras que me decias , viniese mezclada la

huel de tus descortesías y desdenes? adonde estás, ingrato? adonde te fuiste desconocido? respóndeme, que te hablo: espérame, que te sigo: susténtame, que descaezco: págame lo que me debes: socórreme, pues por tantas vias te tengo obligado. Calló en diciendo esto, dando muestra en los ayes y suspiros que no dexaban los ojos de derramar tiernas lágrimas. Todo lo qual con sosegado silencio estuvo escuchando el segundo huésped, coligiendo por las razones que habia oido, que sin duda alguna era muger la que se quejaba, cosa que le avivó mas el deseo de conocella, y estuvo muchas veces determinado de irse á la cama de la que creia ser muger; y hubiéralo hecho, si en aquella sazón no le sintiera levantar, y abriendo la puerta de la sala, dió voces al huésped de casa que le ensillase el quarto, porque queria partirse. A lo qual al cabo de un buen rato que el mesonero se dexó llamar, le respondió que se sosegase, porque aun no era pasada la media noche, y qué la escuridad era tanta, que seria temeridad ponerse en camino. Quietóse con esto y volviendo á cerrar la puerta, se arrojó en la cama de golpe, dando un recio suspiro. Parecióle al que escuchaba que

seria bien hablarle , y ofrecerle para su remedio lo que de su parte podia , por obligarle con esto á que se descubriese y su lastimera historia le contase , y así le dixo : por cierto , señor gentilhombre , que si los suspiros que habeis dado y las palabras que habeis dicho , no me hubieran movido á condolerme del mal de que os quexais , entendiera que carecia de natural sentimiento , ó que mi alma era de piedra , y mi pecho de bronce duro ; y si esta compasion que os tengo , y el presupuesto que en mí ha nacido de poner mi vida por vuestro remedio (si es que vuestro mal le tiene) merece alguna cortesía , en recompensa ruégoos que la useis conmigo , declarándome sin encubrirme cosa , la causa de vuestro dolor. Si él no me hubiera sacado de sentido , respondió el que se quexaba , bien debiera yo de acordarme que no estaba solo en este aposento , y así hubiera puesto mas freno á mi lengua y mas tregua á mis suspiros ; pero en pago de haberme faltado la memoria en parte donde tanto me importaba tenerla , quiero hacer lo que me pedis , porque renovando la amarga historia de mis desgracias , podria ser que el nuevo sentimiento me acabase ; mas si quereis que haga lo que

que me pedis, habéisme de prometer por la fe que me habeis mostrado en el ofrecimiento que me habeis hecho, y por quien vos soys (que á lo que en vuestras palabras mostrais, prometeis mucho) que por cosas que de mí oyais en lo que os dixere, no os habeis de mover de vuestro lecho, ni venir al mio, ni preguntarme mas de aquello que yo quisiere deciros; porque si al contrario desto hiciéredes, en el punto que os sienta mover, con una espada que á la cabecera tengo, me pasaré el pecho. Esotro (que mil imposibles prometiera por saber lo que tanto deseaba) le respondió que no saldria un punto de lo que le habia pedido, afirmándoselo con mil juramentos. Con ese seguro pues, dixo el primero, yo haré lo que hasta agora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida á nadie, y así escuchad.

Habeis de saber, señor, que yo que en esta posada entré, como sin duda os habrán dicho, en traje de varon, soy una desdichada doncella, aloménos una que lo fué no ha ocho dias, y lo dexó de ser por inadvertida y loca, y por creerse de palabras compuestas y afeytadas de fementidos hombres: mi nombre es Teodosia, mi patria un principal lugar desta Andalucía, cuyo

nombre callo (porque no os importa á vos tanto el saberlo, como á mí el encubrirlo) mis padres son nobles y mas que medianamente ricos, los quales tuviéron un hijo y una hija, él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario: á él enviáron á estudiar en Salamanca: á mí me tenían en su casa, adonde me criaban con el recogimiento y recato, que su virtud y nobleza pedian, y yo sin pesadumbre alguna siempre les fuí obediente, ajustando mi voluntad á la suya sin discrepar un solo punto, hasta que mi suerte menguada ó mi mucha demasia me ofreció á los ojos un hijo de un vecino nuestro mas rico que mis padres, y tan noble como ellos: la primera vez que le miré, no sentí otra cosa que fuese mas de una complacencia de haberle visto, y no fué mucho, porque su gala, gentileza, rostro y costumbres eran de los alabados y estimados del pueblo, con su rara discrecion y cortesía; pero de que me sirve alabar á mi enemigo!; ni ir alargando con razones el suceso tan desgraciado mio, ó por mejor decir, el principio de mi locura! digo en fin, que él me vió una y muchas veces desde una ventana que frontero de otra mia estaba;

desde allí, á lo que me pareció, me envié el alma por los ojos, y los míos con otra manera de contento que el primero gustáron de miralle, y aun me forzaron á que creyese que eran puras verdades quanto en sus ademanes y en su rostro leía: fué la vista la intercesora y medianera de la habla, la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mio y de dar fe al suyo: llegóse á todo esto las promesas, los juramentos, las lágrimas, los suspiros, y todo aquello que á mi parecer puede hacer un firme amador, para dar á entender la entereza de su voluntad y la firmeza de su pecho, y en mí desdichada (que jamas en semejantes ocasiones y trances me habia visto) cada palabra era un tiro de artillería que derribaba parte de la fortaleza de mi honra: cada lágrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad: cada suspiro un furioso viento que el incendio aumentaba de tal suerte que acabó de consumir la virtud que hasta entónces aun no habia sido tocada; y finalmente con la promesa de ser mi esposo á pesar de sus padres (que para otra le guardaban) dí con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber como, me entregué en su poder á hurto de mis

padres , sin tener otro testigo de mi desatino , que un page de Marco Antonio (que este es el nombre del inquietador de mi sosiego) y apenas hubo tomado de mí la posesion que quiso , quando de allí á dos dias desapareció del pueblo , sin que sus padres ni otra persona *alguna supiesen* decir ni imaginar donde habia ido. Qual yo quedé , dígalo quien tuviere poder para decirlo , que yo no sé ni supe mas de sentillo : castigué mis cabellos , como si ellos tuvieran la culpa de mi yerro : martiricé mi rostro , por parecerme que él habia dado toda la ocasion á mi desventura : maldixé mi suerte , acusé mi presta determinacion : derramé muchas é infinitas lágrimas : víme casi ahogada entre ellas y entre los suspiros que de mi lástimado pecho salian : quexéme en silencio al cielo : discurrí con la imaginacion , por ver si descubria algun camino ó senda á mi remedio , y la que hallé fué vestirme en hábito de hombre , y ausentarme de la casa de mis padres , y irme á buscar á este segundo engañador Eneas , á este cruel y fementido Vireno , á este defraudador de mis buenos pensamientos , y legítimas y bien fundadas esperanzas ; y así sin ahondar mucho en mis

discursos, ofreciéndome la ocasion un vestido de camino de mi hermano, y un quartago de mi padre que yo ensillé, una noche escurísima salí de casa con intencion de ir á Salamanca; donde segun despues se dixo creian que Marco Antonio podia haber venido; porque tambien es estudiante, y camarada del hermano mio que os he dicho: no dexé así mismo de sacar cantidad de dineros en oro, para todo aquello que en mi impensado viage pueda sucederme; lo que mas me fatiga es que mis padres me han de seguir y hallar por las señas del vestido y del quartago que traygo, y quando esto no tema, temo á mi hermano que está en Salamanca, del qual si soy conocida, ya se puede entender el peligro en que está puesta mi vida; porque aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honor pasa á quantas yo pudiere darle: con todo esto mi principal determinacion es, aunque pierda la vida, buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que le desmientan las prendas que dexó en mi poder, que son una sortija de diamantes con unas cifras que dicen: es Marco Antonio esposo de Teodosia. Si le halló sabré dél que halló en mí que tan presto le movió á dexarme; y en

resolucion haré que me cumpla la palabra y fe prometida, ó le quitaré la vida, mostrándome tan presta á la venganza, como fuí fácil al dexar agraviarme; porque la nobleza de la sangre que mis padres me han dado, va despertando en mí brios que me prometen ó ya remedio, ó ya venganza de mi agravio. Esta es, señor caballero, la verdadera y desdichada historia que deseábades saber, la qual será bastante disculpa de los suspiros y palabras que os despertaron: lo que os ruego y suplico, es que ya que no podais darme remedio, aloménos me deis consejo con que pueda huir los peligros que me contrastan, y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los modos que he de usar para conseguir lo que tanto deseo, y he menester.

Un gran espacio de tiempo estuvo *sin responder* palabra el que habia estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto, que ella pensó que estaba dormido, y que ninguna cosa le habia oido; para certificarse de lo que sospechaba, le dixo: dormis, señor? y no seria malo que durmiédeses, porque el apasionado que cuenta sus desdichas á quien no las siente, bien es que causen en quien las escucha mas

sueño que lástima. No duermo, respondió el caballero, ántes estoy tan despierto y siento tanto vuestra desventura, que no sé si diga que en el mismo grado me aprieta y duele, que á vos misma, y por esta causa el consejo que me pedis, no solo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerzas alcanzaren; que puesto que en el modo que habeis tenido en contarme vuestro suceso, se ha mostrado el raro entendimiento de que soys dotada, y que conforme á esto os debió de engañar mas vuestra voluntad rendida, que las persuasiones de Marco Antonio, todavía quiero tomar por disculpa de vuestro yerro vuestros pocos años, en los cuales no cabe tener experiencia de los muchos engaños de los hombres; sosegad, señora, y dormid si podeis, lo poco que debe de quedar de la noche; que en viniendo el dia nos aconsejarémos los dos y veremos que salida se podrá dar á vuestro remedio. Agradecióselo Teodosia lo mejor que supo, y procuró reposar un rato por dar lugar á que el caballero durmiese, el qual no fué posible sosegar un punto, ántes comenzó á volcarse por la cama, y a suspirar de manera, que le fué forzoso á Teodosia preguntarle que era lo

que sentia, que si era alguna pasion á quien ella pudiese remediar, lo haria con la voluntad misma que él á ella se le habia ofrecido. A esto respondió el caballero: puesto que soys vos, señora, la que causa el desasosiego que en mí habeis sentido, no soys vos la que podais remedialle, que á serlo, no tuviera yo pena alguna. No pudo entender Teodosia adonde se encaminaban aquellas confusas razones; pero todavía sospechó que alguna pasion amorosa le fatigaba, y aun pensó ser ella la causa, y era de sospechar y de pensar, pues la comodidad del aposento, la soledad, y la escuridad, y el saber que era muger, no fuera mucho haber despertado en él algun mal pensamiento, y temerosa desto se vistió con grande priesa, y con mucho silencio, y se ciñó su espada y daga, y de aquella manera, sentada sobre la cama estuvo esperando el dia, que de allí á poco espacio dió señal de su venida con la luz que entraba por los muchos lugares y entradas que tienen los aposentos de los mesones y ventas: y lo mismo que Teodosia, habia hecho el caballero, y apénas vió estrellado el aposento con la luz del dia, quando se levantó de la cama, diciendo:

levantaos , señora Teodosia , que yo quiero acompañaros en esta jornada , y no dexaros de mi lado hasta que como legítimo esposo tengais en el vuestro á Marco Antonio , ó que él , ó yo perdamos las vidas , y aquí veréis la obligacion y voluntad en que me ha puesto vuestra desgracia ; y diciendo esto abrió las ventanas y puertas del aposento. Estaba Teodosia deseando ver la claridad , para ver con la luz que talle y parecer tenia aquel con quien habia estado hablando toda la noche ; mas quando le miró y le conoció , quisiera que jamas hubiera amanecido , sino que allí en perpetua noche se le hubieran cerrado los ojos ; porque apenas hubo el caballero vuelto los ojos á mirarla (que tambien deseaba verla) quando ella conoció que era su hermano , de quien tanto se temia , á cuya vista casi perdió la de sus ojos , y quedó suspensa , y muda , y sin color en el rostro ; pero sacando del temor esfuerzo , y del peligro discrecion , echando mano á la daga , la tomó por la punta , y se fué á hincar de rodillas delante de su hermano , diciendo con voz turbada y temerosa : toma , señor y querido hermano mio , y haz con este hierro el castigo del que he cometido ,

satisfaciendo tu enojo , que para tan grande culpa como la mia , no es bien que ninguna misericordia me valga : yo confieso mi pecado , y no quiero que me sirva de disculpa mi arrepentimiento : solo te suplico que la pena sea de suerte , que se extienda á quitarme la vida , y no la honra , que puesto que yo la he puesto en manifesto peligro, ausentándome de casa de mis padres, todavía quedará en opinion , si el castigo que me dieres fuere secreto. Mirábala su hermano , y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaba á la venganza , las palabras tan tiernas y tan eficaces con que manifestaba su culpa, le ablandáron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable y semblante pacífico , la levantó del suelo , y la consoló lo mejor que pudo y supo , diciéndole entre otras razones , que por no hallar castigo igual á su locura, le suspendia por entónces; y así por esto , como por parecerle que aun no habia cerrado la fortuna de todo en todo las puertas á su remedio , queria ántes procurársele por todas las vias posibles , que no tomar venganza del agravio que de su mucha liviandad en él redundaba. Con estas razones volvió Teodosia á cobrar los per-

didos espíritus, tornó la color á su rostro, y reviviéron sus casi muertas esperanzas. No quiso mas D. Rafael (que así se llamaba su hermano) tratarle de su suceso: solo le dixo que mudase el nombre de Teodosia en Teodoro , que diesen luego la vuelta á Salamanca los dos juntos á buscar á Marco Antonio, puesto que él imaginaba que no estaba en ella , porque siendo su camarada , le hubiera hablado , aunque podía ser que el agravio que le habia hecho, le enmudeciese , y le quitase la gana de verle. Remitióse el nuevo Teodoro á lo que su hermano quiso. Entró en esto el huésped, al qual ordenáron que les diese algo de almorzar, porque querian partirse luego.

Entretanto que el mozo de mulas ensillaba, y el almuerzo venia , entró en el meson un hidalgo que venia de camino, que de D. Rafael fué conocido luego. Conocióale tambien Teodoro , y no osó salir del aposento por no ser visto. Abrazáronse los dos, y preguntó D. Rafael al recién venido que nuevas habia en su lugar. A lo qual respondió que él venia del puerto de Santa María, adonde dexaba quatro galeras de partida para Nápoles, y que en ellas habia

visto embarcado á Marco Antonio Adorno, el hijo de D. Leonardo Adorno. Con las quales nuevas se holgó Don Rafael, pareciéndole que pues tan siu pensar habia sabido nuevas de lo que tanto le importaba, era señal que tendria buen fin su suceso: rogóle á su amigo que trocase con el quartago de su padre (que él muy bien conocia) la mula que el traia, no diciéndole que venia, sino que iba á Salamanca, y que no queria llevar tan buen quartago en tan largo camino. El otro que era comedido y amigo suyo, se contentó del trueco, y se encargó de dar el quartago á su padre. Almorzaron juntos, y Teodoro solo, y llegado el punto de partirse el amigo, tomó el camino de Cazalla, donde tenia una rica heredad. No partió D. Rafael con él, que por hurtarle el cuerpo, le dixo que le convenia volver aquel dia á Sevilla; y así como le vió ido, estando en órden las cabalgaduras, hecha la cuenta y pagado al huésped, diciendo á Dios, se saliéron de la posada, dexando admirados á quantos en ella quedaban de su hermosura y gentil disposicion, que no tenia para hombre menor gracia, brio y compostura D. Rafael, que su hermana belleza y donayre. Luego

en saliendo, contó D. Rafael á su hermana las nuevas que de Marco Antonio le habian dado, y que le parecia que con la diligencia posible caminasen la vuelta de Barcelona, donde de ordinario suelen parar algun dia las galeras que pasan á Italia, ó vienen á España; y que si no hubiesen llegado, podian esperarlas, y allí sin duda hallarian á Marco Antonio. Su hermana le dixo que hiciese todo aquello que mejor le pareciese, porque ella no tenia mas voluntad que la suya. Dixo D. Rafael al mozo de mulas que consigo llevaba, que tuviese paciencia, porque le convenia pasar á Barcelona, asegurándole la paga á todo su contento del tiempo que con él anduviese. El mozo que era de los alegres del oficio, y que conocia que D. Rafael era liberal, respondió que hasta el cabo del mundo le acompañaria y serviria. Preguntó D. Rafael á su hermana, que dineros llevaba? Respondió que no los tenia contados, y que no sabia mas de que en el escritorio de su padre habia metido la mano siete ó ocho veces, y sacádola llena de escudos de oro, y segun aquello imaginó D. Rafael que podia llevar hasta quinientos escudos, que con otros docientos que él tenia, y una cadena de oro

que llevaba, le pareció no ir muy desacomodado; y mas persuadiéndose que habia de hallar en Barcelona á Marco Antonio. Con esto se diéron priesa á caminar sin perder jornada, y sin acaecerles desman ó impedimento alguno llegaron á dos leguas de un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada. Habian sabido en el camino como un caballero que pasaba por Embaxador á Roma estaba en Barcelona esperando las galeras que aun no habian llegado: nueva que les dió mucho contento. Con este gusto caminaron hasta entrar en un bosquecillo que en el camino estaba, del qual viéron salir un hombre corriendo y mirando atras como espantado. Púsosele D. Rafael delante, diciéndole: porque huis, buen hombre, ó que cosa os ha acontecido, que con muestras de tanto miedo os hace parecer tan ligero? ¿No quereis que corra apriesa y con miedo, respondió el hombre, si por milagro me he escapado de una compañía de bandoleros que queda en ese bosque? Malo, dixo el mozo de mulas, malo, vive Dios: bandoleritos á estas horas! para mi santiguada que ellos nos pongan como nuevos. No os congojeis, hermano, replicó el del bosque,

que ya los bandoleros se han ido, y han dexado atados á los árboles deste bosque mas de treinta pasageros, dexándolos en camisa: á solo un hombre dexáron libre para que desatase á los demas despues que ellos hubiesen traspuesto una montañuela, que le diéron por señal. Si eso es, dixo Calvete (que así se llamaba el mozo de mulas) seguros podemos pasar, á causa que al lugar donde los bandoleros hacen el salto, no vuelven por algunos dias, y puedo asegurar esto como aquel que ha dado dos veces en sus manos, y sabe de molde su usanza y costumbres. Así es, dixo el hombre, lo qual oido por D. Rafael, determinó pasar adelante; y no anduviéron mucho, quando diéron en los atados que pasaban de quarenta, que los estaba desatando el que dexáron suelto. Era estraño espectáculo el verlos: unos desnudos del todo: otros vestidos con los vestidos astrosos de los bandoleros: unos llorando de verse robados: otros riendo de ver los estraños trages de los otros: este contaba por menudo lo que le llevaban: aquel decia que le pesaba mas de una caja de agnus que de Roma traia, que de otras infinitas cosas que llevaba. En fin todo quanto allí pasaba eran llantos

llantos y gemidos de los miserables despojados. Todo lo qual miraban no sin mucho dolor los dos hermanos , dando gracias al cielo que de tan grande y tan cercano peligro los habia librado. Pero lo que mas compasion les puso , especialmente á Teodoro , fué ver al tronco de una encina atado un muchacho de edad al parecer de diez y seis años , con sola la camisa y unos calzones de lienzo ; pero tan hermoso de rostro , que forzaba y movia á todos que le mirasen. Apeóse Teodoro á desatarle , y él le agradeció con muy corteses razones el beneficio ; y por hacérsele mayor , pidió á Calvete el mozo de mulas le prestase su capa hasta que en el primer lugar comprasen otra , para aquel gentil mancebo. Dióla Calvete , y Teodoro cubrió con ella al mozo , preguntándole de donde era , de donde venia , y adonde caminaba. A todo esto estaba presente D. Rafael , y el mozo respondió que era del Andalucía , y de un lugar , que en nombrándole , vieron que no distaba del suyo sino dos leguas : dixo que venia de Sevilla , y que su designio era pasar á Italia á probar ventura en el exercicio de las armas , como otros muchos españoles acostumbraban ; pero que

la suerte suya habia salido azar con el mal encuentro de los bandoleros, que le llevaban una buena cantidad de dineros, y tales vestidos, que no se compraran tan buenos con trecientos escudos; pero que con todo eso pensaba proseguir su camino, porque no venia de casta, que se le habia de helar al primer mal suceso el calor de su fervoroso deseo. Las buenas razones del mozo (junto con haber oido que era tan cerca de su lugar, y mas con la carta de recomendacion que en su hermosura traia) pusiéron voluntad en los dos hermanos de favorecerle en quanto pudiesen, y repartiendo entre los que mas necesidad á su parecer tenian algunos dineros, especialmente entre frayles y clérigos, que habia mas de ocho, hiciéron que subiese el mancebo en la mula de Calvete, y sin detenerse mas, en poco espacio se pusiéron en Igualada, donde supiéron que las galeas el día ántes habian llegado á Barcelona, y que de allí á dos dias se partirian, si ántes no les forzaba la poca seguridad de la playa. Estas nuevas hiciéron que la mañana siguiente madrugasen ántes que el sol, puesto que aquella noche no la durmiéron toda, sino con mas sobresalto de los dos

hermanos que ellos se pensaron, causado de que estando á la mesa, y con ellos el mancebo que habian desatado, Teodoro puso ahincadamente los ojos en su rostro, y mirándole algo curiosamente, le pareció que tenia las orejas horadadas, y en esto y en un mirar vergonzoso que tenia, sospechó que debia de ser muger, y deseaba acabar de cenar para certificarse á solas de su sospecha; y entre la cena le preguntó D. Rafael que cuyo hijo era? porque él conocia toda la gente principal de su lugar, si era aquel que habia dicho. A lo qual respondió el mancebo que era hijo de D. Enrique de Cardenas, caballero bien conocido. A esto dixo D. Rafael que él conocia bien á D. Enrique de Cardenas; pero que sabia y tenia por cierto que no tenia hijo alguno; mas que si lo habia dicho por no descubrir sus padres, que no importaba, y que nunca mas se lo preguntaria. Verdad es, replicó el mozo, que D. Enrique no tiene hijos; pero tiénelos un hermano suyo que se llama D. Sancho. Ese tampoco, respondió D. Rafael, tiene hijos, sino una hija sola, y aun dicen que es de las mas hermosas doncellas que hay en la Andalucía, y esto no lo sé mas de por fama: que aun-

que muchas veces he estado en su lugar ; jamas la he visto. Todo lo que , señor , decis , es verdad , respondió el mancebo , que D. Sancho no tiene mas de una hija , pero no tan hermosa como su fama dice ; y si yo dixé que era hijo de D. Enrique , fué porque me tuviédes , señores , en algo , pues no lo soy , sino de un mayordomo de D. Sancho , que ha muchos años que le sirve , y yo nací en su casa , y por cierto enojo que dí á mi padre , habiéndole tomado buena cantidad de dineros , quise venirme á Italia , como os he dicho , y seguir el camino de la guerra , por quien vienen segun he visto á hacerse ilustres aun los de escuro linage. Todas estas razones y el modo con que las decia , notaba atentamente Teodoro , y siempre se iba confirmando en sus sospecha. Acabóse la cena , alzáronse los manteles , y entanto que D. Rafael se desnudaba , habiéndole dicho lo que del mancebo sospechaba , con su parecer y licencia se apartó con el mancebo á un balcon de una ancha ventana que á la calle salia , y en él puestos los dos de pechos , Teodoro así comenzó á hablar con el mozo.

Quisiera , señor Francisco (que así habia dicho él que se llamaba) haberos hecho

tantas buenas obras , que os obligara á no negarme qualquiera cosa que pudiera ó quisiera pedir; pero el poco tiempo que ha que os conozco , no ha dado lugar á ello : podria ser que en el que está por venir , conociédes lo que merece mi deseo ; y si al que ahora tengo no gustáredes de satisfacer , no por eso dexaré de ser vuestro servidor , como lo soy tambien ántes que os le descubra. Sepais que aunque tengo tan pocos años como los vuestros , tengo mas experiencia de las cosas de mundo que ellos prometen , pues con ella he venido á sospechar que vos no soys varon como vuestro traje lo muestra , sino muger , y tan bien nacida como vuestra hermosura publica , y quizá tan desdichada como lo da á entender la mudanza del traje ; pues jamas tales mudanzas son por bien de quien las hace : si es verdad lo que sospecho , decídmelo , que os juro por la fe de caballero que profeso , de ayudaros y serviros en todo aquello que pudiere. De que no seais muger , no me lo podeis negar , pues por las ventanas de vuestras orejas se vee esta verdad bien clara , y habeis andado descuidada en no cerrar y dissimular esos agujeros con alguna cera encarnada , que pudiera ser que

otro tan curioso como yo y no tan honrado, sacara á luz lo que vos tan mal habeis sabido encubrir : digo que no dudeis de decirme quien soys, con presupuesto que os ofrezco mi ayuda, y os aseguro el secreto que quisiéredes que tenga. Con grande atencion estaba el mancebo escuchando lo que Teodoro le decia, y viendo quo ya callaba, ántes que le respondiese palabra, le tomó las manos, y llegándoselas á la boca, se las besó por fuerza, y aun se las bañó con gran cantidad de lágrimas que de sus hermosos ojos derramaba, cuyo extraño sentimiento le causó en Teodoro de manera, que no pudo dexar de acompañarle en ellas (propia y natural condicion de mugeres principales enternecerse de los sentimientos y trabajos agenos) pero despues que con dificultad retiró sus manos de la boca del mancebo, estuvo atenta á ver lo que le respondia, el qual dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dixo : no quiero ni puedo negaros, señor, que vuestra sospecha no haya sido verdadera : muger soy, y la mas desdichada que echáron al mundo las mugeres ; y pues las obras que me habeis hecho y los ofrecimientos que me haceis, me obligan á obe-

deceros en quanto me mandáredes , escuchad , que yo os diré quien soy (si ya no os cansa oír ajenas desventuras). En ellas viva yo siempre , replicó Teodoro , si no llegue el gusto de saberlas á la pena que me darán el ser vuestras , que ya las voy sintiendo como propias mias , y tornándole á abrazar , y á hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos , el mancebo algo mas sosegado comenzó á decir estas razones .

En lo que toca á mi patria , la verdad he dicho , en lo que toca á mis padres , no la dixé ; porque D. Enrique no lo es , sino mi tío , y su hermano D. Sancho mi padre , que yo soy la hija desventurada que vuestro hermano dice que D. Sancho tiene tan celebrada de hermosa , cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo : mi nombre es Leocadia : la ocasion de la mudanza de mi traje oiréis ahora . Dos leguas de mi lugar está otro de los mas ricos y nobles de la Andalucía , en el qual vive un principal caballero que trae su origen de los nobles y antiguos Adornos de Génova : este tiene un hijo , que si no es que la fama se adelanta en sus alabanzas , como en las mias , es de los gentiles hombres que desearse puede . Este pues , así por la ve-

cidad de los lugares, como por ser aficionado al ejercicio de la caza como mi padre, algunas veces venia á mi casa, y en ella se estaba cinco ó seis dias, que todos y aun parte de las noches él y mi padre las pasaban en el campo: desta ocasion tomó la fortuna, ó el amor, ó mi poca advertencia la que fué bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos á la baxeza del estado en que me veo; pues habiendo mirado mas de aquello que fuera lícito á una recatada doncella, la gentileza y discrecion de Marco Antonio, y considerando la calidad de su linage y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna que su padre tenia, me pareció que si le alcanzaba por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi deseo: con ese pensamiento le comencé á mirar con mas cuidado, y debió de ser sin duda con mas descuido, pues él vino á caer en que yo le miraba; y no quiso ni le fué menester al traydor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho, y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sé para que me pongo á contaros, señor, punto por punto las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciros

de una vez lo que él con muchas de solitud grangeó conmigo , que fué que habiéndome dado su fe y palabra debaxo de grandes , á mi parecer , firmes y cristianos juramentos de ser mi esposo , me ofrecí á que hiciese de mí todo lo que quisiese ; pero aun no bien satisfecha de sus juramentos y palabras , porque no se las llevase el viento , hice que las escribiese en una cédula que él me dió firmada de su nombre , con tantas circunstancias y fuerzas escritas , que me satisfizo. Recibida la cédula , dí traza como una noche viniese de su lugar al mio , y entrase por las paredes de un jardin á mi aposento , donde sin sobresalto alguno podia coger el fruto que para él solo estaba destinado. Llegóse en fin la noche por mí tan deseada... Hasta este punto habia estado callando Teodoro , teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia , que con cada una dellas le traspasaba el alma , especialmente quando oyó el nombre de Marco Antonio , y vió la peregrina hermosura de Leocadia , y consideró la grandeza de su valor con la de su rara discrecion , que bien lo mostraba en el modo de contar su historia. Mas quando llegó á decir: llegó la noche por mí tan deseada , estuvo

por perder la paciencia , y sin poder hacer otra cosa, le salteó la razon, diciendo : y bien ? así como llegó esa felicísima noche, que hizo ? entró por dicha ? gozástele ? confirmó de nuevo la cédula ? quedó contento en haber alcanzado de vos lo que decis que era suyo ? supolo vuestro padre ? ó en que paráron tan honestos y sabios principios ? Paráron , dixo Leocadia , en ponerme de la manera que veis , porque no le gocé , ni me gozó , ni vino al concierto señalado. Respiró con estas razones Teodosia , detuvo los espíritus que poco á poco la iban dexando , estimulados y apretados de la rabiosa pestilencia de los zelos , que á mas andar se le iban entrando por los huesos y médulas , para tomar entera posesion de su paciencia ; mas no la dexó tan libre , que no volviese á escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguió , diciendo : no solamente no vino , pero de allí á ocho dias supe por nueva cierta que se habia ausentado de su pueblo y llevado de casa de sus padres á una doncella de su lugar , hija de un principal caballero , llamada Teodosia , doncella de extremada hermosura y de rara discrecion ; y por ser de tan nobles padres , se supo en mi pueblo el robo , y luego llegó á mis

oidos, y con él la fria y temida lanza de los zelos que me pasó el corazon, y me abrasó el alma en fuego tal, que en él se hizo ceniza mi honra, y se consumió mi crédito, se secó mi paciencia, y se acabó mi cordura. Ay de mí desdichada! que luego se me figuró en la imaginacion Teodosia mas hermosa que el sol, y mas discreta que la discrecion misma; y sobre todo mas venturosa que yo sin ventura. Leí luego las razones de la cédula, vilas firmes y valederas, y que no podian faltar en la fe que publicaban; y aunque á ellas como á cosa sagrada se acogiera mi esperanza, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañía que Marco Antonio llevaba consigo, daba con todas ellas en el suelo: maltraté mi rostro, arranqué mis cabellos, maldixé mi suerte; y lo que mas sentia era no poder hacer estos sacrificios á todas horas por la forzosa presencia de mi padre: en fin por acabar de quejarme sin impedimento, ó por acabar la vida, que es lo mas cierto, determiné dexar la casa de mi padre; y como para poner por obra un mal pensamiento, parece que la ocasion facilita y allana todos los inconvenientes, *sin temor* alguno hurté á un page de mi padre sus

vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche cubierta con su negra capa, salí de casa, y á pie caminé algunas leguas, y llegué á un lugar que se llama Osuna, y acomodándome en un carro, de allí á dos dias entré en Sevilla, que fué haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada, aunque me buscasen: allí compré otros vestidos, y una mula, y con unos caballeros que venian á Barcelona con priesa por no perder la comodidad de unas galeras que pasaban á Italia, caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habréis sabido de los bandoleros que me quitáron quanto traía, y entre otras cosas la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fué la cédula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar á Italia, y hallando á Marco Antonio presentársela por testigo de su poca fe, y á mí por abono de mi mucha firmeza, y hacer de suerte, que me cumpliese la promesa; pero juntamente con esto he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas, el que niega las obligaciones que debian estar grabadas en el alma: que claro está, que si él tiene en su compañía á la sin par Teodosia,

no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia; aunque con todo esto pienso morir, ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista les turbe su sosiego: no piense aquella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa lo que es mio: yo la buscaré, yo la hallaré, y yo le quitaré la vida, si puedo. ¿Pues que culpa tiene Teodosia, dixo Teodoro, si ella quizá tambien fué engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habeis sido? Puede ser eso así, dixo Leocadia, si se la llevó consigo, y estando juntos los que bien se quieren, que engaño puede haber? Ninguno por cierto: ellos están contentos, pues están juntos, ora estén, como suele decirse en los remotos y abrasados desiertos de Libia, ó en los solos y apartados de la helada Scitia: ella le goza sin duda sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle. Podia ser, que os engañádes, replicó Teodosia, que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que decis, y sé de su condicion y recogimiento que nunca ella se aventuraria á dexar la casa de sus padres ni acudir á la voluntad de Marco Antonio; y quando lo hubiese hecho, no conociéndoo, ni

sabiendo cosa alguna de lo que con él teniades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza. Del recogimiento, dixo Leocadia, no hay que tratarme, que tan recogida y tan honesta era yo como quantas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habeis oido: de que él la llevase, no hay duda; y de que ella no me haya agraviado, mirándolo sin pasion, yo lo confieso; mas el dolor que siento de los zelos, me la representa en la memoria bien así como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastima, le procure arrancar dellas y hacerle pedazos: quanto mas, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal, yaquellas que nos estorban el bien. Sea como vos decis, señora Leocadia, respondió Teodosia, que así como veo que la pasion que sentis, no os dexa hacer mas acertados discursos, veo que no estais en tiempo de admitir consejos saludables: de mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuere justo y yo pudiere; y lo mismo os

prometo de mi hermano, que su natural condicion y nobleza no le dexarán hacer otra cosa : nuestro camino es á Italia ; si gustáredes venir con nosotros, ya poco mas ó ménos sabeis el trato de nuestra compañía : lo que os ruego es , me deis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con el comedimiento y respecto que se os debe , y para que se obligue á mirar por vos como es razon : junto con esto me parece , no ser bien que mudeis de trage ; y si en este pueblo hay comodidad de vestidos , por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere, y que mas os convengan , y en lo demas de vuestras pretensiones , dexad el cuidado al tiempo , que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos mas desesperados. Agradeció Leocadia á Teodosia , que ella pensaba ser Teodoro , sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese : suplicándole que no la desamparase , pues veia á quantos peligros estaba puesta , si por muger fuese conocida.

Con esto se despidiéron , y se fuéron á acostar , Teodosia al aposento de su her-

mano , y Leocadia á otro que junto dél estaba. No se habia aun dormido D. Rafael , esperando á su hermana por saber lo que le habia pasado con el que pensaba ser muger , en entrando , ántes que se acostase , se lo preguntó : la qual punto por punto le contó todo quanto Leocadia le habia dicho , cuya hija era , sus amores , la cédula de Marco Antonio , y la intencion que llevaba. Admiróse D. Rafael y dixo á su hermana : si ella es la que dice , séos decir , hermana , que es de las mas principales de su lugar , y una de las mas nobles señoras de toda la Andalucía : su padre es bien conocido del nuestro , y la fama que ella tenia de hermosa , corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro ; y lo que desto me parece es que debemos andar con recato de manera ; que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros , que me da algun cuidado la cédula que dice que le hizo , puesto que la haya perdido ; pero sosegaos , y acostaos , hermana , que para todo se buscará remedio. Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaba , en quanto al acostarse , mas en lo de sosegarse no fué en su mano , que ya tenia tomada posesion

de su alma la rabiosa enfermedad de los zelos. ¡Ó quanto mas de lo que ella era se le representaba en la imaginacion la hermosura de Leocadia, y la deslealtad de Marco Antonio! ¡ó quantas veces leia ó fingia leer la cédula que la habia dado! ¡que de palabras y razones la añadia, que la hacian cierta y de mucho efecto! ¡quantas veces no creyó que se le habia perdido! ¡y quantas imaginó que sin ella Marco Antonio no dexara de cumplir su promesa, sin acordarse de lo que á ella estaba obligado! pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño. Y no la pasó con mas descanso D. Rafael su hermano, porque así como oyó decir quien era Leocadia, así se le abrasó el corazon en sus amores, como si de mucho ántes para el mismo efeto la hubiera comunicado: que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce; y quando descubre ó promete alguna via de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien así del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispuesta pólvora con qualquiera centella que la toca: no la imaginaba atada al

árbol, ni vestida en el roto trage de varon, sino en el suyo de muger, y en casa de sus padres ricos, y de tan principal y rico linage como ellos eran : no detenia ni queria detener el pensamiento en la causa que la habia traído á que la conociese, deseaba que el dia llegase para proseguir su jornada, y buscar á Marco Antonio no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia, y ya le tenian el amor y el zelo de manera, que tomara por buen partido ver á su hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida á trueco de no verse sin esperanza de alcanzar á Leocadia : la qual esperanza ya le iba prometiendo felice suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasion. Con esto que él á sí mismo se prometia, se sosegó algun tanto, y de allí á poco se dexó venir el dia, y ellos dexáron las camas, y llamando D. Rafael al huésped le preguntó, si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un page á quien los bandoleros habian desnudado ? El huésped dixo que él tenia un vestido razonable que vender : trúxole, y vínole bien á Leocadia. Pagóle D. Rafael : y ella se le

vistió, y se ciñó una espada, y una daga con tanto donayre y brio, que en aquel mismo trage suspendió los sentidos de Don Rafael, y dobló los zelos en Teodosia. Ensiló Calvete, y á las ocho del dia partiéron para Barcelona, sin querer subir por entón-ces al famoso monasterio de Monserrate, dexándolo para quando Dios fuese servido de volverlos con mas sosiego á su patria. No se podrá contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos llevaban, ni con quan diferentes ánimos los dos iban mirando á Leocadia, deséandola Teodosia la muerte, D. Rafael la vida, entrám-bos zelosos y apasionados: Teodosia buscando tachas que ponerla, por *no desmayar* en su esperanza: D. Rafael hallándole perfecciones, que de punto en punto le obligaban mas á amarla. Con todo esto no se descuidáron de darse priesa de modo que llegaron á Barcelona poco ántes que el sol se pusiese, Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimáron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los estrangeros, escuela de la caballería, exemplo de lealtad, y satisfacion

de todo aquello que de una grande, famosa, rica, y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo. En entrando en ella, oyéron grandísimo ruido, y viéron correr gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruido y movimiento, les respondieron que la gente de las galeras que estaban en la playa, se habia revuelto y trabado con la de la ciudad. Oyendo lo qual D. Rafael, quiso ir á ver lo que pasaba, aunque Calvete le dixo que no lo hiciese, por no ser cordura irse á meter en un manifiesto peligro, que él sabia bien quan mal libran los que en tales pendencias se metian, que eran ordinarias en aquella ciudad, quando á ella llegaban galeras. No fué bastante el buen consejo de Calvete, para estorbar á D. Rafael la ida, y así le siguiéron todos: y en allegando á la marina, viéron muchas espadas fuera de las vaynas, y mucha gente acuchillándose sin piedad alguna: con todo esto sin apearse llegaron tan cerca, que distintamente veian los rostros de los que peleaban, porque aun no era puesto el sol. Era infinita la gente que de la ciudad acudía, y mucha la que de las galeras se desembarcaba, puesto que el que las traía

á cargo , que era un caballero Valenciano llamado D. Pedro Vique , desde la popa de la galera Capitana amenazaba á los que se habian embarcado en los esquifes , para ir á socorrer á los suyos ; mas viendo que no aprovechaban sus voces ni sus amenazas , hizo volver las proas de las galeras á la ciudad , y disparar una pieza sin bala , señal , de que si no se apartasen , otra no iria sin ella . En esto estaba D. Rafael atentamente mirando la cruel y bien trabada riña , y vió y notó que de parte de los que mas se señalaban de las galeras , lo hacia gallardamente un mancebo de hasta veintidos ó pocos mas años , vestido de verde , con un sombrero de la misma color , adornado con un rico trencillo al parecer de diamantes : la destreza con que el mozo se combatia , y la bizarría del vestido hacia que volviesen á mirarle todos quantos la pendencia miraban ; y de tal manera le miráron los ojos de Teodosia y de Leocadia , que ámbas á un mismo punto y tiempo dixéron : vá-lame Dios ! ó yo no tengo ojos , ó aquel de lo verde es Marco Antonio : y en diciendo esto , con gran ligereza saltáron de las mulas , y poniendo mano á sus dagas y espadas , sin temor alguno se entráron por

mitad de la turba, y se pusieron la una á un lado, y la otra al otro de Marco Antonio (que él era el mancebo de lo verde, que se ha dicho) No temais, dixo así como llegó Leocadia, señor Marco Antonio, que á vuestro lado teneis quien os hará escudo con su propia vida, por defender la vuestra. Quien lo duda, replicó Teodosia, estando yo aquí? D. Rafael que vió y oyó lo que pasaba, las siguió así mismo, y se puso de su parte. Marco Antonio ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dixéron : ántes cebado en la pelea, hacia cosas al parecer increíbles. Pero como la gente de la ciudad por momentos crecia, fuéles forzoso á los de las galeras retirarse hasta meterse en el agua. Retirábase Marco Antonio de mala gana, y á su mismo compas se iban retirando á sus lados las dos valientes, y nuevas Bradamante y Marfisa, ó Hipólita y Pentesilea. En esto vino un caballero catalan de la famosa familia de los Cardonas sobre un poderoso caballo, y poniéndose en medio de las dos partes, hacia retirar los de la ciudad, los quales le tuvieron respeto en conociéndole. Pero algunos desde léjos tiraban piedras á los que ya se iban acogiendo al agua; y quiso la mala

suerte que una acertase en la sien á Marco Antonio con tanta furia , que dió con él en el agua que ya le daba á la rodilla : y apénas Leocadia le vió caído , quando se abrazó con él y le sostuvo en sus brazos , y lo mismo hizo Teodosia. Estaba D. Rafael un poco desviado , defendiéndose de las infinitas piedras que sobre él llovian ; y queriendo acudir al remedio de su alma , y al de su hermana y cuñado , el caballero catalan se le puso delante , diciéndole : sosegaos, señor, por lo que debeis á buen soldado, y hacedme merced de poneros á mi lado , que yo os libraré de la insolencia y demasía deste desmandado vulgo. Ah señor! respondió D. Rafael , dexadme pasar , que veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida mas quiero. Dexóle pasar el caballero , mas no llegó tan á tiempo , que ya no hubiesen recogido en el esquife de la galera Capitana á Marco Antonio , y á Leocadia que jamas él dexó de los brazos , y queriéndose embarcar con ellos Teodosia , ó ya fuese por estar cansada , ó por la pena de haber visto herido á Marco Antonio , ó por ver que se iba con él su mayor enemiga , no tuvo fuerza para subir en el esquife , y sin duda cayera desmayada en el

agua, si su hermano no llegara á tiempo de socorrerla, el qual no sintió menor pena de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia, que su hermana habia sentido (que ya tambien él habia conocido á Marco Antonio). El caballero catalan, aficionado de la gentil presencia de D. Rafael y de su hermana (que por hombre tenia) los llamó desde la orilla, y les rogó que con él se viniesen; y ellos forzados de la necesidad, y temerosos de que la gente que aun no estaba pacífica, les hiciese algun agravio, hubiéron de aceptar la oferta que se les hacia. El caballero se apeó, y tomándolos á su lado, con la espada desnuda pasó por medio de la turba alborotada, rogándoles que se retirasen, y así lo hicieron. Miró D. Rafael á todas partes por ver si veria á Calvete con las mulas, y no le vió á causa que él así como ellos se apeáron, las antecogió y se fué á un meson donde solia posar otras veces. Llegó el caballero á su casa que era una de las principales de la ciudad, y preguntando á D. Rafael en qual galera venia? le respondió que en ninguna, pues habia llegado á la ciudad al mismo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al caballero que llevaron

lleváron herido de la pedrada en el esquiſe , se habia puesto en aquel peligro , y que le suplicase diese órden como sacasen á tierra al herido , que en ello le importaba el contento y la vida. Eso haré yo de buena gana , dixo el caballero , y sé que me le dará seguramente el General , que es principal caballero y pariente mio : y sin detenerse mas , volvió á la galera , y halló que estaban curando á Marco Antonio , y la herida que tenia era peligrosa , por ser en la sien izquierda y decir el cirujano ser de peligro : alcanzó con el General se le diese para curarle en tierra , y puesto con gran tiento en el esquiſe , le sacáron , *sin quererle dexar* Leocadia que se embarcó con él como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando á tierra , hizo el caballero traer de su casa una silla de manos , donde le llevasen. Entanto que esto pasaba , habia enviado D. Rafael á buscar á Calvete que en el meson estaba con cuidado de saber lo que la suerte habia hecho de sus amos , y quando supo que estaban buenos , se alegró en extremo , y vino adonde D. Rafael estaba.

En esto llegaron el señor de la casa , Marco Antonio , y Leocadia , y á todos alojó

en ella con mucho amor y magnificencia: ordenó luego como se llamase un cirujano famoso de la ciudad para que de nuevo curase á Marco Antonio: vino, pero no quiso curarle hasta otro dia, diciendo que siempre los cirujanos de los exércitos y armadas eran muy experimentados, por los muchos heridos que á cada paso tenian entre las manos, y así no convenia curarle hasta otro dia: lo que ordenó fué le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dexasen sosegar. Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras, y dió cuenta al de la ciudad de la herida, y de como le habia curado, y del peligro que de la vida á su parecer tenia el herido: con lo qual se acabó de enterar el de la ciudad, que estaba bien curado; y así mismo (segun la relacion que se le habia hecho) exâgeró el peligro de Marco Antonio. Oyéron esto Leocadia y Teodosia con aquel sentimiento, que si oyeran la sentencia de su muerte; mas por no dar muestras de su dolor, le reprimiéron y calláron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfaccion de su honra: y fué que así como se fuéron los cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del señor de la

causa, de D. Rafael, Teodosia, y de otras personas se llegó á la cabecera del herido, y asiéndole de la mano le dixo estas razones: no estais en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras, y así solo querria que me oyédes algunas que convienen, sino para la salud de vuestro cuerpo, convendrán para la de vuestra alma, y para decíros las es menester que me deis licencia, y me advirtais si estais con sugeto de escucharme: que no sería razon, que habiendo yo procurado desde el punto que os conocí, no salir de vuestro gusto, en este instante que le tengo por el postrero, seros causa de pesadumbre. A estas razones abrió Marco Antonio los ojos, y los puso atentamente en Leocadia y habiéndola casi conocido mas por el órgano de la voz, que por la vista, con voz debilitada y doliente le dixo: decid, señor, lo que quisiéredes, que no estoy tan al cabo, que no pueda escucharos, ni esa voz me es tan desagradable, que me cause fastidio el oirla. Atentísima estaba á todo este coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadia decia, era una aguda saeta que le atravesaba el corazon, y aun

el alma de D. Rafael que así mismo la escuchaba. Y prosiguiendo Leocadia dixo ? si el golpe de la cabeza, ó por mejor decir, el que á mí me han dado en el alma, no os ha llevado, señor Marco Antonio, de la memoria la imágen de aquella, que poco tiempo ha que vos decíades ser vuestra gloria y vuestro cielo, bien os debeis acordar quien fué Leocadia, y qual fué la palabra que le dístes firmada en una cédula de vuestra mano y letra, ni se os habrá olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato y honestidad, y la obligacion en que le estais, por haber acudido á vuestro gusto en todo lo que quisístes: si esto no se os ha olvidado, aunque me veais en este traje tan diferente, conoceréis con facilidad que yo soy Leocadia, que temerosa que nuevos accidentes, y nuevas ocasiones no me quitasen lo que tan justamente es mio, así como supe que de vuestro lugar os habíades partido, atropellando por infinitos inconvenientes, determiné seguiros en este hábito, con intencion de buscaros por todas las partes de la tierra hasta hallaros: de lo qual no os debeis maravillar, si es que alguna vez habeis sentido hasta donde llegan las fuerzas

de un amor verdadero, y la rabia de una muger engañada. Algunos trabajos he pasado en esta mi demanda, todos los quales los juzgo y tengo por descanso, con el descuento que han traído de veros, que puesto que esteis de la manera que estais, si fuere Dios servido de llevaros desta á mejor vida, con hacer lo que debeis á quien soys, ántes de la partida, me juzgaré por mas que dichosa, prometiéndoos como os prometo, de darme tal vida despues de vuestra muerte, que bien poco tiempo se pase, sin que os siga en esta última y forzosa jornada: y así os ruego primeramente por Dios, á quien mis deseos y intentos van encaminados, y luego por vos, que debeis mucho á ser quien soys, últimamente por mí, á quien debeis mas que á otra persona del mundo, que aquí luego me recibais por vuestra legítima esposa, no permitiendo haga la justicia lo que con tantas veras y obligaciones la razon os persuade. No dixo mas Leocadia, y todos los que en la sala estaban, guardáron un maravilloso silencio entanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fué esta: no puedo negar, señora, el conoceros, y que vuestra

voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue : tampoco puedo negar lo mucho que os debø , ni el gran valor de vuestros padres junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento , ni os tengo ni os tendré en ménos por lo que habeis hecho , en venirme á buscar en traje tan diferente del vuestro ; ántes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que ser pueda ; pero pues mi corta suerte me ha traído á término , como vos decís , que creo que será el postrero de mi vida , y son los semejantes trances los apurados de las verdades , quiero deciros una verdad , que si no os fuere ahora de gusto , podría ser que despues os fuese de provecho. Confieso , hermosa Leocadia , que os quise bien , y me quisísteis , y juntamente con esto confieso que la cédula que os hice , fué mas por cumplir con vuestro deseo , que con el mio ; porque ántes que la firmase , con muchos dias , tenia entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo lugar , que vos bien conoceis , llamada Teodosia , hija de tan nobles padres como los vuestros ; y si á vos os dí cédula firmada de mi mano , á ella le dí la mano firmada y acreditada con tales obras y testigos ,

que quedé imposibilitado de dar mi libertad á otra persona en el mundo. Los amores que con vos tuve, fuéron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabéis, las cuales no os ofendiéron, ni pueden ofender en cosa alguna: lo que con Teodosia me pasó, fué alcanzar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy; y si á ella, y á vos os dexé en un mismo tiempo, á vos suspensa y engañada; y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hícelo con poco discurso, y con juicio de mozo como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca importancia, y que las podia hacer sin escrúpulo alguno, con otros pensamientos que entónces me viniéron y solicitaron lo que queria hacer, que fué venirme á Italia, y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y después volver á ver lo que Dios habia hecho de vos y de mi verdadera esposa; mas doliéndose de mí el cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedeis desengañada y libre para

hacer lo que mejor os pareciere; y si en algún tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes, como en la muerte le cumplí la palabra que le dí en la vida; y si en el poco tiempo que de ella me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decídmelo, que como no sea recibiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dexaré de hacer que á mí sea posible, por daros gusto.

Entanto que Marco Antonio decia estas razones, tenia la cabeza sobre el codo, y en acabándolas, dexó caer el brazo, dando muestras que se desmayaba. Acudió luego D. Rafael, y abrazándole estrechamente le dixo: volved en vos, señor mio, y abrazad á vuestro amigo y á vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea: conoced á D. Rafael vuestro camarada, que será el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana quereis hacer con admitirla por vuestra. Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á D. Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro, le dixo: ahora digo, hermano y señor mio, que la suma alegría que he recibido en veros, no puede traer ménos descuento,

que un pesar grandísimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada qualquiera que me viniere, á trueco de haber gustado del contento de veros. Pues yo os le quiero hacer mas cumplido, replicó D. Rafael, con presentaros esta joya que es vuestra amada esposa; y buscando á Teodosia la halló llorando detras de toda la gente, suspensa, y atónita entre el pesar y la alegría por lo que veía, y por lo que habia oido decir. Asíóla su hermano de la mano, y ella sin hacer resistencia se dexó llevar donde él quiso, que fué ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lágrimas. Admirados quedáron quantos en la sala estaban, viendo tan estraño acontecimiento: mirábanse unos á otros, sin hablar palabra, esperando en que habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacia, y vió al que pensaba ser hermano de D. Rafael en brazos del que tenia por su esposo, viendo junto con esto burlados sus deseos y perdidas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo

hacia con el page que abrazado tenia) y se salió de la sala ó aposento , y en un instante se puso en la calle con intencion de irse desesperada por el mundo ó adonde gentes no la viesen ; mas apenas habia llegado á la calle , quando D. Rafael la echó ménos , y como si le faltara el alma , preguntó por ella , y nadie le supo dar razon donde se habia ido ; y así sin esperar mas , desesperado salió á buscarla , y acudió adonde le dixéron que posaba Calvete , por si habia ido allá á procurar alguna cabalgadura en que irse ; y no hallándola allí andaba como loco por las calles , buscándola de unas partes á otras ; y pensando si por ventura se habia vuelto á las galeras , llegó á la marina , y un poco ántes que llegase , oyó que á grandes voces llamaban desde tierra el esquife de la Capitana , y conoció que quien las daba , era la hermosa Leocadia , la qual recelosa de algun desman , sintiendo pasos á sus espaldas empuñó la espada , y esperó apercebida que llegase D. Rafael , á quien ella luego conoció , y le pesó de que la hubiese hallado y mas en parte tan sola , que ya ella habia entendido por mas de una muestra , que D. Rafael le habia dado , que no la queria mal , sino tan bien ,

que tomara por buen partido , que Marco Antonio la quisiera otro tanto. ¿Con que razones podré yo decir ahora las que D. Rafael dixo á Leocadia , declarándole su alma , que fuéron tantas y tales , que no me atrevo á escribirlas ? mas pues es forzoso decir algunas , las que entre otras le dixo , fuéron estas : si con la ventura que me falta , me faltase ahora , ó hermosa Leocadia ! el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma , quedaria enterrada en los senos del perpetuo olvido la mas enamorada y honesta voluntad , que ha nacido ni puede nacer en un enamorado pecho. Pero por no hacer este agravio á mi justo deseo , véngame lo que viniere , quiero , señora , que advirtais , si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento , que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio , sino es en el bien de ser de vos querido : mi linage es tan bueno como el suyo , y en los bienes que llaman de fortuna , no me hace mucha ventaja ; en los de naturaleza no conviene que me alabe , y mas si á los ojos vuestros no son de estima : todo esto digo , apasionada señora , porque tomeis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra des-

gracia: ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo que hoy os ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida, que entregarme por esposo vuestro: mirad que el buen suceso está llamando á las puertas del malo, que hasta ahora habeis tenido; y no penseis que el atrevimiento que habeis mostrado en buscar á Marco Antonio, ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que mereciéades, si nunca le hubiéades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndos por perpetua señora mia, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado todo quanto en esto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondon y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, estas mismas os han traído á vos al estado en que estais, y así no habrá necesidad de buscar disculpa, donde no ha habido yerro alguno. Callando estuvo Leocadia á todo quanto D. Rafael le dixo, sino que de quando en quando daba unos profundos suspiros, salidos de

lo íntimo de sus entrañas : tuvo atrevimiento D. Rafael de tomarle una mano , y ella no tuvo esfuerzo para estorbárselo , y allí besándosela muchas veces le decia: acabad, señora de mi alma, de serlo del todo á vista destes estrellados cielos que nos cubren , y deste sosegado mar que nos escucha , y destas bañadas arenas que nos sustentan : dadme ya el sí , que sin duda conviene tanto á vuestra honra como á mi contento : vuélvoos á decir que soy caballero como vos sabeis y rico , y que os quiero bien , que es lo que mas habeis de estimar , y que en cambio de hallaros sola y en trage que desdice mucho del de vuestra honra , léjos de la casa de vuestros padres y parientes , sin persona que os acuda á lo que ménester hubiéredes , y sin esperanza de alcanzar lo que buscábades , podeis volver á vuestra patria en vuestro propio honrado y verdadero trage , acompañada de tan buen esposo como el que vos supistes escogeros , rica , contenta , estimada , y servida , y aun loada de todos aquellos á cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra historia : si esto es así , como lo es , no sé en que estais dudando : acabad (que otra vez os lo digo) de levantarme del suelo

de mi miseria al cielo del mereceros , que en ello haréis por vos misma , y *cumpliréis* con las leyes de la cortesía , y del buen conocimiento , mostrándoos en un mismo punto agradecida y discreta. Ea pues , dixo á esta sazón la dudosa Leocadia , pues así lo ha ordenado el cielo , y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse á lo que él determinado tiene , hágase lo que él quiere , y vos quereis , señor mio ; y sabe el mismo cielo con la vergüenza que vengo á condescender con vuestra voluntad , no porque no entienda lo mucho que en obedeceros gano , sino porque temo que en cumpliendo vuestro gusto , me habeis de mirar con otros ojos de los que quizá hasta agora mirándome , os han engañado ; mas sea como fuere , que en fin el nombre de ser muger legítima de D. Rafael de Villavicencio no se podrá perder ; y con este título solo viviré contenta : y si las costumbres que en mí viéredes despues de ser vuestra , fueren parte para que me estimeis en algo , daré al cielo las gracias de haberme traído por tan estraños rodeos y por tantos males á los bienes de ser vuestra : dadme , señor D. Rafael , la mano de ser mio , y veis aquí os la doy de ser vuestra , y sirvan

de testigos los que vos decís, el cielo, la mar, las arenas, y este silencio solo interrumpido de mis suspiros y de vuestros ruegos. Diciendo esto se dexó abrazar, y le dió la mano, y D. Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo *desposorio* solas las lágrimas, que el contento á pesar de la pasada tristeza sacaba de sus ojos. Luego se volviéron á casa del caballero, que estaba con grandísima pena de su falta, lo mismo tenían Marco Antonio y Teodosia: los cuales ya por mano de clérigo estaban desposados, que á persuasión de Teodosia (temerosa que algun contrario accidente no le turbase el bien que habia hallado) el caballero envió luego por quien los desposase, de modo que quando D. Rafael y Leocadia entráron, y D. Rafael contó lo que con Leocadia le habia sucedido, así los aumentó el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes: que es condicion natural y propia de la nobleza Catalana saber ser amigos y favorecer á los estrangeros que dellos tienen necesidad alguna. El sacerdote que presente estaba, ordenó que Leocadia mudase el hábito, y se vistiese en el suyo; y el caballero acudió á ella con presteza, vistiendo á las dos de

dos ricos vestidos de su muger, que era una principal señora, del linage de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel reyno. Avisó al cirujano, quien por caridad se dolia del herido como hablaba mucho, y no le dexaban solo, el qual vino y ordenó lo primero que le dexasen en silencio. Pero Dios, que así lo tenia ordenado, tomando por medio é instrumento de sus obras (quando á nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla) lo que la misma naturaleza no alcanza, ordenó que el alegría, y poco silencio que Marco Antonio habia guardado, fuese parte para mejorarle, de manera que otro dia quando le curáron le halláron fuera de peligro, y de allí á catorce se levantó tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino.

Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romería á pie á Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañáron D. Rafael, Leocadia, y Teodosia, y aun Calvete el mozo de mulas: (obra pocas veces usada de los de oficios semejantes); pero la bondad y llaneza que habia conocido en D. Rafael, le obligó á no dexarle hasta que volviese á su tierra;

y viendo que habian de ir á pie como peregrinos , envió las mulas á Salamanca con la que era de D. Rafael , que no faltó con quien enviarlas. Llegóse pues el dia de la partida , y acomodados de sus esclavinas y de todo lo necesario , se despidiéron del liberal caballero , que tanto les habia favorecido y agasajado , cuyo nombre era D. Sancho de Cardona , ilustrísimo por sangre , y famoso por su persona : ofreciéronsele todos de guardar perpetuamente ellos y sus descendientes , á quien se lo dexarian mandado , la memoria de las mercedes tan singulares dél recibidas , para agradecelles siquiera , ya que no pudiesen servir las. D. Sancho los abrazó á todos , diciéndoles que de su natural condicion nacia hacer aquellas obras , ó otras que fuesen buenas á todos los que conocia , ó imaginaba ser hidalgos Castellanos. Reiteráronse dos veces los abrazos , y con alegría mezclada con algun sentimiento triste se despidiéron , y caminando con la comodidad que permitia la delicadeza de las dos nuevas peregrinas , en tres dias llegaron á Monserrate , y estando allí otros tantos , haciendo lo que á buenos y católicos cristianos debian , con el mismo espacio

volviéron á su camino , y sin sucederles reves ni desman alguno , llegaron á Santiago. Y despues de cumplir su voto con la mayor devocion que pudiéron , no quisiéron dexar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas , á las quales llegaron poco á poco , descansados y contentos ; mas ántes que llegasen , estando á vista del lugar de Leocadia (que como se ha dicho , era á una legua del de Teodosia) desde encima de un recuesto los descubriéron á entrámbos , sin poder encubrir las lágrimas , que el contento de verlos les truxo á los ojos , aloménos á las dos desposadas , que con su vista renováron la memoria de los pasados sucesos.

Descubriáse desde la parte donde estaban un ancho valle , que los dos pueblos dividia , en el qual viéron á la sombra de un olivo un dispuesto caballero , sobre un poderoso caballo , con una blanquísima adarga en el brazo izquierdo , una gruesa y larga lanza terciada en el derecho ; y mirándole con atencion , viéron que así mismo por entre unos olivares venian otros dos caballeros con las mismas armas y con el mismo donayre y apostura , y de allí á poco viéron que se juntáron todos tres , y habiendo estado un pequeño espacio juntos se apartáron , y uno

de los que á lo último habian venido , se apartó con el que estaba primero debaxo del olivo; los quales poniendo las espuelas á los caballos arremitiéron el uno al otro, con muestras de ser mortales enemigos, comenzando á tirarse bravos y diestros botes de lanza, ya hurtando los golpes , ya recogéndolos con tanta destreza, que daban bien á entender ser maestros en aquel exercicio: el tercero los estaba mirando , sin moverse de un lugar; mas no pudiendo D. Rafael sufrir estar tan léjos, mirando aquella tan reñida y singular batalla , á todo correr baxó del recuesto, siguiéndole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto á los dos combatientes, á tiempo que ya los dos caballeros andaban algo heridos; y habiéndosele caido al uno el sombrero , y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció D. Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo. Leocadia que con atencion habia mirado al que no se combatia , conoció que era el padre que la habia engendrado , de cuya vista todos quatro suspensos, atónitos , y fuera de sí quedáron; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razon , los dos cuñados, sin detenerse se pusieron en medio

de los que peleaban , diciendo á voces : no mas , caballeros , no mas que los que estos piden y suplican , son vuestros propios hijos : yo soy Marco Antonio , padre y señor mio , decia Marco Antonio : yo soy aquel por quien á lo que imagino están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance : templad la furia , y arrojad la lanza , ó volvedla contra otro enemigo ; que el que teneis delante , ya de hoy mas ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones decia D. Rafael á su padre , á las cuales se detuviéron los caballeros , y atentamente se pusieron á mirar á los que se las decian y volviendo la cabeza , viéron que D. Enrique , el padre de Leocadia se habia apeado , y estaba abrazado con el que pensaban ser peregrino : y era que Leocadia se habia llegado á él , y dándosele á conocer , le rogó que pusiese en paz á los que se combatian , contándole en breves razones , como D. Rafael era su esposo , y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre , se apeó , y la tenia abrazada , como se ha dicho ; pero dexándola , acudió á ponerlos en paz , aunque no fué menester , pues ya los dos habian conocido á sus hijos , y estaban en el suelo , teniéndolos abrazados ,

Llorando todos lágrimas de amor y de contento nacidas. Juntáronse todos y volviéron á mirar á sus hijos , y no sabian que decirse : atentábanles los cuerpos , por ver si eran fantásticos , que su improvisa llegada esta y otras sospechas engendraba ; pero desengañados algun tanto , volviéron á las lágrimas , y á los abrazos. Y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada , de á pie y de á caballo , los cuales venian á defender al caballero de su lugar , pero como llegáron , y los viéron abrazados de aquellos peregrinos , y preñados los ojos de lágrimas , se apeáron y admiráron , estando suspensos , hasta tanto que D. Enrique les dixo brevemente lo que Leocadia su hija les habia contado. Todos fuéron á abrazar á los peregrinos con muestras de contento , tales , que no se pueden encarecer. D. Rafael de nuevo contó á todos con la brevedad que el tiempo requería , todo el suceso de sus amores , y de como venia casado con Leocadia , y su hermana Teodosia con Marco Antonio : nuevas , que de nuevo causáron nueva alegría. Luego de los mismos caballos de la gente que llegó al socorro , tomaron los que hubiéron menester para los cinco peregrinos , y acordá-

ron de irse al lugar de Marco Antonio , ofreciéndoles su padre de hacer allí las bodas de todos , y con este parecer se partiéron ; y algunos de los que se habian hallado presentes , se adelantáron á pedir albricias á los parientes y amigos de los desposados. En el camino supiéren D. Rafael , y Marco Antonio la causa de aquella pendencia , que fué que el padre de Teodosia y el de Leocadia habian desafiado al padre de Marco Antonio en razon de que él habia sido sabidor de los engaños de su hijo , y habiendo venido los dos , y hallándole solo , no quisieron combatirse con alguna ventaja , sino uno á uno como caballeros , cuya pendencia parara en la muerte de uno , ó en la de entrámbos , si ellos no hubieran llegado. Diéron gracias á Dios los quatro peregrinos del suceso feliz. Y otro dia despues que llegaron , con real y espléndida magnificencia y sumptuoso gasto hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia , y las de D. Rafael y Leocadia. Los quales luengos y felices años vivieron en compañía de sus esposas , dexando de sí ilustre generacion y decendencia , que hasta hoy dura en estos dos lugares , que son de los mejores de la Anda-

lucía; y si no se nombran, es por guardar el decoro á las dos doncellas, á quien quizá las lenguas maldicientes, ó neciamente escrupulosas les harán cargo de la ligereza de sus deseos y del súbito mudar de trages: á los quales ruego que no se arrojen á vituperar semejantes libertades, hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efecto es una fuerza, si así se puede llamar, incontrastable, que hace el apetito á la razon. Calvete el mozo de mulas se quedó con la que de D. Rafael habia enviado á Salamanca, y con otras muchas dádivas que los dos desposados le diéron, y los poetas de aquel tiempo tuvieron ocasion donde emplear sus plumas, exâgerando la hermosura y los sucesos de las dos tan atrevidas quanto honestas doncellas, sugeto principal deste estraño suceso.





LA SEÑORA CORNELIA.

Gravé par Adam.

NOVELA

DE

LA SEÑORA CORNELIA.

DON Antonio de Isunza , y D. Juan de Gamboa, caballeros principales, de una edad , muy discretos y grandes amigos , siendo estudiantes en Salamanca determináron de dexar sus estudios por irse á Flándes , llevados del hervor de la sangre moza y del deseo , como decirse suele , de ver mundo , y por parecerles que el ejercicio de las armas , aunque arma y dice bien á todos , principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de illustre sangre. Llegáron pues á Flándes á tiempo que estaban las cosas en paz , ó en conciertos , y tratos de tenerla presto. Recibiéron en Ambéres cartas de sus padres , donde les escribiéron el grande enojo que habian recibido , por haber dexado sus estudios sin avisárselo , para que hubieran

Tomo II.

L

venido con la comodidad que pedia el ser quien eran. Finalmente conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse á España, pues no habia que hacer en Flándes; pero ántes de volverse quisieron ver todas las mas famosas ciudades de Italia; y habiéndolas visto todas, pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Diéron noticia de su intento á sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magníficamente, y de modo, que mostrasen en su tratamiento quienes eran, y que padres tenian: y desde el primero dia que salieron á las escuelas, fueron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados. Tendria D. Antonio hasta veinte y quatro años, y D. Juan no pasaba de veinte y seis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentiles hombres, músicos, poetas, diestros y valientes: partes que los hacian amables y bien queridos de quantos los comunicaban. Tuviéron luego muchos amigos así estudiantes Españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad, y de los estran-

geros : mostrábanse con todos liberales , y comedidos , y muy agenos de la arrogancia , que dicen que suelen tener los Españoles ; y como eran mozos y alegres , no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad ; y aunque habia muchas señoras doncellas , y casadas con gran fama de ser honestas y hermosas , á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli , de la antigua y generosa familia de los Bentibollis , que un tiempo fuéron señores de Bolognia Era Cornelia hermosísima en extremo , y estaba debaxo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli , su hermano , honradísimo y valiente caballero , huérfanos de padre y madre : que aunque los dexáron solos , los dexáron ricos y la riqueza es grande alivio de horfanidad. Era el recato de Cornelia tanto , y la solitud de su hermano tanta en guardarla , que ni ella se dexaba ver , ni su hermano consentia que la viesen. Esta fama traia deseosos á D. Juan , y á D. Antonio de verla , aunque fuera en la iglesia ; pero el trabajo que en ello pusiéron , fué envalde : y el deseo , por la imposibilidad cuchillo de la esperanza , fué menguando ; y así con solo el amor de sus estudios y entretenimiento de algunas honestas moce-

dades , pasaban una vida tan alegre como honrada : pocas veces salian de noche , y *si salian* , iban juntos , y bien armados.

Sucedio pues que habiendo de salir una noche , dixo D. Antonio á D. Juan , que él se queria quedar á rezar ciertas devociones , que se fuese , que luego le seguiria. No hay paraque , dixo D. Juan , que yo os aguardaré , y sino saliéremos esta noche , importa poco. No por vida vuestra , replicó D. Antonio , salid á coger el ayre , que yo seré luego con vos , si es que vais por donde solemos ir. Haced vuestro gusto , dixo D. Juan , quedaos en buenora , y si saliéredes , las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas. Fuése D. Juan , y quedóse D. Antonio. Era la noche entreescura , y la hora las once ; y habiendo andado dos ó tres calles , y viéndose solo , y que no tenia con quien hablar , determinó volverse á casa , y poniéndolo en efeto , al pasar por una calle que tenia portales sustentados en mármoles , oyó que de una puerta le ceceaban. La escuridad de la noche , y la que *causaban los portales* , no le dexaban atinar el ceceo. Detúvose un poco , estuvo atento , y vió entreabrir una puerta : llegóse á ella , y oyó una voz baxa que dixo : soys por

ventura Fabió? D. Juan, por sí ó por no respondió: sí. Pues tomad, respondiéron de dentro, y ponedlo en cobro, y volved luego, que importa. Alargó la mano D. Juan, y topó un bulto, y queriéndolo tomar, vió que era menester las dos manos, y así le hubo de asir con entrámbas; y apénas se le dexáron en ellas, quando le cerráron la puerta, y él se halló cargado en la calle, y sin saber de que. Pero casi luego comenzó á llorar una criatura, al parecer recién nacida, á cuyo lloro quedó *D. Juan confuso* y suspenso, sin saber que hacerse, ni que corte dar en aquel caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podia correr algun peligro cuya era la criatura, y en dexarla allí, la criatura misma; pues el llevarla á su casa, no tenia en ella quien la remediase, ni él conocia en toda la ciudad persona adonde poder llevarla: pero viendo que le habian dicho que la pusiese en cobro, y que volviese luego, determinó de traerla á su casa, y dexarla en poder de una ama que los servia, y volver luego á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien habia visto que le habian tenido por otro, y que habia sido error darle á él la criatura. Finalmente

sin hacer mas discursos se vino á casa con ella á tiempo que ya D. Antonio no estaba en ella: entróse en un aposento, y llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que era la mas hermosa, que jamas hubiese visto: los paños en que venia envuelta, mostraban ser de ricos padres nacida, desenvolvióla el ama, y halláron que era varon. Menester es dixo, D. Juan, dar de mamar á este niño, y ha de ser desta manera: que vos, ama, le habeis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle otras mas humildes, y sin decir que yo le he traido, le habeis de llevar en casa de una partera, que las tales siempre suelen dar recado y remedio á semejantes necesidades: llevaréis dineros con que la dexeis satisfecha, y daréisle los padres que quisiéredes, para encubrir la verdad de haberlo yo traido. Respondió el ama que así lo haria; y D. Juan con la priesa que pudo, volvió á ver si le ceceaban otra vez; pero un poco ántes que llegase á la casa adonde le habian llamado, oyó gran ruido de espadas, como de mucha gente que se acuchillaba. Estuvo atento, y no sintió palabra alguna: la herrería era á la sorda, y á la luz de las centellas, que las piedras heridas de las espadas levantaban,

casi pudo ver que eran muchos los que á uno solo acometian, confirmóse en ésta verdad oyendo decir: ah traydores, que soys muchos, y yo solo; pero con todo eso no os ha de valer vuestra superchería. Oyendo y viendo lo qual D. Juan, llevado de su valeroso corazon, en dos brincos se puso al lado, y metiendo mano á la espada, y á un broquel que llevaba, dixo al que defendia en lengua Italiana, por no ser conocido por Español: no temais, que socorro os ha venido que no os faltará hasta perder la vida, menead los puños, que traydores pueden poco, aunque sean muchos. A estas razones respondió uno de los contrarios: mientes, que aquí no hay ningun traydor, que el querer cobrar la honra perdida á toda demasía da licencia. No le habló mas palabras, porque no les daba lugar á ello la priesa que se daban á herirse los enemigos, que al parecer de D. Juan debian de ser seis. Apretáron tanto á su compañero, que de dos estocadas que le diéron á un tiempo en los pechos, diéron con él en tierra. D. Juan creyó que le habian muerto, y con ligereza y valor extraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar á fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas;

pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defender, sino le ayudara la buena suerte, con hacer que los vecinos de la calle sacasen lumbres á las ventanas, y á grandes voces llamasen á la justicia, lo qual visto por los contrarios, dexáron la calle y á espaldas vueltas se ausentáron. Ya en esto se habia levantado el caido, porque las estocadas halláron un peto como de diamante en que topáron. Habíasele caido á D. Juan el sombrero en la refriega, y buscándole, halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no. El caido se llegó á él y le dixo: señor caballero, quien quiera que seais, yo confieso que os debo la vida que tengo, la qual con lo que valgo y puedo gastaré á vuestro servicio: hacedme merced de decirme quien soys, y vuestro nombre, para que yo sepa á quien tengo de mostrarme agradecido. A lo qual respondió D. Juan: no quiero ser descortes, ya que soy desinteresado: por hacer, señor, lo que me pedis y por daros gusto, solamente os digo que soy un caballero Español, y estudiante en esta ciudad: si el nombre os importara saberlo, os le dixera; mas por si acaso os quisiéredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo D. Juan de

Gamboa. Mucha merced me habeis hecho, respondió el caído; pero yo, señor D. Juan de Gamboa, no quiero deciros quien soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho, de que lo sepais de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor dello. Habíale preguntado primero D. Juan, si estaba herido, porque le habia visto dar dos grandes estocadas; y habíale respondido, que un famoso peto que traía puesto, despues de Dios le habia defendido; pero que con todo esto sus enemigos le acabaran, si él no se hallara á su lado. En esto viéron venir ácia ellos un bulto de gente, y D. Juan dixo: si estos son los enemigos que vuelven, apercehidos, señor, y haced como quien soys. A lo que yo creo no son enemigos, sino amigos los que aquí vienen; y así fué la verdad, porque los que llegaron que fuéron ocho hombres, rodeáron el caído, y habláron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que D. Juan no las pudo oír. Volvió luego el defendido á D. Juan y díxole á no haber venido estos amigos, en ninguna manera, señor D. Juan, os dexara hasta que acabárades de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento que,

os vais, y me dexeis, que me importa. Hablando esto, se tentó la cabeza, y vió que estaba sin sombrero, y volviéndose á los que habian venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le habia caido el suyo. Apenas lo hubo dicho, quando D. Juan le puso el que habia hallado en la calle. Tentóle el caido, y volviéndosele á D. Juan, dixo: este sombrero no es mio, por vida del señor D. Juan, que se le lleve por trofeo desta refriega, y guárdele, que creo que es conocido. Diéronle otro sombrero al defendido: y D. Juan por cumplir lo que le habia pedido, pasando algunos aunque breves comedimientos, le dexó, sin saber quien era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habian dado la criatura: por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia.

Sucedió pues que volviéndose á su posada, en la mitad del camino encontró con D. Antonio de Isunza su camarada, y conociéndose, dixo D. Antonio: volved conmigo, D. Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que me ha sucedido, que no le habréis oido tal en toda vuestra vida. Como estos cuentos os podré contar yo, respondió D. Juan, pero

vamos donde quereis, y contadme el vuestro. Guió D. Antonio, y dixo: habeis de saber, que poco mas de una hora despues que salistes de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aquí ví venir casi á encontrarme un bulto negro de persona, que venia muy aguijando, y llegándose cerca, conocí ser muger en el hábito largo, la qual con voz interrumpida de sollozos y de suspiros me dixo: por ventura, señor, soys-estrangero, ó de la ciudad? Estrangero soy, y Español, respondí yo. Y ella: gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos. Venis herida, señora, repliqué yo, ó traeis algun mal de muerte? Podria ser que el que traygo lo fuese, si presto no se me da remedio: por la cortesía que siempre suele reynar en los de vuestra nacion, os suplico, señor Español, que me saqueis destas calles, y me lleveis á vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes, que allá, si gustáredes dello, sabréis el mal que llevo, y quien soy, aunque sea á costa de mi crédito. Oyendo lo qual, pareciéndome que tenia necesidad de lo que pedia, sin replicarla mas, la así de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada. Abrióme Santisteban el page, hí-

cele que se retirase, y sin que el la viese, la llevé á mi estancia, y ella en entrando se arrojó encima de mi lecho desmayada. Lleguéme á ella, y descubríla el rostro que con el manto traía cubierto, y descubrí en él la mayor belleza, que humanos ojos han visto: será á mi parecer de edad de diez y ocho años, ántes ménos, que mas: quedé suspenso de ver tal extremo de belleza: acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente; y lo primero que me dixo, fué: conoçeisme, señor? No, respondí yo, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura. Desdichada de aquella, respondió ella, á quien se la da el cielo, para mayor desgracia suya! pero, señor, no es tiempo este de alabar hermosuras, sino de remediar desdichas: por quien soys, que me dexeis aquí encerrada, y no permitais que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topásteis, y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcais á ninguno de los que riñeren, sino poned paz, que qualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mio. Déxola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia. Teneis mas que decir D. An-

tonio ? preguntó D. Juan. ¿Pues no os parece que he dicho harto , respondió D. Antonio , pues he dicho , que tengo debaxo de llave y en mi aposento la mayor belleza , que humanos ojos han visto ? El caso es extraño sin duda , dixo D. Juan ; pero oid el mio : y luego le contó todo lo que le habia sucedido , y como la criatura que le habian dado , estaba en casa en poder de su ama , y la órden que le habia dexado de mudarle las ricas mantillas en pobres , y de llevarla adonde la criasen , ó aloménos socorriesen la presente necesidad ; y dixo mas , que la pendencia que él venia á buscar , ya era acabada y puesta en paz , que él se habia hallado en ella , y que á lo que él imaginaba , todos los de la riña debian de ser gentes de prendas y de gran valor. Quedáron entrámbos admirados del suceso de cada uno , y con priesa se volviéron á la posada por ver lo que habia menester la encerrada. En el camino dixo D. Antonio á D. Juan ; que él habia prometido á aquella señora que no la dexaria ver de nadie , ni entraria en aquel aposento , sino él solo , entanto que ella no gustase de otra cosa. No importa nada , respondió D. Juan , que no faltará órden para verla , que ya lo

deseo en extremo segun me la habeis alabado de hermosa. Llegaron en esto, y á la luz que sacó uno de tres pages que tenian, alzó los ojos D. Antonio al sombrero que D. Juan traia, y vióle resplandeciente de diamantes; quitósele, y vió que las luces salian de muchos que en un cintillo riquísimo traia. Miráronle entrámbos, y concluyéron que si todos eran finos como parecian, valia mas de doce mil ducados. Aquí acabáron de conocer ser gente principal la de la pendencia; especialmente el socorrido de D. Juan, de quien se acordó haberle dicho, que truxese el sombrero y le guardase porque era conocido. Mandáron retirar los pages, y D. Antonio abrió su aposento, y halló á la señora sentada en la cama, con la mano en la mexilla, derramando tiernas lágrimas. D. Juan con el deseo que tenia de verla, se asomó á la puerta tanto, quanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbre de los diamantes dió en los ojos de la que lloraba, y alzándolos, dixo: entrad, señor Duque, entrad; para que me quereis dar con tanta escaseza el bien de vuestra vista? A esto dixo D. Antonio: aquí, señora, no hay ningun Duque, que se escuse de veros. Como no? replicó ella;

el que allí se asomó ahora es el Duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad, señora, que el sombrero que vistes, no le trae ningún Duque; y si quereis desengañaros con ver quien le trae, dadle licencia que entre. Entre norabuena, dixo ella, aunque sino fuese el Duque, mis desdichas serian mayores. Todas estas razones habia oido D. Juan, y viendo que tenia licencia para entrar, con el sombrero en la mano entró en el aposento, y así como se le puso delante, y ella conoció no ser quien decia el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa, dixo: ay desdichada de mí! señor mio, decidme luego, sin tenerme mas suspensa: conocéis el dueño dese sombrero? donde le dexastes, ó cómo vino á vuestro poder? es vivo por ventura, ó son esas las nuevas que me envia de su muerte? ay bien mio! que sucesos son estos! aquí veo tus prendas! aquí me veo sin tí encerrada, y en poder que á no saber que es de gentiles hombres Españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida. Sosegaos, señora, dixo D. Juan, que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estais en parte donde se os ha de hacer agra-

vio alguno , sino serviros con quanto las fuerzas nuestras alcanzaren , hasta poner las vidas por defenderos y ampararos : que no es bien , que os salga vana la fe que teneis de la bondad de los Españoles ; y pues nosotros lo somos , y principales (que aquí viene bien esta que parece arrogancia) estad segura que se os guardará el decoro , que vuestra presencia merece. Así lo creo yo , respondió ella ; pero con todo eso , decidme , señor , como vino á vuestro poder ese rico sombrero , ó adonde está su dueño , que por lo ménos es Alfonso de Este , Duque de Ferrara ? Entónces D. Juan , por no tenerla mas suspensa , le contó como le habia hallado en una pendencia , y en ella habia favorecido y ayudado á un caballero , que por lo que ella decia , sin duda debia de ser el Duque de Ferrara , y que en la pendencia habia perdido el sombrero y hallado aquel , y que aquel caballero le habia dicho , que le guardase , que era conocido , y que la refriega se habia concluido sin quedar herido el caballero ni él tampoco , y que despues de acabada habia llegado gente , que al parecer debian de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el Duque , el qual le habia pedido le

dexase y se viniese, mostrándose muy agradecido al favor que yo le habia dado : de manera , señora mia , que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho , y su dueño , si es el Duque como vos decís , no ha una hora que le dexé bueno , sano , y salvo : sea esta verdad parte para vuestro consuelo , si es que le tendréis con saber del buen estado del Duque. Paraque sepais , señores , si tengo razon , y causa para preguntar por él , estadme atentos , y escuchad la , no sé si diga , mi desdichada historia.

Todo el tiempo en que esto pasó le entretuvo el ama en paladear al niño con miel , y en mudarle las mantillas de ricas en pobres ; y ya que lo tuvo todo aderezado , quiso llevarla en casa de una partera , como D. Juan se lo dexó ordenado , y al pasar con ella por junto á la estancia donde estaba la que queria comenzar su historia , lloró la criatura de modo , que lo sintió la señora , y levantándose en pie , púsose atentamente á escuchar , y oyó mas distintamente el llanto de la criatura , y dixo : señores míos , que criatura es aquella , que parece recién nacida ? D. Juan respondió : es un niño que esta noche nos han echado

á la puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar. Tráyanmele aquí por amor de Dios, dixo la señora, que yo naré esa caridad á los hijos agenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios. Llamó D. Juan al ama, y tomóle el niño, y entrósele á la que le pedia, y púsosele en los brazos, diciendo: veis aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se pasan, que no hallamos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos. Tomóle ella en los brazos, y miróle atentamente así el rostro, como los pobres aunque limpios paños en que venia envuelto, y luego sin poder tener las lágrimas se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicándosela á ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba, y con las lágrimas le bañaba el rostro; y desta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio, quanto el niño no quiso dexar el pecho. En este espacio guardaban todos quatro silencio: el niño mataba; pero no era así, porque las recién paridas no pueden dar el pecho, y así cayendo en la cuenta la que se lo daba,

se le volvió á D. Juan , diciendo : en balde me he mostrado caritativa , bien parezco nueva en estos casos : haced , señor , que á este niño le paladeen con un poco de miel , y no consintais que á estas horas le lleven por las calles : dexad llegar el dia , y ántes que le lleven , vuélvanmele á traer , que me consuelo en verle. Volvió el niño D. Juan á la ama , y ordenóle le entretuviese hasta el dia , y que le pusiese las ricas mantillas con que le habia traído , y que no le llevase sin primero decírselo. Y volviendo á entrar , y estando los tres solos , la hermosa Cornelia dixo : si quereis que hable , dadme primero algo que coma , que me desmayo , y tengo bastante ocasion para ello. Acudió prestamente D. Antonio á un escritorio , y sacó dél muchas conservas , y de algunas comió la desmayada , y bebió un vidrio de agua fria , con que volvió en sí , y algo sosegada dixo : sentaos , señores , y escuchadme. Hiciéronlo así , y ella recogiéndose encima del lecho , y abrigándose bien con las faldas del vestido , dexó descolgar por las espaldas un velo , que en la cabeza traía , dexando el rostro exênto y descubierto , mostrando en él el mismo de la luna , ó por mejor decir , del mismo

sol quando mas hermoso y mas claro se muestra : llovíanle líquidas perlas de los ojos , y limpiábaselas con un lienzo blanquísimo , y con unas manos tales , que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura . Finalmente despues de haber dado muchos suspiros , y despues de haber procurado sosegurar algun tanto el pecho , con voz algo doliente y turbada dixo .

Yo , senores , soy aquella que muchas veces habréis sin duda alguna oido nombrar por ahí , porque la fama de mi belleza , tal qual ella es , pocas lenguas hay que no la publiquen : soy en efeto Cornelia Bentibolli , hermana de Lorenzo Bentibolli , que con decir esto , quizá habré dicho dos verdades : la una de mi nobleza : la otra de mi hermosura . De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre , en poder de mi hermano , el qual desde niña puso en mi guarda el recato mismo , puesto que mas confiaba de mi honrada condicion , que de la solitud que ponía en guardarme . Finalmente entre paredes y entre soledades , acompañada no mas que de mis criadas , fui creciendo , y juntamente conmigo crecía la fama de mi gentileza , sacada en público de los criados ,

y de aquellos que en secreto me trataban ; y de un retrato , que mi hermano mandó hacer á un famoso pintor , para que como él decia , no quedase sin mí el mundo , ya que el cielo á mejor vida me llevase ; pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdicion , si no sucediera venir el Duque de Ferrara á ser padrino de unas bodas de una prima mia , donde me llevó mi hermano con sana intencion y por honra de mi parienta : allí miré , y fui vista : allí segun creo , rendí corazones , avasallé voluntades : allí sentí que daban gusto las alabanzas , aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas : allí finalmente ví al Duque , y el me vió á mí , de cuya vista ha resultado verme agora como me veo. No os quiero decir , señores , porque seria proceder en infinito , los términos , las trazas , y los modos por donde el Duque y yo venimos á conseguir al cabo de dos años los deseos que en aquellas bodas nacióron ; porque ni guardas , ni recatos , ni honrosas amonestaciones , ni otra humana diligencia fué bastante para estorbar el juntarnos , que en fin hubo de ser debaxo de la palabra , que él me dió de ser mi esposo , porque sin ella fuera imposible rendir la roca de

la valerosa y honrada presuncion mia : mil veces le dixé que públicamente me pidiese á mi hermano , pues no era posible que me negase , y que no habia que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrian de la desigualdad de nuestro casamiento , pues no desmentia en nada la nobleza del linage Bentibolli á la suya Estense. A esto me respondió con escusas , que yo las tuve por bastantes y necesarias y confiada como rendida , creí como enamorada , y entreguéme de toda mi voluntad á la suya por intercesion de una criada mia , mas blanda á las dádivas y promesas del Duque , que lo que debia á la confianza que de su fidelidad mi hermano hacia. En resolucion á cabo de pocos dias me sentí preñada , y ántes que mis vestidos manifestasen mis libertades (por no darles otro nombre) me fingí enferma y malencólica , y hice con mi hermano me truxese en casa de aquella mi prima , de quien habia sido padrino el Duque : allí le hice saber en el término en que estaba , y el peligro que me amenazaba , y la poca seguridad que tenia de mi vida , por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura : quedó de acuerdo entre

los dos, que en entrando en el mes mayor se lo avisase, que él vendria por mí con otros amigos suyos y me llevaria á Ferrara, donde en la sazón que eperaba, se casaria públicamente conmigo: esta noche en que estamos fué la del concierto de su venida, y esta misma noche, estándole esperando, sentí pasar á mi hermano con otros muchos hombres al parecer armados segun les cruxian las armas de cuyo sobresalto de impreviso me sobrevino el parto, y en un instante parí un hermoso niño. Aquella criada mia, sabidora y medianera de mis hechos, que estaba ya prevenida para el caso, envolvió la criatura en otros paños, que no los que tiene la que á vuestra puerta echáron; y saliendo á la puerta de la calle, la dió, á lo que ella dixo, á un criado del Duque. Yo desde allí á un poco, acomodándome lo mejor que pude (segun la presente necesidad) salí de la casa, creyendo que estaba en la calle el Duque, y no lo debiera hacer hasta que él llegara á la puerta; mas el miedo que me habia puesto la quadrilla armada de mi hermano, creyendo que ya esgrimia su espada sobre mi cuello, no me dexó hacer otro mejor discurso, y así desatentada y loca salí donde

me sucedió lo que habeis visto; y aunque me veo sin hijo, y sin esposo, y con temor de peores sucesos, doy gracias al cielo, que me ha traído á vuestro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesía Española puedo prometerme, y mas de la vuestra, que la sabréis realzar por ser tan nobles como pareéis. Diciendo esto, se dexó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos á ver si se desmayaba, viéron que no, sino que amargamente lloraba, y díxole D. Juan: si hasta aquí, hermosa señora, yo, y D. Antonio mi camarada os teníamos compasion y lástima por ser muger, ahora que sabemos vuestra calidad, la lástima y compasion pasa á ser obligacion precisa de serviros: cobrad ánimo, y no desmayeis, y aunque no acostumbrada á semejantes casos, tanto mas mostraréis quien soys, quanto mas con paciencia supiéredes llevarlos: creed, señora, que imagino que estos tan estraños sucesos han de tener un feliz fin, que no han de permitir los cielos que tanta belleza se goce mal, y tan honestos pensamientos se malogren: acostaos, señora, y curad de vuestra persona que lo habeis menester, que aquí entrará una criada nuestra
que

que os sirva , de quien podeis hacer la misma confianza que de nuestras personas : tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades. Tal es la que tengo , que á cosas mas dificultosas me obliga, respondió ella ; entre, señor, quien vos quisiéredes , que encaminada por vuestra parte, no puedo dexar de tenerla muy buena en la que menester hubiere ; pero con todo eso os suplico , que no me vean mas que vuestra criada. Así será , respondió D. Antonio, y dexándola sola, se saliéron ; y D. Juan dixo al ama que entrase dentro , y llevase la criatura con los ricos paños , si se los habia puesto. El ama dixo que sí , y que ya estaba de la misma manera que él la habia traído. Entró el ama advertida de lo que habia de responder á lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaria allí dentro, le preguntase. En viéndola Cornelia le dixo : vengais en buen hora amiga mia , dadme esa criatura, y llegadme aquí esta vela. Hízolo así el ama , y tomando el niño Cornelia en sus brazos , se turbó toda , y le miró ahincadamente , y dixo al ama : decidme , señora, este niño , y el que me traxistes , ó me truxéron poco ha , es todo

uno? Sí, señora, respondió el ama. Pues como trae tan trocadas las mantillas? replicó Cornelia: en verdad amiga, que me parece, ó que estas son otras mantillas, ó que esta no es la misma criatura. Todo podia ser, respondió el ama. Pecadora de mí, dixo Cornelia, como todo podia ser? como es esto, ama mia? que el corazon me rebienta en el pecho hasta saber este trueco: decídmelo, amiga, por todo aquello que bien quereis, digo, que me digais de donde habeis habido estas tan ricas mantillas? porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente, ó la memoria no se acuerda: con estas mismas ó otras semejantes entregué yo á mi doncella la prenda querida de mi alma: quien se las quitó? ay desdichada! y quien las truxo aquí? ay sin ventura! D. Juan y D. Antonio, que todos estas quejas escuchaban, no quisieron que mas adelante pasase en ellas ni permitiéron que el engaño de las trocadas mantillas mas la *tuviese en pena*; y así entráron, y D. Juan le dixo: esas mantillas, y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia; y luego le contó punto por punto como él habia sido la persona á quien su doncella habia dado el

niño, y de como le habia traído á casa con el órden que habia dado al ama del trueco de las mantillas, y la ocasion por que lo habia hecho; aunque despues que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo, y que si no se lo habia dicho, habia sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido. Allí fuéron infinitas las lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda, y otros títulos que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dexáronla con el ama, encomendándole mirase por ella, y la sirviese quanto fuese posible, advirtiéndola en el término en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella por ser muger sabia mas de aquel menester, que no ellos. Con esto se fuéron á reposar lo que faltaba de la noche, con intencion de no entrar en el aposento [de Cornelia, si no fuese ó que ella los llamase, ó la necesidad precisa. Vino el dia, y el ama truxo á quien secretamente y á escuras diese de mamar al niño, y ellos preguntáron por Cornelia. Dixo el

amá que reposaba un poco. Fuéronse á las escuelas y pasáron por la calle de la pendencia , y por la casa de donde habia salido Cornelia , por ver si era ya pública su falta , ó si hacian corrillos della ; pero en ningun modo sintiéron ni oyéron cosa ni de la riña , ni de la ausencia de Cornelia. Con esto oídas sus lecciones se volviéron á su posada. Llamólos Cornelia con el ama , á quien respondiéron que tenian determinado de no poner los pies en su aposento , para que con mas decoro se guardase el que á su honestidad se debia ; pero ella replicó con lágrimas , y con ruegos , que entrasen á verla , que aquel era el decoro mas conveniente , si no para su remedio , aloménos para su consuelo. Hiciéronlo así , y ella los recibió con rostro alegre , y con mucha cortesía : pidióles le hiciesen merced de salir por la ciudad , y ver si oian algunas nuevas de su atrevimiento : respondiéronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad , pero que no se decia nada.

En esto llegó un page de tres que tenian , á la puerta del aposento , y desde fuera dixo : á la puerta está un caballero con dos criados , que dice se llama Lorenzo Benti-botti , y busca á mi señor D. Juan de Gam-

boa. A este recado cerró Cornelia ámbos puños , y se los puso en la boca , y por entre ellos salió la voz baxa y temerosa , y dixo : mi hermano , señores , mi hermano es ese , sin duda debe haber sabido que estoy aquí , y viene á quitarme la vida : socorro , señores , y amparo. Sosegaos , señora , le dixo D. Antonio , que en parte estais y en poder de quien no os dexará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos , señor D. Juan , y mirad lo que quiere ese caballero , y yo me quedaré aquí á defender si menester fuere á Cornelia. D. Juan sin mudar semblante , baxó abaxo , y luego D. Antonio hizo traer dos pistoletes armados , y mandó á los pages que tomasen sus espadas , y estuviesen apercebidos. El ama viendo aquellas prevenciones , temblaba : Cornelia temerosa de algun mal suceso , temia : solos D. Antonio y D. Juan estaban en sí , y muy bien puestos en lo que habian de hacer. En la puerta de la calle halló D. Juan á D. Lorenzo , el qual en viendo á D. Juan , le dixo : suplico á V. S. (que esta es la manera de Italia) me haga merced devenirse conmigo á aquella iglesia que está allí frontero , que tengo un negocio que comunicar con V. S. en que me

va la vida y la honra. De muy buena gana , respondió D. Juan : vamos , señor , donde quisiéredes. Dicho esto , mano á mano se fuéron á la iglesia , sentándose en un escaño , y en parte donde no pudiesen ser oídos. Lorenzo habló primero , y dixo : yo , señor Español , soy Lorenzo Bentibolli , sino de los mas ricos , de los mas principales desta ciudad ; ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa de alabarme yo propio : quedé huérfano algunos años ha , y quedó en mi poder una mi hermana , tan hermosa , que á no tocarme tanto , quizá os la alabara de manera , que me faltaran encarecimientos por no poder ninguno corresponder del todo á su belleza : ser yo honrado , y ella muchacha y hermosa , me hacian andar solícito en guardarla ; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia , que este es su nombre : finalmente por acortar , por no cansaros este que pudiera ser cuento largo , digo que el Duque de Ferrara Alfonso de Este con ojos de Lince venció á los de Argos , derribó y triunfó de mi industria , venciendo á mi hermana , y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra , y aun dicen que recien

parida: anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé; pero fué socorrido de algun ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio: hame dicho mi parienta, que es la que todo esto me ha dicho, que el Duque engañó á mi hermana debaxo de palabra de recibirla por muger: esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en quanto á los bienes de fortuna, que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia: lo que creo es que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos, que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole á la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respetos no se desposaba luego: mentiras aparentes de verdades, pero falsas y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta agora por mi parte lo tengo puesto debaxo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera: que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente, que entre

el sí y el no de la duda , cada uno puede inclinarse á la parte que mas quisiere , y cada una tendrá sus valedores. Finalmente yo tengo determinado de ir á Ferrara , y pedir al mismo Duque la satisfacion de mi ofensa , y si la negare , desafiarle sobre el caso ; y esto no ha de ser con esquadrones de gente , pues no los puedo ni formar ni sustentar , sino de persona á persona ; para lo qual queria el ayuda de la vuestra , y que me acompañásedes en este camino , confiado en que lo haréis por ser Español y caballero como ya estoy informado ; y por no dar cuenta á ningun pariente ni amigo mio , de quien no espero sino consejos y disuaciones , y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos , aunque rompan por qualquier peligro : vos , señor , me habeis de hacer merced de venir conmigo , que llevando un Español á mi lado , y tal como vos me pareceis , haré cuenta que llevo en mi guarda los exércitos de Xérxes : mucho os pido , pero á mas obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra nacion pregona. No mas , señor Lorenzo , dixo á esta sazón D. Juan (que hasta allí sin interrumpirle palabra le habia estado escuchando) no mas , que desde

aquí me constituyo por vuestro defensor y consejero , y tomo á mi cargo la satisfacion ó venganza de vuestro agravio; y esto no solo por ser Español , sino por ser caballero , y serlo vos tan principal como habeis dicho , y como yo sé , y como todo el mundo sabe: mirad quando quereis que sea nuestra partida , y seria mejor que fuese luego , porque el hierro se ha de labrar miéntras estuviere encendido , y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo , y la injuria reciente despierta la venganza. Levantóse Lorenzo y abrazó apretadamente á D. Juan , y dixo : á tan generoso pecho como el vuestro , señor D. Juan , no es menester moverle con ponerle otro *interes delante* que el de la honra que ha de ganar en este hecho , la qual desde aquí os la doy , si salimos felizmente deste caso , y por añadidura os ofrezco quanto tengo , puedo , y valgo : la ida quiero que sea mañana , porque hoy pueda prevenir lo necesario para ella. Bien me parece , dixo D. Juan , y dadme licencia , señor Lorenzo , que yo pueda dar cuenta deste hecho á un caballero camarada mio , de cuyo valor y silencio os podeis prometer harto mas que del mio. Pues vos , señor D. Juan , segun decis , ha-

beis tomado mi honra á vuestro cargo, disponed della como quisiéredes y decid della lo que quisiéredes y á quien quisiéredes; quanto mas, que camarada vuestro, quien puede ser que muy bueno no sea? con esto se abrazaron y despidieron, quedando que otro dia por la mañana le enviaria á llamar, para que fuera de la ciudad se pudiesen á caballo, y siguiesen disfrazados su jornada.

Volvió D. Juan, y dió cuenta á D. Antonio y á Cornelia de lo que con Lorenzo habia pasado, y el concierto que quedaba hecho. Válame Dios! dixo Cornelia, grandes, señor, vuestra cortesía, y grande vuestra confianza: como? y ¿tan presto os habeis arrojado á emprender una hazaña llena de inconvenientes? y ¿que sabeis vos, señor, si os lleva mi hermano á Ferrara, ó á otra parte? pero donde quiera que os llevare; bien podeis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo como desdichada en los átomos del sol tropiezo, de qualquier sombra temo; y ¿no quereis que tema, si está puesta en la respuesta del Duque mi vida ó mi muerte? y ¿que sé yo, si responderá tan atentamente, que la cólera de mi hermano se contenga

en los límites de su discrecion ? y quando salga , pareceos que tiene flaco enemigo ? y ¿ no os parece que los dias que tardáredes , he de quedar colgada , temerosa , y suspensa , esperando las dulces ó amargas nuevas del suceso ? ¿ quiero yo tan poco al Duque , ó á mi hermano , que de qualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma ? Mucho discurreis , y mucho temeis , señora Cornelia , dixo D. Juan ; pero dad lugar entre tantos miedos á la esperanza , y fiad en Dios , en mi industria y buen deseo , que habeis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro : la ida de Ferrara no se escusa , ni el dexar de ayudar yo á vuestro hermano tampoco : hasta agora no sabemos la intencion del Duque , ni tampoco si él sabe vuestra falta , y todo eso se ha de saber de su boca , y nadie se lo podrá preguntar como yo : y entended , señora Cornelia , que la salud y contento de vuestro hermano , y el del Duque llevo puestos en las niñas de mis ojos : yo miraré por ellos como por ellas. Si así os da el cielo , señor D. Juan , respondió Cornelia , poder para remediar , como gracia para consolar , en medio destes mis trabajos me cuento por bien afortunada ; ya querria

veros ir y volver , por mas que el temor me aflija en vuestra ausencia ó la esperanza me suspenda. D. Antonio aprobó la determinacion de D. Juan y le alabó la buena correspondencia , que en él habia hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli : díxole mas , que él querria ir á acompañarlos por lo que podia suceder. Eso no , dixo D. Juan , así porque no será bien , que la señora Cornelia quede sola , como porque no piense el señor Lorenzo , que me quiero valer de esfuerzos agenos. El mio es el vuestro mismo , replicó D. Antonio , y así , aunque sea desconocido y desde léjos , os tengo de seguir , que la señora Cornelia sé que gustará dello , y no queda tan sola , que le falte quien la sirva , la guarde , y acompañe. A lo qual Cornelia dixo : gran consuelo será para mí , señores , si sé que vais juntos , ó aloménos de modo , que os favorezcáis el uno á otro , si el caso lo pidiere ; y pues al que vais á mí se me semeja ser de peligro , hacedme merced , señores , de llevar estas reliquias con vosotros , y diciendo esto , sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor , y un agnus de oro tan rico como la cruz. Miráron los dos las ricas joyas , y apreciá-

ronlas aun mas que lo que habian apreciado el cintillo ; pero volviéronselas , no queriendo tomarlas en ninguna manera , diciendo que ellos llevarian reliquias consigo , sino tan bien adornadas , aloménos en su calidad tan buenas. Pesóleá Cornelia el no aceptarlas , pero al fin hubo de estar á lo que ellos querian. El ama tenia gran cuidado de regalar á Cornelia , y sabiendo la partida de sus amos , de que la diéron cuenta , pero no á lo que iban ni adonde iban , se encargó de mirar por la señora (cuyo nombre aun no sabia) de manera , que sus mercedes no hiciesen falta. Otro dia bien de mañana ya estaba Lorenzo á la puerta , y D. Juan de camino con el sombrero del cintillo , á quien adornó de plumas negras y amarillas , y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidióse de Cornelia , la qual imaginando que tenia á su hermano tan cerca , estaba tan temerosa , que no acertó á decir palabra á los dos que della se despidieron. Salió primero D. Juan , y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad , y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos con dos mozos , que del diestro los tenian. Subieron en ellos , y los mozos delante , por sendas y caminos

desusados caminaron á Ferrara : D. Antonio sobre un quartago suyo, y otro vestido , y disimulado , los seguia ; pero parecióle que se recataban dél , especialmente Lorenzo , y así acordó de seguir el camino derecho de Ferrara , con seguridad que allí los encontraría.

Apénas hubieron salido de la ciudad , quando Cornelia dió cuenta al ama de todos sus sucesos , y de como aquel niño era suyo , y del Duque de Ferrara , con todos los puntos que hasta aquí se han contado , tocantes á su historia ; no encubriéndole como el viage que llevaban sus señores era á Ferrara , acompañando á su hermano , que iba á desafiar al Duque Alfonso. Oyendo lo qual el ama (como si el demonio se lo mandara , para intricar , estorvar ó dilatar el remedio de Cornelia) dixo : ay señora de mi alma ! y todas esas cosas han pasado por vos , y ¿ estais aquí descuidada y á pierna tendida ? ó no teneis alma , ó teneisla tan desmazalada , que no siente : como ? y ¿ pensais vos por ventura , que vuestro hermano va á Ferrara ? no lo penseis , sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aquí , y ausentarlos desta casa , para volver á ella y quitaros la vida , que lo podrá hacer , como

quien bebe un jarro de agua : mirá debaxo de que guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pages, que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos, que en meterse en dibuxos : alménos de mí sé decir, que no tendré ánimo para esperar el suceso, y ruina que á esta casa amenaza : el señor Lorenzo, Italiano, y que se fie de Españoles, y les pida favor, y ayuda ! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos, hija mia, quisiéredes tomar mi consejo, yo os le daria tal, que os luciese. Pasmada, atónita, y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decia con tanto ahinco, y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le decia, y quizá estaban muertos D. Juan, y D. Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas, y la cosia á puñaladas ; y así le dixo : y ¿ que consejo me daríades vos, amiga, que fuese saludable, y que previniese la sobrestante desventura ? Y como que le daré tal, y tan bueno que no pueda mejorarse, dixo el ama : yo, señora, he servido á un piovano, á un cura digo de una aldea, que está dos millas de Ferrara : es una persona santa y buena, y que hará por

mí todo lo que yo le pidiere , porque me tiene obligacion mas que de amo : vámonos allá , que yo buscaré quien nos lleve luego , y la que viene á dar de mamar al niño es muger pobre , y se irá con nosotras al cabo del mundo , y ya , señora , que presupon-gamos que has de ser hallada , mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa , viejo y honrado , que en poder de dos estudiantes mozos y Españoles , que los tales como soy yo buen testigo , no desechan ripio , y agora , señora , como estás mala , te han guardado respecto ; pero si sanas , y convaleces en su poder , Dios lo podrá remediar ; porque en verdad , que si á mí no me hubieran guardado mis repulsas , desdenes y enterezas , ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste ; porque no es todo oro lo que en ellos reluce : uno dicen , y otro piensan ; pero hanlo habido conmigo , que soy taymada , y sé do me aprieta el zapato , y sobre todo soy bien nacida , que soy de los Cribelos de Milan , y tengo el punto de la honra diez millas mas allá de las nubes ; y en esto se podrá echar de ver , señora mia las calamidades , que por mí han pasado , pues con ser quien soy , he venido á ser masara

de Españoles , á quien ellos llaman ama ; aunque á la verdad no tengo de que quejarme de mis amos , porque son unos benditos , como no estén enojados , y en esto parecen vizcaínos , como ellos dicen que lo son ; pero quizá para consigo serán gallegos que es otra nacion , segun es fama , algo ménos puntual y bien mirada que la vizcaina. En efeto tantas y tales razones le dixo , que la pobre Cornelia se dispuso á seguir su parecer ; y así en ménos de quatro horas , disponiéndolo el ama , y consintiéndolo ella , se viéron dentro de una carroza las dos y la ama del niño , y sin ser sentidas de los pages , se pusieron en camino para la aldea del cura ; y todo esto se hizo á persuasion del ama , y con sus dineros , porque la habian pagado sus señores un año de su sueldo , y así no fué menester empeñar una joya que Cornelia le daba ; y como habian oido decir á D. Juan que él y su hermano no habian de seguir el camino derecho de Ferrara , sino por sendas apartadas , quisiéron ellas seguir el derecho y poco á poco por no encontrarse con ellos , y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad de ellas , porque le pagaron al gusto de la suya.

Dexémoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos que les sucedió á D. Juan de Gamboa, y al señor Lorenzo Bentibolli: de los quales se dice que en el camino supieron que el Duque no estaba en Ferrara, sino en Bolonia; y así dexando el rodeo que llevaban, se yiniéron al camino real, ó á la estrada maestra como allá se dice, considerando que aquella habia de traer el Duque, quando de Bolonia volviese. Y á poco espacio que en ella habian entrado, habiendo tendido la vista hácia Bolonia por ver si por él alguno venia, viéron un tropel de gente de á caballo, y entónces dixo D. Juan á Lorenzo que se desviase del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el Duque, le queria hablar allí ántes que se encerrase en Ferrara que estaba poco distante. Hízolo así Lorenzo, y aprobó el parecer de D. Juan. Así como se apartó Lorenzo, quitó D. Juan la toquilla que encubria el rico cintillo, y esto no sin falta de discreto discurso, como él despues lo dixo. En esto llegó la tropa de los caminantes, y entre ellos venia una muger sobre una pia, vestida de camino, y el rostro cubierto con una mascarilla, ó por mejor encubrirse, ó por guardarse

del sol y del ayre. Paró el caballo D. Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierta, á que llegasen los caminantes; y en llegando cerca, el talle, el brio, el poderoso caballo la bizarría del vestido, y las luces de los diamantes llevaron tras sí los ojos de quantos allí venian, especialmente los del Duque de Ferrara, que era uno dellos, el qual como puso los ojos en el cintillo, luego se dió á entender que el que le traia era D. Juan de Gamboa, el que le habia librado en la pendencia, y tan de véras aprehendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremitió su caballo ácia D. Juan, diciendo: no creo que me engañaré en nada, señor caballero, si os llamo D. Juan de Gamboa, que vuestra gallarda disposicion y el adorno dese capelo me lo están diciendo. Así es la verdad, respondió D. Juan, porque jamas supe, ni quise encubrir mi nombre; pero decidme, señor, quien soys, porque yo no cayga en alguna descortesía. Eso será imposible, respondió el Duque, que para mí tengo, que no podeis ser descortes en ningun caso: con todo eso os digo, señor D. Juan, que yo soy el Duque de Ferrara, y el que está obligado á serviros todos los dias de su vida, pues no

ha quatro noches, que vos se la dístes. No acabó de decir esto el Duque, quando D. Juan con estraña ligereza saltó del caballo, y acudió á besar los pies del Duque; pero por presto que llegó, ya el Duque estaba fuera de la silla, de modo que le acabó de aprear en brazos D. Juan. El señor Lorenzo que desde algo léjos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesía, sino de cólera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelon le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al Duque y á D. Juan que ya habia conocido al Duque. El Duque por cima de los hombros de D. Juan miró á Lorenzo, y conocióle, de cuyo conocimiento algun tanto se sobresaltó, y así como estaba abrazado preguntó á D. Juan, si Lorenzo Bentibolli que allí estaba, venia con él, ó no? A lo qual D. Juan respondió: apartémonos algo de aquí, y contaréle á V. Excelencia grandes cosas. Hízolo así el Duque, y D. Juan le dixo: señor, Lorenzo Bentibolli que allí veis, tiene una queixa de vos no pequeña: dice que habrá quatro noches que sacástes á su hermana la señora Cornelia de casa de una prima suya, y que la habeis engañado y deshonorado, y quiere

saber de vos, que satisfacion le pensais hacer para que él vea lo que le conviene: p. dióme que fuese su valedor y medianero: yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, señor, érades el dueño de este cintillo, que por liberalidad y cortesía vuestra quisistes que fuese mio; y viendo que ninguno podia hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda: querria yo agora, señor, me dixédes lo que sabéis acerca de este caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice. Ay amigo! respondió el Duque; es tan verdad, que no me atreveria á negarla, aunque quisiese: yo no he engañado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice: no la he engañado, porque la tengo por mi esposa: no la he sacado, porque no sé della: si públicamente no celebré mis desposorios, fué porque aguardaba que mi madre (que esta ya en lo último) pasase desta á mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del Duque de Mantua; y por otros inconvenientes quizá mas eficaces, que los dichos, y no conviene que ahora se digan: lo que pasa es, que la noche que me socorristes, la habia de traer á Ferrara, porque

estaba ya en el mes de dar á luz la prenda que ordenó el cielo que en ella depositase, ó ya fuese por la riña, ó ya por mi descuido quando llegué á su casa hallé que salia la secretaria de nuestros conciertos : preguntéle por Cornelia : díxome que ya habia salido, y que aquella noche habia parido un niño, el mas bello del mundo, y que se le habia dado á un Fabio mi criado : la doncella es aquella que allí viene : el Fabio está aquí, y el niño ni Cornelia no parecen : y yo he estado estos dos dias en Bolonia, esperando y escudriñando oir algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada. De modo, señor, dixo D. Juan : quando Cornelia y vuestro hijo pareciesen, no negaréis ser vuestra esposa, y él vuestro hijo ? No por cierto, porque aunque me precio de caballero, mas me precio de cristiano; y mas que Cornelia es tal, que merece ser señora de un reyno : pareciese ella, y viva ó muera mi madre, que el mundo sabrá que si supe ser amante, supe la fe que di en secreto guardarla en público. Luego bien diréis, dixo D. Juan, lo que á mí me habeis dicho, á vuestro hermano el señor Lorenzo ? Antes me pesa, respondió el Duque, de que tarde tanto en saberlo. Al instante hizo D. Juan

de señas á Lorenzo, que se apease, y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ageno de pensar la buena nueva que él esperaba. Adelantóse el Duque á recibirle con los brazos abiertos, y la primera palabra que le dixo, fué llamarle hermano. Apénas supo Lorenzo responder á salutacion tan amorosa, y á tan cortes recibimiento; y estando así suspenso, ántes que hablase palabra, D. Juan le dixo: el Duque, señor Lorenzo, confiesa la conversacion secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia: confiesa asimismo que es su legítima esposa, y que como lo dice aquí, lo dirá públicamente quando se ofreciere: concede asimismo que fué ha quatro noches á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara, y aguardar coyuntura de celebrar sus bodas que las ha dilatado por justísimas causas que me ha dicho: dice asimismo la pendencia, que con vos tuvo, y que quando fué por Cornelia, encontró con Sulpicia su doncella, que es aquella muger que allí viene, de quien supo que Cornelia no habia una hora que habia parido, y que ella dió la criatura á un criado del Duque, y que luego Cornelia, creyendo que estaba allí el Duque, habia salido de casa medrosa, porque ima-

ginaba que ya vos, señor Lorenzo, sabíades sus tratos: Sulpicia no dió el niño al criado del Duque, sino á otro en su cambio: Cornelia no parece, él se culpa de todo, y dice que cada y quando que la señora Cornelia parezca, la recibirá como á su verdadera esposa: mirad, señor Lorenzo, si hay mas que decir, ni mas que desear, sino es el hallazgo de las dos tan ricas, como desgraciadas prendas. A esto respondió el señor Lorenzo, arrojándose á los pies del Duque que porfiaba por levantarlo: de vuestra cristiandad y grandeza, Serenísimó Señor, y hermano mio, no podíamos mi hermana y yo esperar menor bien del que á entrámbos nos haceis: á ella en igualarla con vos, y á mí en ponerme en el número de vuestro. Ya en esto se le arrasaban los ojos de lágrimas, y al Duque lo mismo, enternecidos; el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado; pero considerando que parecia flaqueza dar muestras con lágrimas de tanto sentimiento, las reprimieron, y volviéron á encerrar en los ojos; y los de D. Juan alegres casi les pedian las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dexaba en su misma casa.

En

En esto estaban , quando se descubrió D. Antonio de Isunza , que fué conocido de D. Juan en el quartago desde algo léjos , pero quando llegó cerca se paró , y vió los caballos de D. Juan , y de Lorenzo , que los mozos tenian del diestro acá y acullá desviados: conoció á D. Juan , y á Lorenzo , pero no al Duque , y no sabia que hacerse , si llegaria ó no adonde D. Juan estaba : llegándose á los criados del Duque , les preguntó si conocian á aquel caballero que con los otros dos estaba , señalando al Duque. Fuéle respondido , ser el Duque de Ferrara : con que quedó mas confuso , y ménos sin saber que hacerse ; pero sacóle de su perplexidad D. Juan llamándole por *su nombre*. Apeóse D. Antonio , viendo que todos estaban á pie , y llegóse á ellos : recibióle el Duque con mucha cortesía , porque D. Juan le dixo , que era su camarada. Finalmente D. Juan contó á D. Antonio todo lo que con el Duque le habia sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo D. Antonio , y dixo á D. Juan , ¿ porque , señor D. Juan , no acabais de poner la alegría y el contento destes señores en su punto , pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo ? Si vos no lle-

gárades , señor D. Antonio , yo las pidiera , pero pedidlas vos , que yo seguro que os las den de muy buena gana. Como el Duque y Lorenzo oyéron tratar del hallazgo de Cornelia , y de albricias , preguntáron que era aquello ? Que ha de ser , respondió D. Antonio , sino que yo quiero hacer un personage en esta trágica comedia , y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia , y de su hijo que quedan en mi casa ; y luego les contó punto por punto todo lo que hasta aquí se ha dicho : de lo qual el Duque y el señor Lorenzo recibiéron tanto placer y gusto , que D. Lorenzo se abrazó con D. Juan , y el Duque con D. Antonio : el Duque prometiendo todo su estado en albricias , y el señor Lorenzo su hacienda , su vida , y su alma. Llamáron á la doncella , que entregó á D. Juan la criatura , la qual habiendo conocido á Lorenzo , estaba temblando : preguntáronle si conoceria al hombre á quien habia dado el niño : dixo que no , sino que ella le habia preguntado si era Fabio , y él habia respondido que sí , y con esta buena fe se le habia entregado. Así es la verdad , respondió D. Juan ; y vos , señora , cerrásteis la puerta

luego, y me dixistes que la pusiese en cobro, y diese luego la vuelta. Así es, señor, respondió la doncella llorando. Y el Duque dixo: ya no son menester lágrimas aquí, sino júbilos y fiestas: el caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la vuelta luego á Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia. Y sin más decir, de comun consentimiento diéron la vuelta á Bolonia.

Adelantóse D. Antonio para apercibir á Cornelia, por no sobresaltarla con la improvisa llegada del Duque y de su hermano; pero como no la halló, ni los pages le supieron decir nuevas della, quedó el mas triste y confuso hombre del mundo; y como vió que faltaba el ama, imaginó que por su industria faltaba Cornelia. Los pages le dixeron que faltó el ama el mismo dia que ellos habian faltado, y que la Cornelia por quien preguntaba, nunca ellos la viéron. Fuera de si quedó D. Antonio con el no pensado caso, temiendo, quizá el Duque los tendria por mentirosos, ó embusteros, ó quizá imaginaria otras peores cosas, que redundasen en perjuicio de su honra y del buen crédito de Cornelia. En esta imaginacion estaba,

quando entráron el Duque , y D. Juan y Lorenzo , que por calles desusadas y encubiertas , dexando la demas gente fuera de la ciudad , llegóron á la casa de D. Juan , y halláron á D. Antonio sentado en una silla , con la mano en la mexilla , y con una color de muerto. Preguntóle D. Juan , que mal tenia , y adonde estaba Cornelia. Respondió D. Antonio : que mal quereis que no tenga ? pues Cornelia no parece , que con el ama que le dexamos para su compañía , el mismo dia que de aquí faltamos , faltó ella. Poco le faltó al Duque para expirar , y á Lorenzo para desesperarse , oyendo tales nuevas. Finalmente todos quedáron turbados , suspensos , é imaginativos. En esto se llegó un page á D. Antonio , y al oido le dixo : señor , Santisteban el page del señor D. Juan desde el dia que vuestas mercedes se fuéron tiene una muger muy bonita encerrada en su aposento , y yo creo que se llama Cornelia , que así la he oido llamar Alborotóse de nuevo D. Antonio , y mas quisiera que no hubiera parecido Cornelia , que *sin duda* pensó que era la que el page tenia escondida , que no que la hallaran en tal lugar. Con todo eso no dixo nada , sino callando se fué al aposento del page ,

y halló cerrada la puerta , y que el page no estaba en casa : llegóse á la puerta , y dixo con voz baxa : abrid , señora Cornelia , y salid á recibir á vuestro hermano y al Duque vuestro esposo , que vienen á buscaros. Respondiéronle *de dentro* : hacen burla de mí ? pues en verdad que no soy tan fea ni tan desechada , que no podian buscarme Duques y condes , y eso se merece la persona que trata con pages. Por las quales palabras entendió D. Antonio que no era Cornelia la que respondia. Estando en esto vino Santisteban el page , y acudió luego á su aposento , y hallando allí á D. Antonio , que pedia que le truxesen las llaves que habia en casa , por ver si alguna hacia á la puerta , el page hincado de rodillas , y con la llave en la mano le dixo : el ausencia de vuestas mercedes , y mi bellaquería por mejor decir , me hizo traer una muger estas tres noches á estar conmigo , suplico á vuesa merced , señor D. Antonio de Isunza , así oyga buenas nuevas de España , que sino lo sabe mi señor D. Juan de Gamboa , que no se lo diga , que yo la echaré al momento. Y como se llama la tal muger ? preguntó D. Antonio. Llámase Cornelia : respondió el page. *El page que*

habia descubierto la celada, que no era muy amigo de Santisteban, ni se sabe si simplemente, ó con malicia, baxó donde estaban el Duque, D. Juan y Lorenzo, diciendo: tómame el page, por Dios, que le han hecho gormar á la señora Cornelia: escondidita la tenia: á buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los señores, para alargar mas el gaudeamus tres, ó quatro dias mas. Oyó esto Lorenzo, y preguntóle: que es lo que decis, gentilhombre, donde está Cornelia? arriba, respondió el page. Apénas oyó esto el Duque, quando como un rayo subió la escalera arriba á ver á Cornelia, que imaginó que habia parecido, y dió luego en el aposento donde estaba D. Antonio, y entrando dixo: donde está Cornelia, donde está la vida de la vida mia? Aqui está Cornelia, respondió una muger, que estaba envuelta en una sábana de la cama y cubierto el rostro, y prosiguió diciendo: válanos Dios! es este algun buey de hurto? es cosa nueva dormir una muger con un page, para hacer tantos milagrones? Lorenzo que estaba presente, con despecho y cólera, tiró de un cabo de la sabana, y descubrió una muger moza, y no de mal parecer, la qual de

vergüenza se puso las manos delante del rostro , y acudió á tomar sus vestidos que le servian de almohada , porque la cama no la tenia , y en ellos viéron que debia de ser alguna pícara de las perdidas del mundo. Preguntóle el Duque , que si era verdad que se llamaba Cornelia? respondió que sí , y que tenia muy honrados parientes en la ciudad , y nadie dixese desta agua no beberé. Quedó tan corrido el Duque , que casi estuvo por pensar si hacian los Españoles burla del ; pero por no dar lugar á tan mala sospecha , volvió las espaldas , y sin hablar palabra , siguiéndole Lorenzo , subiéron en sus caballos , y se fuéron , dexando á D. Juan y á D. Antonio harto mas corridos que ellos iban , y determináron de hacer las diligencias posibles , y aun imposibles en buscar á Cornelia , y satisfacer al Duque de su verdad y buen deseo. Despidiéron á Santisteban por atrevido , y echáron á la pícara Cornelia , y en aquel punto se les vino á la memoria , que se les habia olvidado de decir al Duque las joyas del agnus , y la cruz de diamantes , que Cornelia les habia ofrecido , pues con estas señas creeria que Cornelia habia estado en su poder , y que si faltaba , no

había estado en su mano. Saliéron á decirle esto , pero no le halláron en casa de Lorenzo , donde creyéron que estaria : á Lorenzo sí, el qual les dixo que sin detenerse un punto se habia vuelto á Ferrara , dexándole órden de buscar á su hermana. Dixéronle lo que iban á decirle ; pero Lorenzo les dixo que el Duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrámbos habian echado la falta de Cornelia á su mucho miedo, y que Dios seria *servido de que pareciese*, pues no habia de haber tragado la tierra al niño , y al ama, y á ella. Con esto se consoláron todos, y no quisieron hacer la inquisicion de buscalla por bandos públicos , sino por diligencias secretas, pues de nadie, sino de su prima se sabia su falta; y entre los que no sabian la intencion del Duque, correria riesgo el crédito de su hermana, si la pregonasen, y ser gran trabajo andar satisfaciendo á cada uno de las sospechas , que una vehemente presumpcion les infunde.

Signió su viage el Duque , y la buena suerte que iba disponiendo su ventura , hizo que llegase á la aldea del Cura , donde ya estaban Cornelia, y el niño , y su ama, y la consejera ; y ellas le habian dado

cuenta de su vida , y pedídole consejo de lo que harian. Era el Cura grande amigo del Duque , en cuya casa acomodada á lo de clérigo rico y curioso solia el Duque venirse desde Ferrara muchas veces, y desde allí salia á caza , porque gustaba mucho así de la curiosidad del Cura , como de su donayre que le tenia en quanto decia y hacia. No se alborotó por ver al Duque en su casa , porque como se ha dicho , no era la vez primera ; pero descontentóle verle venir triste , porque luego echó de ver que con alguna pasion traia ocupado el ánimo. Entreyó Cornelia que el Duque de Ferrara estaba allí , y turbóse en extremo por no saber con que intencion venia , torciase las manos , y andaba de una parte á otra , como persona fuera de sentido : quisiera hablar Cornelia al Cura , pero estaba entreteniendo al Duque , y no tenia lugar de hablarle. El Duque le dixo : yo vengo , padre mio , tristísimo , y no quiero hoy entrar en Ferrara , sino ser vuestro huésped ; decid á los que vienen conmigo , que pasen á Ferrara , y que solo se quede Fabio. Hizolo así el buen Cura , y luego fué á dar orden como regalar y servir al Duque , y con esta ocasion le pudo hablar Cornelia ,

la qual tomándole de las manos le dixo : ay padre y señor mio ! y que es lo que quiere el Duque ? por amor de Dios, señor, que le dé algun toque en mi negocio , y procure descubrir y tomar algun indicio de su intencion ; en efeto guíelo como mejor le pareciere y su mucha discrecion le aconsejare. A esto le respondió el Cura : el Duque viene triste, hasta aora no me ha dicho la causa : lo que se ha de hacer es, que luego se aderece ese niño muy bien , y ponedle , señora , las joyas todas que tuviéredes, principalmente las que os hubiere dado el Duque, y dexadme hacer, que yo espero en el cielo , que hemos de tener hoy un buen dia. Abrazóle Cornelia, y besóle la mano , y retiróse á aderezar y componer el niño. El Cura salió á entretener al Duque entanto que se hacia hora de comer, y en el discurso de su plática preguntó el Cura al Duque , si era posible saberse la causa de su melancolía, porque sin duda de una legua se echaba de ver, que estaba triste. Padre, respondió el Duque, claro está que las tristezas del corazon salen al rostro, en los ojos se lee la relacion de lo que está en el alma, y lo peor es, que por ahora no puedo co-

municar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, señor, respondió el Cura, que si estuviéades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una, que tengo para mí que os le causara y grande. Simple sería, respondió el Duque, aquel que ofreciéndole el alivio de su mal, *no quisiese recibirle*: por vida mia, padre, que me mostréis eso que decís, que debe de ser alguna de vuestras curiosidades que para mí son todas de grandísimo gusto. Levantóse el Cura, y fué donde estaba Cornelia, que ya tenía adornado á su hijo, y puéstole las ricas joyas de la cruz y del agnus, con otras tres piezas preciosísimas, todas dadas del Duque á Cornelia, y tomando al niño entre sus brazos, salió á donde el Duque estaba, y diciendo que se levantara, y se llegase á la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos, y le puso en los del Duque, el qual, quando miró y reconoció las joyas, y vió que eran las mismas que él habia dado á Cornelia, quedó atónito, y mirando ahincadamente al niño, le pareció que miraba su mismo retrato; y lleno de admiracion preguntó al Cura, cuya era aquella criatura, que en su adorno y aderezo parecia hijo de

algun príncipe ? No sé, respondió el Cura, solo sé que habrá no sé quantas noches, que aquí me le truxo un caballero de Bolognia, y me encargó mirase por él y le criase, que era hijo de un valeroso padre, y de una principal y hermosísima madre : tambien vino con el caballero una muger para dar leche al niño, á quien yo he preguntado si sabe algo de los padres desta criatura, y responde que no sabe palabra; y en verdad que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe de ser la mas hermosa muger de Italia. No la veríamos ? preguntó el Duque. Sí por cierto, respondió el Cura; venios, señor, conmigo que si os suspende el adorno y la belleza desa criatura como creo que os ha suspendido, el mismo efeto entiendo que ha de hacer la vista de su ama. Quísole tomar la criatura el Cura al Duque, pero él no la quiso dexar, ántes la apretó en sus brazos, y le dió muchos besos. Adelantóse el Cura un poco, y dixo á Cornelia que saliese sin turbacion alguna á recibir al Duque. Hízolo así Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermoseáron. Pasmóse el Duque quando la vió, y ella arrojándose á sus pies, se los quiso

besar. El Duque sin hablar palabra dió el niño al Cura , y volviendo las espaldas se salió con gran priesa del aposento. Lo qual visto por Cornelia , volviéndose al Cura , dixo : ay señor mio ! si se ha espantado el Duque de verme ? si me tiene aborrecida ? si le he parecido fea ? si se le han olvidado las obligaciones que me tiene ? no me hablará siquiera una palabra ? tanto le cansaba ya su hijo , que así le arrojó de sus brazos ? A todo lo qual no respondia palabra el Cura , admirado de la huida del Duque , que así le pareció que fuese huida , ántes que otra cosa , y no fué sino que salió á llamar á Fabio , y decirle corre , Fabio amigo , y á toda diligencia vuelve á Bolonia , y di que al momento Lorenzo Bentibolli , y los dos caballeros Españoles D. Juan de Gamboa , y D. Antonio de Isunza sin poner escusa alguna vengan luego á esta aldea : mira , amigo , que vuelvas , y no te vengas sin ellos , que me importa la vida el verlos. No fué perezoso Fabio , que luego puso en efeto el mandamiento de su señor. El Duque volvió luego adonde Cornelia estaba derramando hermosas lágrimas : cogióla el Duque en sus brazos , y añadiendo lágrimas á lágrimas ,

mil veces le bebió el aliento de la boca ,
teniéndoles el contento atadas las lenguas ;
y así en silencio honesto y amoroso se go-
zaban los dos felices amantes y esposos ver-
daderos. El ama del niño , y la Crivela por
lo ménos como ella decia , que por entre
la puertas de otro aposento habian estado
mirando lo que entre el Duque y Cornelia
pasaba , de gozo se daban calabazadas por
las paredes , que no parecia sino que ha-
bian perdido el juicio. El Cura daba mil
besos al niño que tenia en sus brazos , y
con la mano derecha que desocupó , no
se hartaba de echar bendiciones á los dos
abrazados señores. El ama del Cura , que
no se habia hallado presente al grave caso
por estar ocupada aderezando la comida ,
quando la tuvo en su punto , entró á lla-
marlos se sentasen á la mesa. Esto apartó
los estrechos abrazos , y el Duque desem-
barazó al Cura del niño , y le tomó en sus
brazos , y en ellos le tuvo todo el tiempo
que duró la limpia y bien sazónada , más
que sumptuosa comida : y entanto que
comian , dió cuenta Cornelia de todo lo
que le habia sucedido hasta venir á aquella
casa por consejo de la ama de los dos ca-
balleros Españoles , que la habian servido ,

amparado , y guardado con el mas honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse. El Duque le contó así mismo á ella todo lo que por él habia pasado hasta aquel punto. Halláronse presentes las dos amas, y halláron en el Duque grandes ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin de su suceso, y solo esperaban á colmarle y á ponerle en estado mejor que acertara á desearse con la venida de Lorenzo , de D. Juan , y D. Antonio , los quales de allí á tres dias viniéron desalados , y deseosos por saber si alguna nueva sabia el Duque de Cornelia , que Fabio que los fué á llamar, no les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no *la sabia*.

Saliólos á recibir el Duque á una sala ántes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recién venidos se entristecieron. Hízolos sentar el Duque, y el se sentó con ellos, y encaminando su plática á Lorenzo, le dixo: bien sabeis, señor Lorenzo Bentibolli, que yo jamas engañé á vuestra hermana, de lo que es buen testigo el cielo y mi conciencia: sabeis así mismo la diligencia con que la he buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella

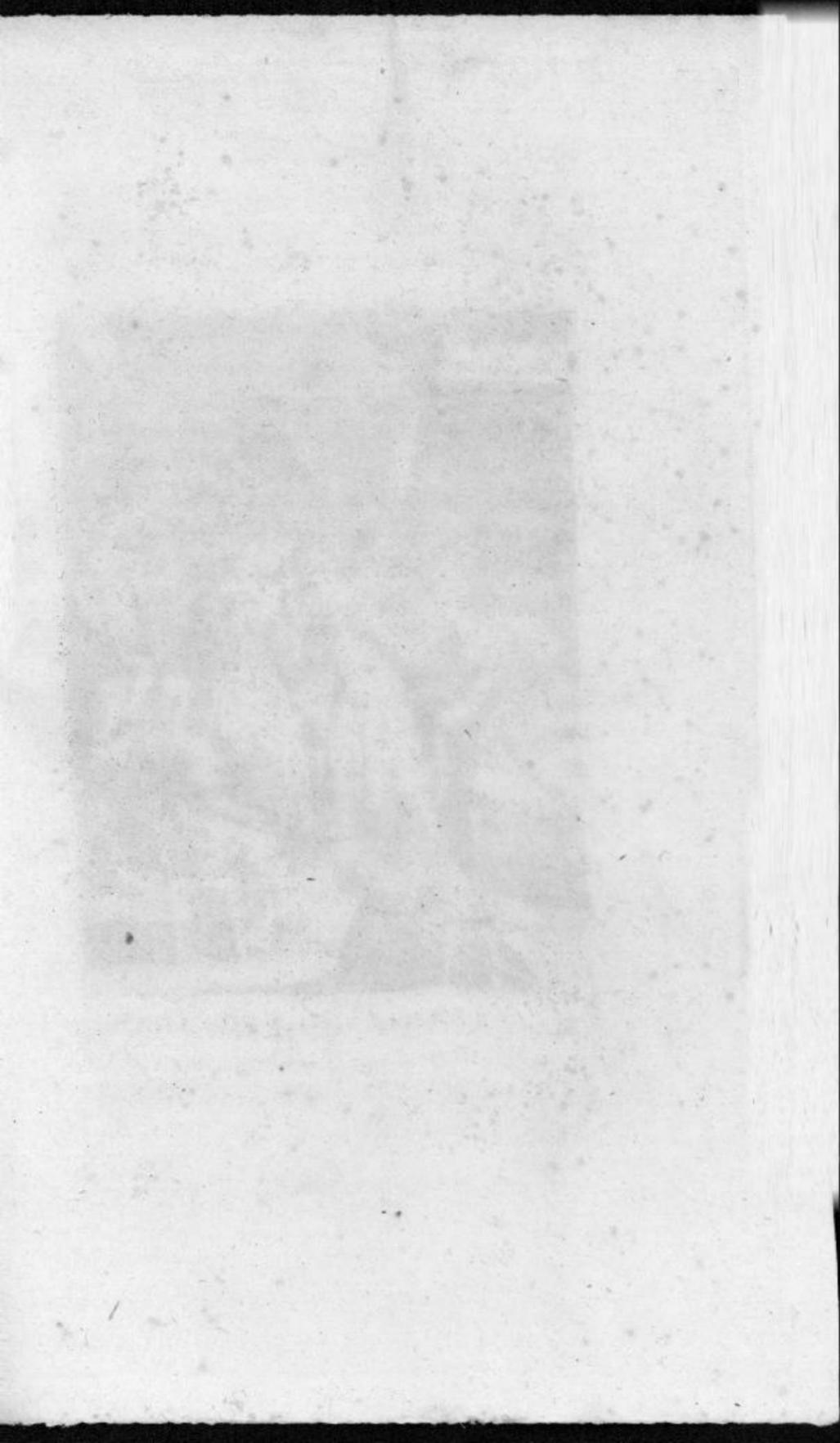
como se lo tengo prometido : ella no parece , y mi palabra no ha de ser eterna : yo soy mozo , y no tan experto en las cosas del mundo , que no me dexé llevar de las que me ofrece el deleyte á cada paso : la misma aficion que me hizo prometer ser esposo de Cornelia , me llevó tambien á dar ántes que á ella palabra de matrimonio á una labradora desta aldea , á quien pensaba dexar burlada por acudir al valor de Cornelia , aunque no acudiera á lo que la conciencia me pedia , que no fuera pequeña muestra de amor ; pero pues nadie se casa con muger que no parece , ni es cosa puesta en razon , que nadie busque la muger que le dexa , por no hallar la prenda que le aborrece ; digo que veais , señor Lorenzo , que satisfacion puedo daros del agravio que no os hice , pues jamas tuve intencion de hacérosle , y luego quiero que me deis licencia para cumplir mi primera palabra , y desposarme con la labradora que ya está dentro desta casa. Entanto que el Duque esto decia , el rostro de Lorenzo se iba mudando de mil colores , y no acertaba á estar sentado de una manera en la silla , señales claras , que la cólera le iba tomando posesion de todos sus sentidos. Lo mismo pasaba por D. Juan ,

y por D. Antonio , que luego propusieron de no dexar salir al Duque con su intencion , aunque le quitasen la vida. Leyendo pues el Duque en sus rostros sus intenciones : dixo : sosegaos, señor Lorenzo, que ántes que me respondais palabra , quiero que la hermosura que veréis en la que quiero recibir por mi esposa , os obligue á darme la licencia que os pedí ; porque es tal y tan extremada , que de mayores yerros será disculpa. Esto dicho , se levantó , y entró donde Cornelia estaba riquísimamente adornada , con todas las joyas que el niño tenia , y muchas mas. Quando el Duque volvió las espaldas , se levantó D. Juan , y puestas ámbas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo , al oido le dixo : por Santiago de Galicia, señor Lorenzo, y por la fe de cristiano y de caballero que tengo , que así dexé yo salir con su intencion al Duque como volverme moro : aquí , aquí , y en mis manos ha de dexar la vida , ó ha de cumplir la palabra que á la señora Cornelia vuestra hermana tiene dada , ó aloménos nos ha de dar tiempo de buscarla , y hasta que de cierto se sepa que es muerta , él no ha de casarse. Yo estoy dese parecer mismo , respondió Lorenzo. Pues

del mismo estará mi camarada D. Antonio , replicó D. Juan. En esto entró por la sala adelante Cornelia en medio del Cura y del Duque , que la traia de la mano , detras de los quales venian Sulpicia la doncella de Cornelia , que el Duque habia enviado por ella á Ferrara , y las dos amas del niño , y la de los caballeros. Quando Lorenzo vió á su hermana , y la acabó de refigurar y conocer , que al principio la imposibilidad á su parecer de tal suceso no le dexaba enterar en la verdad , tropezando en sus mismos pies , fué á arrojarse á los del Duque , que le levantó , y le puso en los brazos de su hermana , quiero decir que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. D. Juan , y D. Antonio dixéron al Duque , que habia sido la mas discreta y mas sabrosa burla del mundo. El Duque tomó al niño , que Sulpicia traia , y dándosele á Lorenzo le dixo : recibid , señor hermano , á vuestro sobrino , y mi hijo , y ved si quereis darme licencia , que me case con esta labradora , que es la primera á quien he dado palabra de casamiento. Seria nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo , lo que preguntó D. Juan , lo que sintió D. Antonio , el regocijo del Cura , la alegría

de Sulpicia, el contento de la consejera, y júbilo del ama, la admiracion de Fabio, y finalmente el general contento de todos. Luego el Cura los desposó, siendo su padrino D. Juan de Gamboa; y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en que paraba la enfermedad, que tenia muy al cabo á la Duquesa su madre, y que entanto la señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo así: la Duquesa murió, Cornelia entró en Ferrara alegrando al mundo con su vista, los lutos se volviéron en galas, las amas quedáron ricas, Sulpicia por muger de Fabio, D. Antonio, y D. Juan contentísimos de haber servido en algo al Duque, el qual les ofreció dos primas suyas por mugeres con riquísima dote. Ellos dixéron que los caballeros de la nacion vizcaina por la mayor parte se casaban en su patria, y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres que ya los debian de tener cazados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento. El Duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones lícitas les envió muchos presentes á Bolonia, y

algunos tan ricos y enviados á tan buena sazón y cõyuntura , que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recibian paga , el tiempo en que llegaban, lo facilitaba todo : especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España , y los que les dió quando fuéron á Ferrara á despedirse dél ; ya halláron á Cornelia con otras dos criaturas hembras , y al Duque mas enamorado que nunca. La Duquesa dió la cruz de diamantes á D. Juan , y el agnus á D. Antonio , que sin ser poderosos á hacer otra cosa , las recibieron. Llegáron á España y á su tierra, adonde se casáron con ricas, principales, y hermosas mugeres, y siempre tuvieron correspondencia con el Duque, y la Duquesa , y con el señor Lorenzo Bentibolli con grandísimo gusto de todos.





EL CASAMIENTO ENGAÑOSO.

NOVELA

DEL

CASAMIENTO ENGAÑOSO.

SALIA del hospital de la Resurreccion que está en Valladolid fuera de la puerta del campo, un soldado que por servirle su espada de báculo, y por la flaqueza de sus piernas, y amarillez de su rostro mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debia de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá gran-geó en una hora: iba haciendo pinitos, y dando traspies como convaleciente; y al entrar por la puerta de la ciudad vió que ácia él venia un su amigo á quien no habia visto en mas de seis meses, el qual santi-guándose como si viera alguna mala vision, llegándose á él le dixo: que es esto señor alferez Campuzano? es posible que está vuesa merced en esta tierra? como quien soy, que le hacia en Flándes, ántes ter-ciando allá la pica, que arrastrando aquí

la espada ? que color, que flaqueza es esa ? A lo qual respondió Campuzano : á lo si estoy en esta tierra, ó no, señor Licenciado Peralta, el verme en ella, le responde : á las demas preguntas no tengo que decir, sino que salgo de aquel hospital de sudar catorce cargas de bubas, que me echó á cuestras una muger que escogí por mia, que no debiera. Luego casóse vuesa merced ? replicó Peralta. Si señor, respondió Campuzano. Seria por amores, dixo Peralta, y tales casamientos traen consigo aparejada la execucion del arrepentimiento. No sabré decir si fué por amores, respondió el Alférez, aunque sabré afirmar que fué por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento saqué tantos en el cuerpo, y en el alma, que los del cuerpo para entreternerlos me cuestan quarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesa merced me perdone, que otro dia con mas comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los mas nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oido en todos los dias de su vida. No ha de ser así, dixo el Licenciado, sino que quiero que venga conmigo á mi

posada , y allí harémos penitencia juntos , que la olla es muy de enfermo ; y aunque está tasada para dos , un pastel suplirá con mi criado , y si la convalecencia lo sufre , unas lonjas de jamon de Rute nos harán la salva , y sobre todo la buena voluntad con que la ofrezco , no solo esta vez , sino todas las que vuesa merced quisiere. Agradecióselo Campuzano , y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fuéron á S. Llorente , oyéron misa , llevóle Peralta á su casa , dióle lo prometido , y ofreciósele de nuevo , y pidióle en acabando de comer le contase los sucesos , que tanto le habia encarecido. No se hizo de rogar Campuzano , ántes comenzó á decir desta manera.

Bien se acordará vuesa merced , señor Licenciado Peralta , como yo hacia en esta ciudad camarada con el capitan Pedro de Herrera , que ahora está en Flándes. Bien me acuerdo , respondió Peralta. Pués un dia , prosiguió Campuzano , que acabamos de comer en aquella posada de la Solana donde vivíamos , entráron dos mugeres de gentil parecer con dos criadas : la una se puso á hablar con el capitan en pie , arimados á una ventana : y la otra se sentó en una silla junto á mí , derribado el manto

hasta la barba , sin dexar ver el rostro mas de aquello que concedia la raridad del manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse , no fué posible acabarlo con ella, cosa que me encendió mas el deseo de verla; y para acrecentarle mas, ó ya fuese de industria, ó acaso sacó la señora una muy blanca mano, con muy buenas sortijas : estaba yo entonces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podia matar en el ayre: con todo esto le rogué que se descubriese. A lo que ella me respondió: no seais importuno, casa tengo, haced á un page que me siga, que aunque soy mas honrada de lo que me promete esta respuesta, todavia á trueco de ver si responde vuestra discrecion á vuestra gallardía, holgaré de que me veais. Beséle las manos por la grande merced que me hacia, en pago de la qual le prometí montes de oro. Acabó el capitan su plática. Ellas se fuéron: siguiólas un criado mio. Dixo el capitan que lo que la dama le queria, era que le llevase unas
cartas

cartas á Flándes á otro capitán que decia ser su primo, aunque él sabia que no era, sino su galán. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que habia visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así otro dia guiándome mi criado, dióseme libre entrada: hallé una casa muy bien aderezada, y una muger de hasta treinta años, á quien conocí por las manos: no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podia enamorar *comunicada*, porque tenia un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios: blasoné, hendí, ragé, ofrecí, prometí, y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero como ella estaba hecha á oír semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecia que les daba atento oído, ántes que crédito alguno. Finalmente nuestra plática se pasó en flores quatro dias que continué en visitalla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba: en el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: servíala una moza mas taymada, que simple: final-

mente tratando mis amores como soldado que está víspera de mudar, apuré á mi señora D.^a Estefanía de Caycedo (que este es el nombre de la que así me tiene) y respondiíme : señor alférez Campuzano, simplicidad sería, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido y aun ahora lo soy; pero no de manera, que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten: ni de mis padres, ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menage de mi casa bien validos dos mil y quinientos escudos; y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponellas se tardará en convertirse en dineros: con esta hacienda busco marido á quien entregarme, y á quien tener obediencia: á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increíble solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene príncipe cocinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo, quando mostrando ser casera, me quiero poner á ello: sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala: en efeto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan: no desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale ménos, sino mucho mas, quando se

gasta por mi orden : la ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros, estos pulgares y los de mis criadas la hiláron; y si pudiera texerse en casa, se texiera : digo estas alabanzas mias, porque no acarrean vituperio, quando es forzosa la necesidad de decirlas : finalmente quiero decir, que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere : si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes. Yo que tenia entónces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañares haciéndoseme el deleyte en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciéndoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenia echados grillos al entendimiento, le dixé que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo

casi por milagro tal compañera para hacerla señora de mi voluntad , y de mi hacienda que no era tan poca , que no valiese con aquella cadena que traia al cuello , y con otras joyuelas que tenia en casa , y con deshacerme de algunas galas de soldado , mas de dos mil ducados , que juntos con los dos mil y quinientos suyos , era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural , y adonde tenia algunas raices , hacienda tal , que sobrellevada con el dinero , vendiendo los frutos á su tiempo , nos podia dar una vida alegre y descansada : en resolucion , aquella vez se concertó nuestro desposorio , y se dió traza como los dos hiciésemos informacion de solteros y en los tres dias de fiesta que viniéron luego juntos en una pasqua , se hiciéron las amonestaciones , y al quarto dia nos desposamos , hallándose presentes al desposorio dos amigos mios , y un mancebo que ella dixo ser primo suyo , á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento , como lo habian sido todas las que hasta entónces á mi nueva esposa habia dado con intencion tan torcida y traidora que la quiero callar , porque aunque estoy diciendo verdades ,

no son verdades de confesion, que no pueden dexar de decirse: mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi muger: encerré en él delante della mi magnífica cadena: mostréle otras tres ó quatro sino tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó quatro cintillos de diversas suertes: hicele patentes mis galas, y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta quatrocientos reales que tenia. Seis dias gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico: pisé ricas alhombbras, ajé sábanas de hollandia, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantábame á las once, comia á las doce, y á las dos se-
teaba en el estrado, baylabánme D.^a Estefanía y la moza el agua adelante, mi mozo que hasta allí le habia conocido perezoso y lerdo, se habia vuelto un corzo, el rato que D.^a Estefanía faltaba de mi lado, la habian de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito, mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores segun olian, bañados en la agua de ángeles y de azahar, que sobre ellos se derramaba.

Pasáronse estos dias volando, como se pasan los años que están debaxo de la jurisdiccion del tiempo; en los quales dias por verme tan regalado y tan bien servido iba mudando en buena la mala intencion, con que aquel negocio habia comenzado: al cabo de los quales, una mañana (que aun estaba con Doña Estefanía en la cama) llamáron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana, y quitándose al momento, dixo: ó que sea ella la bien venida! han visto, y como ha venido mas presto de lo que escribió el otro día? Quien es la que ha venido, moza? le pregunté. Quien? respondió ella, es mi señora Doña Clementa Bueso, y viene con ella el señor D. Lope Melendez de Almenarez, con otros dos criados, y Hortigosa la dueña que llevó consigo. Corre moza, bien haya yo, y ábreles, dixo á este punto Doña Estefanía; y vos, señor, por mi amor, que no os alboroteis ni respondais por mí á ninguna cosa, que contra mí oyéredes. Pues quien ha de decir cosa, que os ofenda, y mas estando yo delante? decidme que gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida. No tengo lugar de responderos, dixo Doña Estefanía, solo sabed

que todo lo que aquí pasare es fingido, y que tira á cierto designio y efeto que despues sabréis. Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora Doña Clementa Bueso, que se entró en la sala vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo, y con la misma guarnicion, sombrero con plumas verdes, blancas, y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro. Entró con ella el señor D. Lope Melendez de Almenarez no ménos bizarro, que ricamente vestido de camino. La dueña Hortigosa fué la primera que habló, diciendo: Jesus, que es esto! ocupado el lecho de mi señora Doña Clementa, y mas con ocupacion de hombre! milagros veo hoy en esta casa: á fe que se ha ido bien del pie á la mano la señora Doña Estefanía, fiada en la amistad de mi señora. Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó Doña Clementa; pero yo yo me tengo la culpa: que jamas escarmiente yo en tomar amigas, que no lo saben ser, sino es quando les viene á cuento! A todo lo qual respondió Doña Estefanía: no reciba vuesa merced pesadumbre mi señora Doña Clementa Bueso, y entienda que no sin mis-

terio vea lo que vea en esta su casa, que quando lo sepa, yo sé que quedaré disculpada y vuesa merced sin ninguna queixa. En esto ya me habia puesto yo en calzas y en jubon; y tomándome Doña Estefanía por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dixo que aquella su amiga queria hacer una burla á aquel Don Lope que venia con ella, con quien pretendia casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y quanto estaba en ella, era todo suyo, de lo qual pensaba hacerle carta de dote, y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el Don Lope la tenia, y luego se me volverá lo que es mio, y no se le tendrá á mal á ella ni á otra muger alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de qualquier embuste. Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que queria hacer, y que primero se mirase bien en ello; porque despues podria ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á Doña Clementa aun en cosas de mas importancia, que mal

de mi grado y con remordimiento *de mi* juicio hube de conceder con el gusto de Doña Estefanía; asegurándome ella que solos ocho dias podia durar el embuste, los quales estaríamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luego entrándose á despedir de la señora Doña Clementa Bueso, y del señor Don Lope Melendez de Almindarez, hizo á mi criado que se cargase el baul, y que la siguiese, á quien yo tambien seguí, sin despedirme de nadie.

Paró Doña Estefanía en casa de una amiga suya, y ántes que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del qual salió una moza y dixo: que entrásemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el qual habia dos camas tan juntas, que parecian una, á causa que no habia espacio que las dividiese, y las sábanas de entrámbas se besaban. En efeto allí estuvimos seis dias, y en todos ellos no se pasó hora, que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necedad que habia hecho en haber dexado su casa y su hacienda, aunque fuera á su misma madre. En esto iba yo y venia por momentos tanto, que la huésped de casa un dia que Doña

Estefanía dixo que iba á ver en que término estaba su negocio, quiso saber de mí que era la causa que me movia á reñir tanto con ella, y que cosa habia hecho, que tanto se la afeaba, diciéndole que habia sido necedad notoria mas que amistad perfecta? *Contéle todo el cuento, y quando llegué á decir que me habia casado con Doña Estefanía, y la dote que truxo, y la simplicidad que habia hecho en dexar su casa, y hacienda á Doña Clementa, aunque fuese con tan sana intencion, como era alcanzar tan principal marido como Don Lope, se comenzó á santiguar y á hacerse cruces con tanta priesa, y con tanto Jesus, Jesus, de la mala hembra, que me puso en gran turbacion, y al fin me dixo: señor Alférez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que tambien la cargaria si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que Doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa, y de la hacienda de que os hicieron la dote: la mentira es todo quanto os ha dicho Doña Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para*

hacer este embuste, fué que Doña Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entretanto dexó en su casa á Doña Estefanía que mirase por ella, porque en efeto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido grangear á una tal persona, como la del señor Alferez por marido. Aquí dió fin á su plática, y yo di principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazon que mirase que era cristiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperacion por ser pecado de demonios. Esta consideracion, ó buena inspiracion me confortó algo; pero no tanto, que dexase de tomar mi capa, y espada, y salir á buscar á Doña Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un exemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á Doña Estefanía, la hallase: fuíme á San Llorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre me

tomó un sueño tan pesado, que no despertara tan presto sino me despertaran : fui lleno de pensamientos y congoxas á casa de Doña Clementa, y halléla con tanto reposo como señora de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el señor Don Lope delante : volví en casa de mi huéspeda, que me dixo haber contado á Doña Estefanía, como yo sabia toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante habia yo mostrado con tal nueva? y que le habia respondido, que muy malo, y que á su parecer habia salido yo con mala intencion y con peor determinacion á buscarla : díxome finalmente que Doña Estefanía se habia llevado quanto en el baul tenia, sin dexarme en él sino un solo vestido de camino. Aquí fué ello, aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano : fui á ver mi baul, y halléle abierto, y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razon habia de ser el mio, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia. Bien grande fué, dixo á esta sazón el Licenciado Peralta, haberse llevado Doña Estefanía tanta cadena, y tanto cintillo, que como suele decirse, todos los duelos etc. Ninguna pena me dió esa falta, res-

pondió el Alférez, pues tambien podré decir: pensóse D. Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio, contrechoso de un lado. No sé á que propósito puede vuesa merced decir eso, respondió Peralta. El propósito es, respondió el Alférez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos, y brincos podia valer hasta diez ó doce escudos. Eso no es posible, replicó el Licenciado, porque la que el señor Alférez traia al cuello, mostraba pesar mas de docientos ducados. Así fuera, respondió el Alférez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, brincos con solo ser de alquimia se contentáron, pero estaban tan bien hechas, que solo el toque ó el fuego podia descubrir su malicia. Desamano, dixo el Licenciado, entre vuesa merced y la señora D.^a Estefanía, pata es la traviesa. Y tan pata, respondió el Alférez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor Licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su término; y en efeto, mal que me pese es prenda mia. Dad gracias á Dios, señor Campuzano, dixo Peralta, que fué prenda con pies, y

que se os ha ido , y que no estais obligado á buscarla. Así es , respondió el Alférez ; pero con todo esto , sin que la busque la hallo siempre en la imaginacion , y adonde quiera que estoy , tengo mi afrenta presente. No sé que responderos , dixo Peralta , sino es traeros á la memoria dos versos del Petrarca que dicen :

Che chi prende diletto di far frode ,
Non s' ha di lamentar s' altro l' inganna.

Que responden en nuestro Castellano :
que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro , no se debe quejar quando es engañado. Yo no me queixo , respondió el Alférez , sino lastímome : que el culpado no por conocer su culpa dexa de sentir la pena del castigo : bien veo que quise engañar y fuí engañado , porque me hiriéron por mis propios filos ; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento , que no me quexe de mí mismo. Finalmente por venir á lo que hace mas al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos) digo que supe que se habia llevado á D.^a Estefanía el primo que dixé que se halló á nuestros desposorios , el qual de luengos tiempos atras era su amigo á todo

ruedo: no quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba: mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos dias, porque comen- zaron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dexáron los cabellos, y ántes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre mas claro la pelarela: halléme verda- deramente hecho pelon, porque ni tenia barbas que peynar, ni dineros que gastar: fué la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habian de cubrir y honrar en salud, lle- gado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurreccion, me entré en él donde he tomado quarenta sudores: di- cen que quedaré sano, si me guardo: es- pada tengo, lo demas Dios lo remedie. Ofre- ciósele de nuevo el Licenciado, admirán- dose de las cosas que le habia contado. Pues de poco se marabilla vuesa merced, señor Peralta, dixo el Alferez, que otros suce-

sos me quedan por decir que exceden á toda imaginacion , pues van fuera de todos los términos de naturaleza : no quiera vuesa merced saber mas , sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias , por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde ví lo que ahora diré , que es lo que ahora , ni nunca vuesa merced podrá creer , ni habrá persona en el mundo que lo crea. Todos estos *preámbulos* y encarecimientos , que el Alferéz hacia ántes de contar lo que habia visto , encendian el deseo de Peralta de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luego luego le dixese las maravillas que le quedaban por decir.

Ya vuesa merced habrá visto, dixo el Alferéz , dos perros que con dos lanternas andan de noche con los hermanos de la Capacha , alumbrándoles quando piden limosna ? Sí he visto , respondió Peralta. Tambien habrá visto ú oido vuesa merced , dixo el Alferéz , lo que dellos se cuenta que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo , ellos acuden luego á alumbrar á buscar lo que se cae , y se paran delante de las ventanas , donde saben que tienen costumbre de darles limosna , y con

ir allí con tanta mansedumbre , que mas parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia ? Yo he oido decir, dixo Peralta , que todo es así, pero eso no me puede ni debe causar marabilla. Pues lo que ahora diré dellos , es razon que la cause , y que sin hacerse cruces , ni alegar imposibles , ni dificultades , vuesa merced se acomode á creerlo : y es que yo oí y casi ví con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llamaba Cipion , el otro Berganza , estar una noche , que fué la penúltima que acabé de sudar , echados detras de mi cama en unas esteras viejas , y á la mitad de aquella noche estando á oscuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias , oí hablar allí junto, y estuve con atento oido escuchando, por ver si podia venir en conocimiento de los que hablaban, y delo que hablaban, y á poco rato vine á conocer por lo que hablaban , los que hablaban, que eran los dos perros Cipion, y Berganza. Apénas acabó de decir esto Campuzano, quando levantándose el Licenciado, dixo: vuesa merced quede mucho enbuenora , Sr. Campuzano, que hasta aquí estaba en duda, si creeria ó no lo que de su casamiento me

habia contado , y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa : por amor de Dios, señor Alferéz, que no cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo. No me tenga vuesa merced por tan ignorante, replicó Campuzano, que no entienda que si no es por milagro no pueden hablar los animales : que bien sé que si los tordos, picazas, y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden, y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas ; mas no por esto pueden hablar, y responder con discurso concertado como estos perros hablaban ; y así muchas veces despues que los oí , yo mismo no he querido dar crédito á mí mismo , y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales quales nuestro Señor fué servido dármelos, oí , escuché , noté, y finalmente escribí sin faltar palabra por su concierto, de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad, que digo : las cosas de que tratáron fuéron grandes, y diferentes, y mas para ser tratadas por varones sabios, que

para ser dichas de bocas de perros : así que, pues yo no las puedo inventar de mio, á mi pesar y contra mi opinion vengo á creer que no soñaba, y que los perros hablaban. Cuerpo de mí, replicó el Licenciado, si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, quando hablaban las calabazas, ó el de Isopo, quando departia el gallo con la zorra, y unos animales con otros! Uno dellos seria yo y el mayor, replicó el Alferez, si creyese que ese tiempo ha vuelto; y aun tambien lo seria, si dexase de creer lo que oí, y lo que ví, y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y aun fuerce á que lo crea la misma incredulidad; pero puesto caso que me haya engañado, y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate; no se holgara vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, ó sean quien fueren, hablaron? Como vuesa merced, replicó el Licenciado, no se canse mas en persuadirme que oyó hablar á los perros de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor Alferez, ya le juzgo por bueno. Pues hay en esto otra cosa, dixo el Alferez, que como yo estaba tan atento y tenia deli-

cado el juicio, delicada, sutil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que habia comido) todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que habia oído, lo escribí otro día, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar, para hacerle gustoso. No fué una noche sola la plática, que fuéron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita mas de una, que es la vida de Berganza, la del compañero Cipion pienso escribir (que fué la que se contó la noche segunda) quando viere ó que esta se crea, ó aloménos no se desprecie: el coloquio traygo en el seno; púselo en forma de coloquio, por ahorrar de *dixó Cipion, respondió Berganza*, que suele alargar la escritura. Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio, y le puso en las manos del Licenciado, el qual le tomó riyéndose, y como haciendo burla de todo lo que habia oído, y de lo que pensaba leer. Yo me recuesto, dixo el Alferéz, en esta silla entanto que vuesa merced lee, si quiere, esos sueños ó disparates que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poderlos dexar, quando enfaden. Haga vuesa merced su gusto, dixo Peralta, que yo con brevedad me des-

pediré desta letura. Recostóse el Alferez, abrió el Licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este título.

1870

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

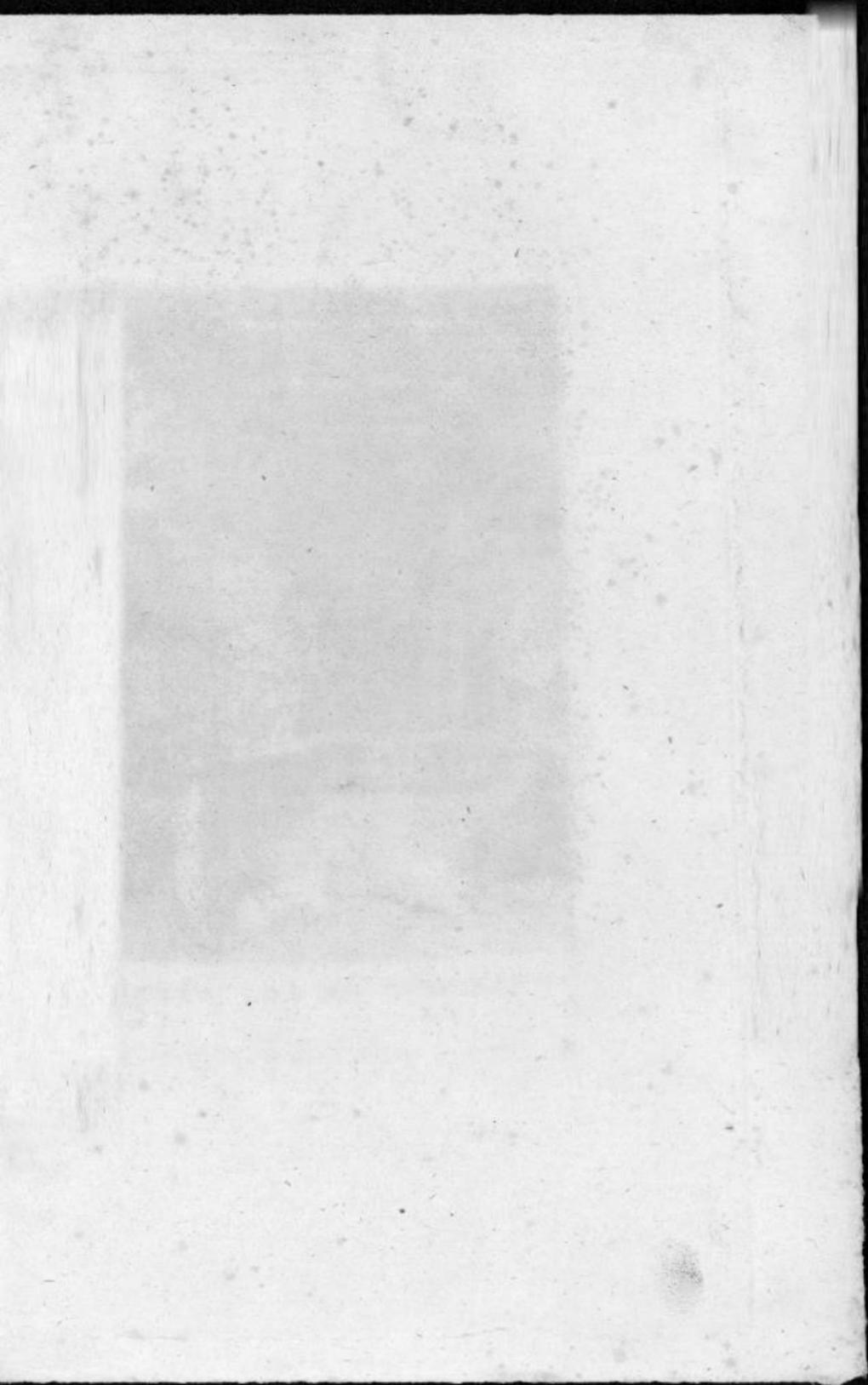
...

...

...

...

...





COLOQUIO DE LOS PERROS.

Gravé par Adam

NOVELA.

COLOQUIO

QUE PASÓ ENTRE

CIPIÓN Y BERGANZA,

PERROS

DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCION,

Que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del Campo, á quien comunmente llaman los perros de Mahudes.

Cipion. BERGANZA amigo, dexemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced, que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

Berganza. Cipion hermano, óygote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza. *Cip.* Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor

este milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso como si fuéramos capaces de razon, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto, al hombre, es ser el hombre animal, y el bruto irracional. *Berg.* Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el decirlo tu, y entenderlo yo me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un noseque de entendimiento, capaz de discurso. *Cip.* Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento, y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, quando son marido y muger, ponen entre los dos á los pies una figura de perro en señal que se guardáron en la vida amistad y fidelidad inviolable. *Berg.*
Bien

Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura, otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé tambien que despues del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luego el caballo, y el último la ximia. *Cip.* Así es; pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamas que haya hablado ningún elefante, perro, caballo, ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debaxo del número de aquellas cosas, que llaman portentos, las cuales quando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes. *Berg.* Desá manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henares. *Cip.* que le oíste decir? *Berg.* Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían medicina. *Cip.* Pues que vienes á inferir deso? *Berg.* Infero, ó que estos dos mil médicos han

de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura) ó ellos se han de morir de hambre. *Cip.* Pero sea lo que fuere , nosotros hablamos , sea portento ó no , que lo que el cielo tiene ordenado que suceda , no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir : y así no hay paraque ponernos á disputar nosotros , como ó porque hablamos : mejor será , que este buen dia , ó buena noche la metamos en nuestra casa , y pues la tenemos tan buena en estas esteras , y no sabemos quanto durará esta nuestra ventura , sepamos aprovecharnos della , y hablemos toda esta noche , sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto , de mí por largos tiempos deseado. *Berg.* Y aun de mí , que desde que tuve fuerzas para roer un hueso , tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria , y allí de antiguas y muchas ó se enmohecian , ó se me olvidaban ; empero ahora que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla , pienso gozarle y aprovecharme dél lo mas que pudiere , dándome priesa á decir todo aquello que se me acordare , aunque sea atropellada y confusamente , porque no sé quando me volverán á pedir este bien , que

por prestado tengo. *Cip.* Sea esta la manera , Berganza amigo : que esta noche me cuentes tu vida , y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas ; y si mañana en la noche estuviéremos con habla , yo te contaré la mia , porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias , que en procurar saber las ajenas vidas. *Berg.* Siempre , Cipion , te he tenido por discreto y por amigo , y ahora mas que nunca , pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos , y como discreto has repartido el tiempo , donde podamos manifestarlos : pero advierte primero , si nos oye alguno. *Cip.* Ninguno á lo que creo , puesto que aquí cerca está un soldado , tomando sudores ; pero en esta sazón mas estará para dormir , que para ponerse á escuchar á nadie. *Berg.* Pues si puedo hablar con ese seguro , escucha , y si te cansare lo que te fuere diciendo , ó me reprehende , ó manda que calle. *Cip.* Habla hasta que amanezca , ó hasta que seamos sentidos , que yo te escucharé de muy buena gana sin impedirte , sino quando viere ser necesario. *Berg.* Paréceme que la primera vez que ví al sol , fué en Sevilla , y en su matadero que está fuera de la puerta de

la carne ; por donde imaginara (sino fuera por lo que despues diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusion , á quien llaman xiferos : el primero que conocí por amo , fué uno llamado Nicolas el romo , mozo robusto , doblado y colérico como lo son todos aquellos que exercitan la xifería : este tal Nicolas me enseñaba á mí y á otros cachorros , á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros , y les hiciésemos presa de las orejas : con mucha facilidad salí un águila en esto. *Cip.* No me maravillo , Berganza , que como el hacer mal viene de natural cosecha , fácilmente se aprende el hacerle. *Berg.* ¿ Que se diria , Cipion hermano , de lo que ví en aquel matadero , y de las cosas exôrbitantes que en él pasan ? primero has de presuponer , que todos quantos en él trabajan desde el menor hasta el mayor , es gente ancha de conciencia , desalmada , sin temer al Rey , ni á su justicia : los mas amancebados son aves de rapiña carniceras : mantiénense ellos y sus amigos de lo que hurtan : todas las mañanas que son dias de carne , ántes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mugercillas y muchachos , todos

con talegas , que viniendo vacías , vuelven llenas de pedazos de carne , y las criadas con criadillas , y lomos medio enteros : no hay res alguna que se mate , de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo mas sabroso y bien parado ; y como en Sevilla no hay obligado de la carne , cada una puede traer la que quisiere , y la que primero se mata ó es la mejor , ó la de mas baxa postura ; y con este concierto hay siempre mucha abundancia : los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho , no para que no les hurten (que esto es imposible) sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas , que las escamondan y podan , como si fuesen sauces ó parras ; pero ninguna cosa me admiraba mas ni me parecia peor , que el ver que estos xiferos con la misma facilidad matan á un hombre , que á una vaca ; por quítame allá esa paja , á dos por tres meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona , como si acogotasen un toro : por marabilla se pasa dia sin pependencias y sin heridas , y á veces sin muertes : todos se pican de valientes , y aun tienen sus puntos de rufianes : no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza

de S. Francisco , grangeado con lomos y lenguas de bacca : finalmente oí decir á un hombre discreto , que tres cosas tenia el Rey por ganar en Sevilla : la calle de la caza, la costanilla , y el matadero. *Cip.* Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios, te has de estar , amigo Berganza , tanto como esta vez , menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año , y aun temo que al paso que llevas , no llegarás á la mitad de tu historia : y quiérote advertir de una cosa , de la qual verás la experiencia quando te cuente los sucesos de mi vida , y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos ; otros en el modo de contarlos : quiero decir , que algunos hay , que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras , dan contento ; otros hay , que es menester vestirlos de palabras , y con demostraciones de rostro , y de las manos , y con mudar la voz se hacen algo de nonada , y de floxos y desmayados se vuelven agudos y gustosos , y no se te olvide este advertimiento para aprovecharte dél en lo que te queda por decir. *Berg.* Yo lo haré así , si pudiere , y si me da lugar la grande tentacion que tengo

de hablar , aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano. *Cip.* Véte á la lengua , que en ella consisten los mayores daños de la humana vida. *Berg.* Digo pues , que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca , y á defenderla de quien quitármela quisiese : enseñóme tambien la casa de su amiga , y con esto se escusó la venida de su criada al matadero , porqué yo le llevaba las madrugadas lo que él habia hurtado las noches : y un dia , que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porcion , oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana , alcé los ojos , y ví una moza hermosa en extremo , detúveme un poco , y ella baxó á la puerta de la calle , y me tornó á llamar : lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me queria , que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta , y ponerme en su lugar un chapin viejo : entónces dixé entre mí , la carnese ha ido á la carne. Díxome la moza , en habiéndome quitado la carne : andad , Gavilan , ó como os llamis , y decid á Nicolas el romo , vuestro amo , que no se fie de animales , y que del lobo un pelo , y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó , pero no

quise, por no poner mi boca xifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas. *Cip.* Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto. *Berg.* Así lo hice yo, y así me volví á mi amo sin la porción, y con el chapin: parecióle que volví presto, vió el chapin, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tu oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos, que pienso contarte. Puse pies en pólvorosa, y tomando el camino en las manos y en los pies por detras de S. Bernardo, me fuí por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al suelo abierto, y otro dia me deparó la suerte un ható ó rebaño de ovejas y carneros: así como le ví, creí que habia hallado en él el centro del reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apénas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, quando diciendo, to to, me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, baxando la cabeza

y meneando la cola : trúxome la mano por el lomo , abríome la boca , escupióme en ella , miróme las presas , conoció mi edad , y dixo á otros pastores , que yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la gineta , con lanza y adarga ; que mas parecia atajador de la costa , que señor de ganado : preguntó al pastor : que perro es este ? que tiene señales de ser bueno. Bien lo puede vuesa merced creer , respondió el pastor , que yo le he cotejado bien , y no hay señal en él , que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro : agora se llegó aquí , y no se cuyo sea , aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pues así es , respondió el señor , ponle luego el collar de Leoncillo el perro que se murió , y dénle la racion que á los demas , y acariciále todo quanto pudieres , porque tome cariño al ható , y se quede de hoy por delante en él. En diciendo esto se fué , y el pastor me puso luego al cuello unas carlanças llenas de puntas de acero , habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche : y así mismo me puso nombre , y me llamó Barcino. Víme hartó y contento con el segundo amo , y con el

nuevo oficio : mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño , sin apartarme dél sino las siestas que me iba á pasarlas ó ya á la sombra de algun árbol , ó de algun ribazo , ó peña , ó á la de alguna mata , ó á la márgen de algun arroyo de los muchos que por allí corrian ; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas , porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas , especialmente en la vida que habia tenido en el matadero , y en la que tenia mi amo , y todos los que como él están sugetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigas : ¡ó que de cosas te pudiera decir ahora , de las que aprendí en la escuela de aquella xifera dama de mi amo ! pero habrélas de callar , porque no me tengas por largo y por murmurador. *Cip.* Por haber oido decir que dixo un gran poeta de los antiguos , que era difícil cosa el no escribir sátiras , consentiré que murmures un poco de luz , y no de sangre , quiero decir que señales , y no hieras , ni dés mate á ninguno en cosa señalada : que no es buena la murmuracion , aunque haga reir mucho , si mata á uno ; y si puedes agradar sin ella , te tendré por muy discreto. *Berg.* Yo tomaré tu consejo , y esperaré con gran

deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos: que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defetos que tengo en contar los míos, bien se puede esperar que contará los suyos de manera, que enseñen y deleyten á un mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento, digo que en aquel silencio y soledad de mis siestas entre otras cosas consideraba, que no debia de ser verdad lo que habia oido contar de la vida de los pastores, aloménos de aquellos que la dama de mi amo leia en unos libros quando yo iba á su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaytas, zampoñas, rabeles, y churumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios: deteníame á oirla leer, y leia como el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol, en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar desde que salia el sol en los brazos del Aurora, hasta que se ponía en los de Tétis; y aun despues de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y oscuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y

mejor lloradas quexas : no se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, mas enamorado que atrevido, de quien decia que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados agenos : decia tambien que el gran pastor de Fílida, único pintor de un retrato, habia sido mas confiado que dichoso : de los desmayos de Sireno, y arrepentimiento de Diana decia que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos, y adoró aquel laberinto de dificultades : acordábame de otros muchos libros, que de este jaez la habia oido leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria. *Cip.* Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso, murmura, pica, y pasa, y sea tu intencion limpia, aunque la lengua no lo parezca. *Berg.* En estas materias nunca tropieza la lengua, sino cae primero la intencion; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien *me reprehendiere*, lo que respondió Mauleon, poeta tonto, y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó que queria decir Deum de Deo, y respondió que : dé donde diere. *Cip.* Esta fué respuesta de un simple; pero

tu, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa: di adelante. *Berg.* Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos mas, me causáron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demas de aquella marina tenian, de aquellos que habia oido leer que tenian los pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo: dó va Juanica*, y otras cosas semejantes, y esto no al son de churumbelas, rabeles, ó gaytas, sino al que hacia el dar un cayado con otro, ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que solas ó juntas parecia no que cantaban, sino que gritaban ó gruñian: lo mas del dia se les pasaba espulgándose, ó remendándose sus abarcas, ni entre ellos se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas, y Dianas, ni habia Lisardos, Lausos, Jacintos, ni Riselos, todos eran Antonos, Domingos, Pablos, ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los

ociosos, y no verdad alguna : que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosa selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros, y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos quanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro. *Cip.* Basta, Berganza, vuelve á tu senda, y camina. *Berg.* Agradecéctelo, Cipion amigo, porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destos que me tenían engañado ; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones, y con mejor discurso que ahora. *Cip.* Mírate á los pies, y desharás la rueda, Berganza : quiero decir, que mires que eres un animal que carece de razon, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamas vista. *Berg.* Eso fuera así, si yo estuviera en mi primera ignorancia ; mas ahora que me ha venido á la memoria lo que te habia de haber dicho al principio de nuestra plática, no solo no me maravillo de lo que hablo,

pero espántome de lo que dexo de hablar.

Cip. Pues ahora no puedes decir lo que ahora se te acuerda? *Berg.* Es una cierta historia, que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla. *Cip.* Digo que me la cuentes ántes que pases mas adelante en el cuento de tu vida. *Berg.* Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo, ten paciencia, y escucha por su órden mis sucesos, que así te darán mas gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios ántes de los principios. *Cip.* Sé breve, y cuenta lo que quisieres, y como quisieres. *Berg.* Digo pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comia el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raiz y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, á causa que si los dias holgaba, las noches no dormia, dándonos asaltos amenudo, y tocándonos á arma los lobos; y apénas me habian dicho los pastores, al lobo, Barcino, quando acudia primero que los otros perros, á la parte que me señalaban que estaba el lobo: corria los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvia al hato, sin haber halla-

do lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos, y los pies abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado, y medio comido del lobo : desesperábame de ver de quan poco servia mi mucho cuidado y diligencia : venia el señor del ganado, salian los pastores á recibirle con las pieles de la res muerta : culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos : llovian sobre nosotros palos, y sobre ellos reprehensiones, y así viéndome un dia castigado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle como tenia de costumbre léjos del rebaño, sino estarme junto á él, que pues el lobo allí venia, allí seria mas cierta la presa : cada semana nos tocaban á rebato, y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase : agachéme detras de una mata, pasáron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y ví que dos pastores asiéron de un carnero de los mejores del aprisco, y le matáron de manera, que verdaderamente pareció á la maña-

na que habia sido su verdugo el lobo : pas-méme, quedé suspenso, quando ví que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los que le habian de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo, y parte de la carne, y comíanse ellos lo mas, y lo mejor: volvia á reñirles el señor, y volvia tambien el castigo de los perros : no habia lobos, menguaba el rebaño : quisiera yo descubrirlo, hallábame mudo : todo lo qual me traia lleno de admiracion y de congoxa : váleme Dios! decia entre mí, quien podrá remediar esta maldad? quien será poderoso á dar á entender, que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y el que os guarda os mata? *Cip.* Y decias muy bien, Berganza; porque no hay mayor ni mas sutil ladron, que el doméstico, y así mueren muchos mas de los confiados, que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo, sino se fia y se confia; mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores : pasa adelante. *Berg.* Paso adelante, y digo que determiné dexar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro, donde

por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado : volvíme á Sevilla, y entré á servir á un mercader muy rico. *Cip.* Que modo tenias para entrar con amo ? porque segun lo que se usa, con gran dificultad el dia de hoy halla un hombre de bien señor, á quien servir : muy diferentes son los señores de la tierra, del Señor del cielo : aquellos para recibir un criado primero le espulgan el linage, exâminan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene ; pero para entrar á servir á Dios, el más pobre es mas rico, el mas humilde de mejor linage, y con solo que se disponga con limpieza de corazon á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gages, señalándoselos tan aventajados, que de muchos y grandes apénas pueden caber en su deseo. *Berg.* Todo eso es predicar, Cipion amigo. *Cip.* Así me lo parece á mí, y así callo. *Berg.* A lo que me preguntaste del órden que tenia para entrar con amo, digo que ya tu sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea : ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos

conduce, de los enemigos hace amigos, temple la cólera de los airados, y menoscaba la arrogancia de los soberbios: es madre de la modestia, y hermana de la templanza: en fin con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho, los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados: desta pues me aprovechaba yo, quando queria entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado, y mirado muy bien ser casa, que pudiese mantener, y donde pudiese entrar un perro grande: luego arrimábame á la puerta, y quando á mi parecer entraba algun forastero, le ladraba, y quando venia el señor, baxaba la cabeza, y moviendo la cola me iba á él y con la lengua le limpiaba los zapatos: si me echaban á palos, sufrialos, y con la misma mansedumbre volvía á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfía y mi noble término: desta manera á dos porfías me quedaba en casa: servia bien, queríanme luego bien, y nadie me despidió, sino era que yo me despidiese, ó por mejor decir, me fuese: y tal vez hallé amo, que este fuera el día que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no

me hubiera perseguido. *Cip.* De la misma manera que has contado, entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leímos los pensamientos. *Berg.* Como en esas cosas nos hemos encontrado, sino me engaño, y yo te las diré á su tiempo como tengo prometido, y ahora escucha lo que me sucedió despues que dexé el ganado en poder de aquellos perdidos. Volvíme á Sevilla como dixe, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes : arriméme á la puerta de una gran casa de un mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos lances me quedé en ella : recibíeronme para tenerme atado detras de la puerta de dia, y suelto de noche : servia con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros, y gruñia á los que no eran muy conocidos : no dormia de noche, visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mia y de las casas ajenas: agradóse tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen racion de pan, y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, á lo que yo me mos-

traba agradecido, dando infinitos saltos, quando veia á mi amo, especialmente quando venia de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen, y me dexasen andar suelto de dia y de noche: como me ví suelto, corrí á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Isopo quando aquel asno, tan asno que quiso hacer á su señor las mismas caricias, que le hacia una perrilla regalada suya, que le grangeáron ser molido á palos: parecióme que en esta fábula se nos dió á entender, que las gracias y donayres de algunos, no están bien en otros: apode el truhan, juegue de manos y voltee el istrion, rebuzne el pícaro, imite el canto de los páxaros, y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre baxo, que se hubiere dado á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso. *Cip.* Basta, adelante Berganza, que ya estás entendido. *Berg.* Oxalá, que como tu me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! que no sé que tengo de buen natural, que me pesa infinito, quando veo

que un caballero se hace chocarrero, y se precia que sabe jugar los cubiletes, y las agallas, y que no hay quien como él sepa baylar la chacona: un caballero conozco yo, que se alababa que á ruegos de un sacristan habia cortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal, que así llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos, que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este mercader pues tenia dos hijos, el uno de doce, y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban Gramática en el estudio de la Compañía de JESUS: iban con autoridad, con ayo, y con pages que les llevaban los libros, y aquel que llaman vademecum: el verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacia sol, en coche si llovía, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la Lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado, que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo, aun no bien aderezado. *Cip.* Has de saber, Berganza, que es costumbre y condicion de los mercaderes de Sevilla y aun de las otras ciuda-

des mostrar su autoridad y riqueza no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra, que en sí mismos; y como ellos por maravilla atienden á otra cosa, que á sus tratos y contratos trátanse modestamente; y como la ambicion y la riqueza muere por manifestarse, rebienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algun príncipe; y algunos hay que les procuran títulos, y ponerles en el pecho la marca, que tanto distingue la gente principal de la plebeya. *Berg.* Ambicion es, pero ambicion generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero. *Cip.* Pocas, ó ninguna vez se cumple con la ambicion, que no sea con daño de tercero. *Berg.* Ya hemos dicho, que no hemos de murmurar. *Cip.* Sí, que yo no murmuro de nadie. *Berg.* Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oido decir. Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linages, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprehende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se habia de agraviar-

no lo dixera : á la fe, Cipion, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversacion sin tocar los límites de la murmuracion ; porque yo veo en mí, que con ser un animal como soy, á quatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes : por lo qual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche : véese claro en que apénas ha sacado el niño el brazo de las faxas, quando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien á su parecer le ofende ; y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama, ó á su madre. *Cip.* Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdone, pues te he perdonado tantos : echemos pelillos á la mar (como dicen los muchachos) y no murmuremos de aquí adelante, y sigue tu cuento, que le dexaste en la autoridad con que los hijos del mercader tu amo iban al estudio de la Compañía de JESUS. *Berg.* A él me encomiendo en todo acontecimiento ; y aunque el dexar de murmurar lo tengo por

por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el qual arrepentido de su mala costumbre, cada vez que despues de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra en pena de su culpa; pero con todo esto juraba : así yo cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure, y contra la intencion que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua; de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa para no volver á ella. *Cip.* Tal es ese remedio, que si usas dél, espero que te has de morder tantas veces, que has de quedar sin lengua, y así quedarás imposibilitado de murmurar. *Berg.* Aloménos yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el cielo! Y así digo que los hijos de mi amo se dexáron un dia un cartapacio en el patio, donde yo á la sazón estaba; y como estaba enseñado á llevar la esportilla del xifero mi amo, así del vademecum, y fuíme tras ellos con intencion de no soltalle hasta el estudio: sucedióme todo como lo deseaba, que mis amos que me viéron venir con el vademecum en la boca, asido sotilmente de la,

cintas , mandáron á un page me le quitase : mas yo no lo consentí , ni le solté hasta que entré en el aula , cosa que causó risa á todos los estudiantes : llegúeme al mayor de mis amos , y á mi parecer con mucha crianza se le puse en las manos , y quedéme sentado en cuclillas á la puerta del aula , mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leía. No sé que tiene la virtud , que con alcanzárseme á mí tan poco ó *nada della* , luego recibí gusto de ver el amor , el término , la solicitud , y la industria , con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños , enderezando las tiernas varas de su juventud , porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud , que juntamente con las letras les mostraban : consideraba como los reñian con suavidad , los castigaban con misericordia , los animaban con exemplos , los incitaban con premios , y los sobrellevaban con cordura : y finalmente como les pintaban la fealdad y horror de los vicios , y les dibuxaban la hermosura de las virtudes , paraque aborrecidos ellos y amadas ellas consiguiesen el fin para que fuéron criados. *Cip.* Muy bien dices , Berganza , porque yo he oido decir

desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan: son espejos donde se mira la honestidad, la católica dotrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza. *Berg.* Todo es así como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el *vademecum*, lo que hice de muy buena voluntad, con lo qual tenia una vida de Rey, y aun mejor, porque era descansada, á causa que los estudiantes diéron en burlarse conmigo, y domesticuéme con ellos de tal manera, que me metian la mano en la boca, y los mas chiquillos subian sobre mí: arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvia á la mano limpiamente, y con muestrás de grande regocijo: diéron en darme de comer quanto ellos podian, y gustaban de ver que quando me daban nueces ó avellanas, las partia como mona, dexando las cáscaras, y comiendo lo tierno: tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad, me truxo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la qual comí como si

fuera persona. Era tiempo de invierno, quando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que mas de dos Antonios se empeñaron ó vendieron para que yo almorzase. Finalmente yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo mas que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habria otra de mas gusto y *pasatiempo*, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose: desta gloria y desta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por ahí razon de estado, que quando con ella se cumple, se ha de descubrir con otras razones muchas. Es el caso, que aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de lición á lición la ocupaban los estudiantes no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y así ordenaron á mis amos que no me llevasen mas al estudio: obedecieron, volvíenme á casa, y á la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse señor el viejo de la merced que me habia hecho, de que de dia y de noche anduviese suelto, volví

á entregar el cuello á la cadena, y el cuerpo á una esterilla que detras de la puerta me pusiéron. Ay amigo Cipion si supieses quan dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado! mira, quando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuacion dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas quando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso se sale á gozar de otra suerte próspera, venturosa, y alegre, y de allí á poco se vuelve á padecer la suerte primera y á los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso, que sino acaba la vida, es por atormentarla mas viviendo. Digo enfin que volví á mi racion perruna, y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun estos me dezaban dos gatos romanos, que como sueltos y ligeros, érales fácil quitarme lo que no caia debaxo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipion hermano, así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dexes ahora filosofar un poco, porque si dexase de decir las cosas que en este instante me han venido á la

memoria de aquellas que entónces me ocurriéron, me parece que no seria mi historia cabal, ni de fruto alguno. *Cip.* Advierte, Berganza, no sea tentacion del demonio esa gana de filosofar, que dices te ha venido; porque no tiene la murmuracion mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador, que todo quanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprehension, y el descubrir los defectos agenos buen zelo, y no hay vida de ningún murmurante, que si la consideras y escudriñas, no halles llena de vicios y de insolencias: y debaxo de saber esto, filosofea ahora quanto quisieres. *Berg.* Seguro puedes estar, *Cipion*, de que mas murmure, porque así lo tengo propuesto. Es pues el caso, que como me estaba todo el dia ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, dí en repasar por la memoria algunos latines que me quedáron en ella de muchos que oí quando fui con mis amos al estudio, con que á mi parecer me hallé algo mas mejorado de entendimiento, y determiné como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen

aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas, que en las conversaciones disparan de quando en quando con algun latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apénas saben declinar un nombre, ni conjugar un verbo. *Cip.* Por menor daño tengo ese, que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los quales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero ó con un sastre, arrojan latines como agua. *Berg.* Deso podrémos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos. *Cip.* Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les escusa el ser latinos de ser asnos. *Berg.* Pues quien lo duda? la razon está clara, pues quando en tiempo de los Romanos hablaban todos latin como lengua materna suya, algun majadero habria entre ellos, á quien no escusaria el hablar latin dexar de ser necio. *Cip.* Para saber callar en romance, y hablar en latin, discrecion es menester, hermano Berganza. *Berg.* Así es, porque tambien se puede decir una necedad en latin, como en romance, y yo he visto letrados tontos y gramá-

ticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo no una, sino muchas veces. *Cip.* Dexemos esto, y comienza á decir tus filosofías. *Berg.* Ya las he dicho : estas son que acabo de decir. *Cip.* Quales? *Berg.* Estas de los latines y romances, que yo comencé, y tu acabaste. *Cip.* Al murmurar llamas filosofar? así va ello : canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuracion, y dale el nombre que quisieres, que ella dará á nosotros el de Cinicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida que calles ya, y sigas tu historia. *Berg.* Como la tengo de seguir, si callo? *Cip.* Quiero decir, que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo segun le vas añadiendo colas. *Berg.* Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo. *Cip.* Ese es el error que tuvo el que dixo que no era torpedad, ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres : las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó

ías escribe. *Berg.* Quiero creerte, y digo que no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenia : mira, Cipion, ten por cierto y averiguado como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra : dígolo, porque la negra de casa estaba enamorada de un negro así mismo esclavo de casa, el qual negro dormia en el zaguan que es entre la puerta de la calle y la de enmedio, detras de la qual yo estaba, y no se podian juntar sino de noche, y para esto habian hurtado ó contrahecho las llaves; y así las mas de las noches baxaba la negra, y tapándome la boca con algun pedazo de carne ó queso, abria al negro con quien se daba buen tiempo, facilitándolo mi silencio, y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba : algunos días me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las

hijadas, y daria de mastin en galgo; pero en efeto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debia, pues tiraba sus gages y comia su pan, como lo deben hacer no solo los pèrros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven. *Cip.* Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad, y en buen entendimiento: y adelante, y no hagas sogá por no decir cola de tu historia. *Berg.* Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, que quiere decir filosofía? que aunque yo la nombro, no sé lo que es, solo me doy á entender que es cosa buena. *Cip.* Con brevedad te la diré. Este nombre se compone de dos nombres Griegos, que son, filos y sofia: filos quiere decir amor, y sofia la ciencia: así que filosofia significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia. *Berg.* Mucho sabes, Cipion, quien diablos te enseñó á tí nombres Griegos? *Cip.* Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso, porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y tambien hay quien presume saber la lengua Griega sin saberla, como la Latina ignórandola,

Berg. Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el xugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando el mundo con el oropel de sus greguescos rotos y sus latines falsos, como hacen los Portugueses con los negros de Guinea.

Cip. Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo, porque todo quanto decimos es murmurar.

Berg. Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oido decir, que hizo un llamado Coronadas, Tyrio, el qual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida: descuidóse desto, y otro dia entró en el cabildo ceñida la espada: advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvaynó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso, y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dixé no fué poner ley, sino prometer que me morderia la lengua, quando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea: ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento

cae en otros mayores : una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella, y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho: muérdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detras de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinacion. *Cip.* Segun eso, Berganza, si tu fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas, y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, solo porque te alabaran, como todos los hipócritas hacen? *Berg.* No sé lo que entonces hiciera : esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé como ni quando podré acabarlas, y mas estando temeroso, que al salir del sol nos hemos de quedar á oscuras, faltándonos la habla. *Cip.* Mejor lo hará el cielo, sigue tu historia, y no te desvies del camino carretero con impertinentes digresiones; y así por larga que sea, la acabarás presto. *Berg.* Digo pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio, y deshonestidad de los negros, determiné como buen criado estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Baxaba la negra

como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba : mucho pueden las dádivas, *Cipion. Cip.* Mucho : no te diviertas, pasa adelante. *Berg.* Acuérdome, que quando estudiaba, oí decir al Precetor un refran latino, que ellos llaman adagio, que decia : *habet bovem in lingua. Cip.* O; que enhoramala hayais encaxado vuestro latin ! tan presto se te ha olvidado lo que poco ha diximos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romances? *Berg.* Este latin viene aquí de molde : que has de saber que los Atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y quando algun juez dexaba de decir ó hacerlo que era razon y justicia por estar cohechado, decian : este tiene el buey en la lengua. *Cip.* La aplicacion falta. *Berg.* ¿ No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuviéron muchos dias mudo, que ni queria ni osaba ladrar quando baxaba á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas. *Cip.* Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresion, con mil exem-

plos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar, y habla para oontarte mi vida. *Berg*. Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente mi buena intención rompió por las malas dádivas de la negra; á la qual baxando una noche muy oscura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo: burla que fué bastante á tenerla de véras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé que enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con mi perra, y sin morderla la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta: nuestras batallas eran á la sorda, de las quales salia siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta; pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud, alzóseme con la racion y los huesos, y los míos poco á poco iban señalando los ñudos del espinazo: con todo esto, aunque me quitáron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra por acabarme de una vez me truxo una esponja frita con manteca: conocí la maldad ví que

era peor que comer zarazas; porque á quien la come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida: y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos: halléme un dia suelto, y sin decir á Dios á ninguno de casa, me puse en la calle, y á ménos de cien pasos me deparró la suerte al aguacil, que dixé al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolas el romo, el qual apénas me hubo visto, quando me conoció y me llamó por mi nombre: tambien le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias: asióme del cuello, y dixo á los corchetes suyos: este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mio, llevémosle á casa. Holgáronse los corchetes, y dixéron que si era de ayuda, á todos seria de provecho: quisieron asirme para llevarme, y mi amo dixo que no era menester asirme, que yo me iria, porque le conocia. Háseme olvidado decirte que las carlanças con puntas de acero que saqué quando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin

ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de laton morisco. Considera, Cipion, ahora esta rueda variable de la fortuna mia : ayer me vi estudiante , y hoy me vees corchete. *Cip.* Así va el mundo, y no hay para que te pongas ahora á exâgerar los vayvenes de fortuna , como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un xifero á serlo de un corchete : no puedo sufrir ni llevar en paciencia oir las quejas que dan de la fortuna algunos hombres que la mayor que tuviéron, fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos : ¡con que maldiciones la maldicen ! ; con quantos improperios la deshonran ! y no por mas de que porque piense el que los oye , que de alta , próspera , y buena ventura han venido á la desdichada y baxa en que los miran. *Berg.* Tienes razon ; y has de saber que este alguacil tenia amistad con un escribano con quien se acompañaba : estaban los dos amancebados con dos mugercillas , no de poco mas á ménos , sino de ménos en todo : verdad es que tenian algo de buenas caras , pero mucho de desenfado , y de taymería putesca : estas les servian de red y de anzuelo para pescar en seco en esta forma : vestíanse de suerte , que por la pinta descu-

brian la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre : andaban siempre á caza de extranjeros, y quando llegaba la Vendeja á Cádiz y á Sevilla llegaba la huella de su ganancia, no quedando Breton con quien no envistiesen : y en cayendo el grasiento con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adonde y á que posada iban, y en estando juntos les daban asalto, y los prendian por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redemian la vexacion con dineros. Sucedió pues, que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un Breton, unto y bisunto : concertó con él cena y noche en su posada : dió el cañuto á su amigo, y apénas se habian desnudado, quando el alguacil, el escribano, dos corchetes, y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes, exâgeró el alguacil los delitos, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel, afligióse el Breton, terció movido de caridad el escribano, y á puros ruegos reduxo la pena á solos cien reales. Pidió el Breton unos follados de camuza, que habia puesto en una silla á los pies de la cama, donde tenia dineros para pagar su libertad,

y no parecieron los follados ni podian parecer ; porque así como yo entré en el aposento , llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo , descubríle con el olfato , y halléle en una faldriquera de los follados : digo que hallé en ella un pedazo de jamon famoso , y por gozarle y poderle sacar sin rumor , saqué los follados á la calle , y allí me entregué en el jamon á toda mi voluntad , y quando volví al aposento , hallé que el Breton daba voces , diciendo en language adúltero y bastardo aunque se entendía , que le volviesen sus calzas , que en ellas tenia cincuenta escuti de oro in oro : imaginó el escribano ó que la Colindres , ó los corchetes se los habian robado : el alguacil pensó lo mismo : llamólos aparte , no confesó ninguno , y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba , volví á la calle donde habia dexado los follados , para volverlos , pues á mí no me aprovechaba nada el dinero , no los hallé , porque ya algun venturoso que pasó , se los habia llevado. Como el alguacil vió que el Breton no tenia dinero para el cohecho , se desesperaba , y pensó sacar de la huéspededa de casa lo que el Breton no tenia : llamóla , y vino medio desnuda , y como oyó las voces

y quejas del Breton, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los *corchetes* des-pavilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho : mandó el alguacil que se cubriese, y se viniese con él á la cárcel, porque consentia en su casa hombres y mugeres de mal vivir. Aquí fué ello : aquí sí que fué quando se aumentáron las voces, y creció la confusion, porque dixo la huéspededa : señor alguacil, y señor *escribano*, no conmigo trétas, que entreveo toda costura : no conmigo dices ni poleos, callen la boca, y váyanse con Dios; sino por mi santiguada que arroje el bodegon por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola desta historia, que bien conozco á la *señora* Colindres, y sé que ha muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan que me aclare mas, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy muger hourada, y tengo un marido con su carta de executoria, y con á perpenan rei de memoria, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente, y sin daños de barras : el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y no conmigo

cuentos, que por Dios que sé despolvorearme : bonita soy yo, para que por mi orden entren mugeres con los huéspedes : ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedáron mis amos de haber oido la harena de la huéspeda, y de ver como les leia la historia de sus vidas; pero como viéron que no tenían de quien sacar dinero : si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quexábase ella al cielo de la sinrazon y justicia que la hacian, estando su marido ausente, y siendo tan principal hidalgo. El Breton bramaba por sus cincuenta escuti. Los corchetes porfiaban, que ellos no habian visto los follados, ni Dios permitiese lo tal. El escribano por lo callado insistia al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta escuti, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvian. Ella decia que el Breton estaba borracho, y que debia de mentir en lo del dinero. En efecto todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran, si al instante no entrara en el aposento el Tenien-

te de Asistente, que viniendo á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita : preguntó la causa de aquellas voces : la huéspedase la dió muy por menudo: dixo quien era la ninfa Colindres , que ya estaba vestida : publicó la pública amistad suya y del alguacil , echó en la calle sus tretas y modo de robar , disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamas habia entrado en su casa muger de mala sospecha: canonizóse por santa , y á su marido por un bendito , y dió voces á una moza que fuese corriendo y truxese de un cofre la carta executoria de su marido , para que la viese el señor Teniente , diciéndole que por ella echaria de ver , que muger de tan honrado marido no podia hacer cosa mala , y que si tenia aquel oficio de casa de camas , era á no poder mas , que Dios sabia lo que le pesaba , y si quisiera ella mas tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida , que tener aquel exercicio. El Teniente enfadado de su mucho hablar , y presumir de executoria , le dixo : hermana camera , yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía , con que vos me confeseis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra , respondió la huéspedase , y que lina-

ge hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algun dime y direte? Lo que yo os digo, hermana, es que os cubrais, que habeis de venir á la cárcel : la qual nueva dió con ella en el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito; pero con todo eso el Teniente demasíadamente severo los llevó á todos á la cárcel : conviene á saber al Breton, á la Colindres, y á la huéspedea. Despues supe que el Breton perdió sus cincuenta escuti, y mas dicen, que le condenáron en las costas : la huéspedea pagó otro tanto : y la Colindres salió libre por la puerta afuera; y el mismo dia que la soltáron, pescó á un marinero que pagó por el Breton con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipion, quantos y quan grandes inconvenientes nacióron de mi golosina.

Cip. Mejor dixeras de la bellaquería de tu amo. *Berg.* Pues escucha, que aun mas adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

Cip. Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos : sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles, y legales, y amigos de hacer placer, sin daño de tercero : sí, que no todos entretienen los pleytos, ni avisan á las partes, ni todos

llevan mas de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para háceme la barba, y hacerte he el copete, ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo para sus embustes : muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones : muchos no son arrojados, insolentes, ni mal criados, ni rateros como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los estrangeros, y hallándolas un pelo mas de la marca, destruyen á sus dueños : sí, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados quando quieren. *Berg.* Mas alto picaba mi amo, otro camino era el suyo : presumia de valiente y de hacer prisiones famosas, sustentaba la valentía sin peligro de su persona , pero á costa de su bolsa : un dia acometió en la puerta de Xerez él solo á seis famosos rufianes , sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca (que así me traia de dia, y de noche me le quitaba) : quedé marabillado de ver su atrevimiento, su brio, y su denuedo; así se entraba y

salía por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbre : era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometía, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente él quedó en mi opinion y en la de todos quantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Xerez hasta los mármoles del colegio de Maese Rodrigo, que hay mas de cien pasos : dexólos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vaynas, y luego se las fué á mostrar al Asistente, que si mal no me acuerdo lo era entónces el Licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destruicion de la Saucedá. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo, como si dixeran : aquel es el valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía. En dar vueltas á la ciudad para dexarse ver, se pasó lo que quedaba del dia; y la noche nos halló en Triana en una calle junto al molino de la pólvora y habiendo mi amo avizorado (como en la xácara se dice) si alguien le veia, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en un patio

patio á todos los jayanes de la pendencia sin capas, ni espadas, y todos desabrochados; y uno que debia de ser el huésped, tenia un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, la qual colmándola de vino generoso y espumante brindaba á toda la compañía: apenas hubieron visto á mi amo, quando todos se fuéron á él con los brazos abiertos, y todos le brindáron, y él hizo la razon á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condicion afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenáron, las peleas que se contáron, los hurtos que se refiriéron, las damas que de su trato se calificáron y las que se reprobáron, las alabanzas que los unos á los otros se diéron, los bravos ausentes que se nombráron, la destreza que allí se puso en su punto, levantándose en mitad de la cena á poner en práctica las tretas que se les ofrecian, esgrimiendo con las manos, los vocablos tan esquisitos de que usaban; y finalmente el tallé de la persona del huésped, á quien todos respetaban como á señor y padre, seria meterme en un laberinto donde no me

fuese posible salir quando quisiese. Finalmente vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo, habia sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dexar las vaynas, las cuales pagó mi amo allí luego de contado, con todo quanto Monipodio dixo que habia costado la cena, que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos; y fué su postre dar soplo á mi amo de un rufian forastero que nuevo y flamante habia llegado á la ciudad, debia de ser mas valiente que ellos, y de envidia le soplaron: prendióle mi amo la siguiente noche desnudo en la cama, que si vestido estuviera, yo ví en su talle, que no se dexara prender tan á mansalva. Con esta prision que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde, que lo era mi amo mas que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo quanto con su oficio y con sus inteligencias grangeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentia. Pero ten paciencia, y escucha ahora un suento que le sucedió, sin añadir ni quitar

de la verdad una tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno, truxéronle á Sevilla, y para venderle sin peligro usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto: fuéronse á posar á posadas diferentes, y el uno se fué á la justicia, y pidió por una petición que Pedro de Losada le debia quatrocientos reales prestados, como parecia por una cédula firmada de su nombre, de la qual hacia presentacion. Mandó el Teniente que el tal Losada reconociese la cédula, y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la cárcel: tocó hacer esta diligencia á mi amo y al escribano su amigo: llevóles el ladron á la posada del otro, y al punto reconoció su firma, y confesó la deuda, y señaló por prenda de la execucion el caballo, el qual visto por mi amo, le creció el ojo, y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladron por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga, para que se le comprase: valia el caballo tanto y medio mas de lo que diéron por él; pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la

venta, á la primer postura remató su mercaduría. Cobró el un ladron la deuda que no le debian, y el otro la carta de pago que no habia menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fué peor que el Seyano lo fué para sus dueños. Mandáron luego la haza los ladrones, y de allí á dos dias, despues de haber trastejado mi amo las guarniciones, y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, mas hueco y pomposo, que aldeano vestido de fiesta : diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valia ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropage, y el uno dixo : vive Dios, que este es Piedehierro mi caballo, que ha pocos dias que me le hurtáron en Antequera! Todos los que venian con él, que eran quatro criados, dixéron que así era la verdad, que aquel era Piedehierro el caballo que le habian hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas, y fuéron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sen-

tencia en su favor, y mi amo fué desposeido del caballo. Súpose la burla, y la industria de los ladrones, que por manos é intervencion de la misma justicia vendieron lo que habian hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco: y no paró en esto su desgracia, que aquella noche saliendo á rondar el mismo Asistente, por haberle dado noticia que acia los barrios de San Julian andaban ladrones, al pasar de una encrucijada, viéron pasar un hombre corriendo, y dixo á este punto el Asistente, asiéndome por el collar y zuzándome: al ladron, Gavilan, ea, Gavilan hijo, al ladron. Yo, á quien ya tenian cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor Asistente me mandaba sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, dí con él en el suelo, y si no me le quitaran, yo hiciera á mas de á quatro vengados: quitáronme con mucha pesadumbre de entrámbos. Quisieran los corchetes castigarme, y aun matarme á palos, y lo hicieran, si el Asistente no les dixera: no le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé. Entendióse la malicia, y yo sin despedirme de nadie,

por un agujero de la muralla salí al campo, y ántes que amaneciese me puse en Mayrena, que es un lugar que está quatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte, que hallé allí una compañía de soldados, que segun oí decir se iban á embarcar á Cartagena : estaban en ella quatro rufianes de los amigos de mi amo ; y el atambor era uno, que habia sido corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los mas atambores : conociéronme todos, y todos me habláron, y así me preguntaban por mi amo, como si les hubiera de responder ; pero el que mas aficion me mostró, fué el atambor, y así determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase á Italia ó á Flándes ; porque me parece á mí, y aun á tí te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refran : quien necio es en su villa, necio es en Castilla : el andar tierras, y comunicar con diversas gentes, hace á los hombres discretos. *Cip.* Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oido decir á un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso Griego llamado Ulises le diéron renombre de prudente, por solo haber andado muchas tierras, y comunicado con di-

versas gentes, y varias naciones; y así alabo la intencion que tuviste de irte donde te llevasen. *Berg.* Es pues el caso, que el atambor, por tener con que mostrar mas sus chocarrerías, comenzó á enseñarme á baylar al son del atambor, y hacer otras mone-
rias tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oírás quando te las diga : por acabarse el destri-
to de la comision se marchaba poco á poco: no habia comisario que nos limitase : el ca-
pitan era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano : el alfez no habia muchos meses que habia dexado la corte y el tine-
lo : el sargento era mohatrero, y sagaz, y grande arriero de compañías desde donde se levantan hasta el embarcadero : iba la compañía llena de rufianes churrulleros, los quales hacian algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecia : infeli-
cidad del buen príncipe ! ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, á causa que los unos son verdugos de los otros sin culpa del señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las mas cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguri-

dad, y desconveniencia. En fin en ménos de quince dias, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que habia escogido *por patron, supe saltar por el Rey de Francia, y á no saltar por la mala tabernera: enseñóme á hacer corbetas como caballo Napolitano, y á andar á la redonda como mula de atahona, con otras cosas, que si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algun demonio en figura de perro el que las hacia: púsome nombre el perro sabio, y no habíamos llegado al alojamiento, quando tocando su atambor, andaba por todo el lugar, pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, ó en tal hospital las mostraban á ocho ó á quatro maravedís, segun era el pueblo grande ó chico. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar, que no me fuese á ver, y ninguno habia que no saliese admirado, y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos Reyes. La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasion pa-*

ra ello, que esto del ganar de comer holgando, tiene muchos aficionados, y golosos: por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque lo vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un dia; y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año, por do me doy á entender que de otra parte, que de la de sus oficios sale la corriente de sus borracheras: toda esta gente es vagamunda, inútil, y sin provecho, esponjas del vino, y gorgojos del pan. *Cip.* No mas, Berganza, no volvamos á lo pasado, sigue, que se va la noche, y no querria que al salir del sol quedásemos á la sombra del silencio. *Berg.* Tenle, y escucha. Como sea cosa fácil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo quan bien sabia imitar el corse! Napolitano, hízome unas cubiertas de guadamací, y una silla pequeña, que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponía; y el dia que habia de correrla, pregonaba que aquel dia corria sortija el perro sabio,

y hacia otras nuevas y nunca vistas galan-
terías, las cuales de mi santiscario como
dicen, las hacia, por no sacar mentiroso á
mi amo. Llegamos pues por nuestras jorna-
das contadas á Montilla, villa del famoso y
gran cristiano marques de Priego, señor de
la casa de Aguilar, y de Montilla. Alojaron
á mi amo, porque él lo procuró, en un
hospital: echó luego el ordinario bando, y
como ya la fama se habia adelantado á lle-
var las nuevas de las habilidades y gracias
del perro sabio, en ménos de una hora se
llenó el patio de gente. Alegróse mi amo,
viendo que la cosecha iba de guilla, y mos-
tróse aquel día chocarrero en demasía. Lo
primero en que comenzaba la fiesta, era en
los saltos que yo daba por un aro de ceda-
zo que parecia de cuba: conjurábame por
las ordinarias preguntas, y quando él ba-
xaba una varilla de mimbre que en la ma-
no tenia, era señal del salto, y quando la
tenia alta, de que me estuviese quedo. El
primero conjuro deste dia (memorable en-
tre todos los de mi vida) fué decirme: ea,
Gavilan amigo, salta por aquel viejo verde
que tu conoces, que se escabecha las bar-
bas, y si no quieres, salta por la pompa y
aparato de Doña Pimpinela de Plafagonia,

que fué compañera de la moza gallega que servia en Valdeastillas. No te quadra el conjuro, hijo Gavilan? pues salta por el Bachiller Pasillas, que se firma Licenciado sin tener grado alguno. O! perezoso estás; porque no saltas? pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad real, San Martin, y Ribadavia. Baxó la varilla, y salté yo, y noté sus malas entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta, dixo: no piense vuesa merced, senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y quatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaria un gavilan, quiero decir, que por ver la menor se pueden caminar treinta leguas: sabe baylar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma: bébese una azumbre de vino sin dexar gota: entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un sacristan: todas estas cosas y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuestas mercedes en los dias que estuviere aquí la compañía; y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entraremos en lo grueso. Con esto suspendió el auditorio, que habia llamado senado, y les encendió

el deseo de no dexar de ver todo lo que yo sabia. Volvióse á mí mi amo, y dixo : volved , hijo Gavilan , y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habeis hecho ; pero ha de ser á devocion de la famosa hechicera , que dicen que hubo en este lugar. Apénas hubo dicho esto , quando alzó la voz la hospitalera , que era una vieja al parecer de mas de sesenta años , diciendo : bellaco , charlatan , envaidor , é hijo de puta , aquí no hay hechicera alguna : si lo decis por la Camacha , ya ella pagó su pecado , y está donde Dios se sabe : si lo deis por mí , chocarrero , ni yo soy , ni he sido hechicera en mi vida ; y si he tenido fama de haberlo sido , merced á los testigos falsos , y á la ley del encaxe , y al juez arrojado y mal informado : ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia no de los hechizos que no hice , sino de otros muchos pecados , ú otros que como pecadora he cometido : así que , socarron , tamborilero , salid del hospital ; si no , por vida de mi santiguada que os haga salir mas que de paso : y con esto comenzó á dar tantos gritos , y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo , que le puso en confusion y sobresalto : finalmente , no dexó que

pasase adelante la fiesta en ningun modo. No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro dia y en otro hospital lo que en aquel habia faltado. Fuése la gente maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrándome la vieja en el corral solo, me dixo: eres tu, hijo, Montiel? eres tu por ventura, hijo? Alcé la cabeza, y miréla muy despacio: lo qual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino á mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dexara, me besara en la boca; pero tuve asco, y no lo consentí. *Cip.* Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento el besar ni dexar besarse de una vieja. *Berg.* Esto que ahora te quiero contar, te lo habia de haber dicho al principio de mi cuento, y así escusáramos la admiracion, que nos causó el vernos con habla; porque has de saber, que la vieja me dixo: hijo Montiel, vente tras mí, y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dexaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho. Baxé

yo la cabeza en señal de obedecerla, por lo qual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, segun despues me lo dixo. Quedé atónito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado la vieja; y como habia oido llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era oscuro, estrecho y baxo, y solamente claro con la débil luz de un candil de barro, que en él estaba: atizóle la vieja, y sentóse sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dixo, fué: bien esperaba yo en el cielo que ántes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño, te habia de ver, hijo mio, y ya que te he visto, venga la muerte, y lléveme desta cansada vida: has de saber, hijo, que en esta villa vivió la mas famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamáron la Camacha de Montilla: fué tan única en su oficio que las Eritos, las Circes, las Medeadas, de quien he oido decir que están las historias llenas, no la igualáron: ella con-

gelaba las nubes quando queria, cubriendo con ellas la faz del sol; y quando se le antojaba, volvía sereno el mas turbado cielo: traía los hombres en un instante de lejas tierras: remediaba maravillosamente las doncellas que habian tenido algun descuido en guardar su entereza: cubria á las viudas de modo, que con honestidad fuesen deshonestas: descasaba las casadas, y casaba las que ella queria: por Diciembre tenia rosas frescas en su jardin, y por Enero segaba trigo: esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo ménos que ella hacía, ni el hacer ver en un espejo, ó en la uña de una criatura los vivos, ó los muertos que le pedian que mostrase: tuvo fama, que convertía los hombres en animales, y que se habia servido de un sacristan seis años en forma de asno real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar como se haga; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertian los hombres en bestias, dicen los que mas saben que no era otra cosa, sino que ellas con su mucha hermosura y con sus halagos atraian los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte sirviéndose dellos en todo quanto que-

rian, que parecian bestias; pero en tí, hijo mio, la experiencia me muestra lo contrario, que sé que eres persona racional, y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia, que llaman tropelía, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que ántes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiela, que despues de la Camacha, fué famosa: yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, aloménos de tan buenos deseos como qualquiera dellas; verdad es, que al ánimo que tu madre tenia de hacer, y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legion de demonios, no le hacia ventaja la misma Camacha: yo fui siempre algo medrosilla, con conjurar *media* legion me contentaba; pero con paz sea dicho de entrámbas, en esto de conficionar las unturas con que las bruxas nos untamos, á ninguna de las dos diera ven-

taja, ni la daré á quantas hoy siguen y guardan nuestras reglas : que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo, se acaba, he querido dexar todos los vicios de la hechicería en que estaba engolfada muchos años habia, y solo me he quedado con la curiosidad de ser bruxa, que es un vicio dificultosísimo de dexar : tu madre hizo lo mismo, de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruxa, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pependzuela de zelos que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegándose la hora del parto, fué su comadre la Camacha, la qual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que habia parido dos perritos; y así como los vió dixo : aquí hay maldad, aquí hay bellaquería; pero, hermana Montiel, tu amiga soy, yo encubriré este parto, y atiende tu á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio, no te dé pena alguna este suceso,

que ya sabes tu que puedo yo saber que sino es con Rodriguez el ganapan , tu amigo, dias ha que no tratas con otro ; así que este perruno parto de otra parte viene , y algun misterio contiene. Admiradas quedamos tu madre , y yo que me halle presente á todo, del estraño suceso. La Camacha se fué y se llevó los cachorros : yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo, la qual no podia creer lo que le habia sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la última hora de su vida llamó á tu madre y le dixo como ella habia convertido á sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo ; pero que no tuviese pena, que ellos volverian á su ser, quando ménos lo pensasen ; mas que no podia ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente :

Volverán en su forma verdadera ,
Quando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos
Con poderosa mano para hacello.

Esto dixo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte como ya te he dicho : tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fixé en la mia para si sucediese tiem-

po de poderlo decir á alguno de vosotros; y para poder conoceros, á todos los perros que veo de tu color, los llamo con el nombre de tu madre no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondian á ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros; y esta tarde como te ví hacer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y tambien como alzaste la cabeza á mirarme quando te llamé en el corral, he creído que tu eres hijo de la Montuela, á quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera, el qual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en el Asno de oro, que consistia en solo comer una rosa; pero este tuyo va fundado en acciones ajenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu corazon, y espera que estas, que no quiero llamarlas profecías sino adivinanzas, han de suceder presto y prósperamente: que pues la buena de la Camacha las dixo, sucederán sin duda alguna, y tú, y tu hermano, si es vivo, os veréis como deseais: de lo que á mí me pesa, es que estoy tan cerca de mi acabamiento, que

no tendré lugar de verlo : muchas veces he querido preguntar á mi cabron que fin tendrá vuestro suceso ; pero no me he atrevido , porque nunca á lo que le preguntamos responde á derechas , sino con razones torcidas y de muchos sentidos : así que á este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada ; porque con una verdad mezcla mil mentiras , y á lo que he colegido de sus respuestas , él no sabe nada de lo por venir ciertamente , sino por conjeturas : con todo esto nos trae tan engañadas á las que somos bruxas , que con hacernos mil burlas , no le podemos dexar : vamos á verle muy léjos de aquí á un gran campo , donde nos juntamos infinidad de gente , bruxos y bruxas , y allí nos da de comer desabridamente , y pasan otras cosas , que en verdad y en Dios , y en mi ánima , que no me atrevo á contarlas segun son sucias y asquerosas , y no quiero ofender tus castas orejas : hay opinion que no vamos á estos convites sino con la fantasía , en la qual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas , que despues contamos que nos han sucedido : otros dicen que no , sino que verdaderamente yamos en cuerpo y en ánima , y entrámbas

opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos quando vamos de una ó de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía, es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de quando vamos real y verdaderamente: algunas experiencias desto han hecho los señores Inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo: quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias: heme acogido á ser hospitalera, curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos: rezo poco y en público, murmuro mucho y en secreto: vame mejor con ser hipócrita, que con ser pecadora declarada: las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen, las malas obras pasadas. En efeto la santidad fingida no hace daño á ningun tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy, que seas bueno en todo quanto pudieres, y si has de ser malo, procura no parecerlo

en todo quanto pudieres : bruxa soy, no te lo niego, bruxa y hechicera fué tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podian acreditarnos en todo el mundo : tres dias ántes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos en una gran gira; y con todo eso quando murió fué con tal sosiego y reposo, que si no fuéron algunos visages, que hizo un quarto de hora ántes que rindiese el alma, no parecia sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores : llevaba atravesados en el corazon sus dos hijos, y nunca quiso aun en el artículo de la muerte perdonar á la Camacha : tal era ella de entera y firme en sus cosas: yo le cerré los ojos, y fuí con ella hasta la sepultura : allí la dexé para no verla mas, aunque no tengo perdida la esperanza de verla, ántes que muera; porque se ha dicho por el lugar, que la han visto algunas personas andar por los cimiterios, y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia. Cada cosa destas, que la vieja me decia en alabanza de la que decia ser mi madre, era una lanzada que me

atravesaba el corazon, y quisiera arremeter á ella, y hacerla pedazos entre los dientes; y si lo dexé de hacer, fué porque no le tomase la muerte en tal mal estado. Finalmente me dixo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que quando allá estuviese, pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar, que unturas eran aquellas que decia : y parece que me leyó el deseo, pues respondió á mi intencion como si se lo hubiera preguntado, pues dixo : este unguento con que las bruxas nos untamos, es compuesto de xugos de hierbas en todo extremo frios, y no es como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aquí pudieras tambien preguntarme, que gusto ó provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa : á lo que no te sabré responder otra cosa, sino lo que dice el refran : que tal hay que se quiebra dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno; y por la pesadumbre que da á sus padres, matándoles los

hijos, que es la mayor que se puede imaginar; y lo que mas le importa, es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado : y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permission yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga; y es tan verdad esto, que rogándole *yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo*, me respondió que ni aun tocar á una hoja della no podia, porque Dios no queria; por lo qual podrás venir á entender, quando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reynos, á las ciudades, y á los pueblos, las muertes repentinas, los naufragios, las caídas : en fin todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altísimo, y de su voluntad permitente : y los daños y males, que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intencion, en la palabra, y en la obra : todo permitiéndolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Dirás tu ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que quien me hizo á mí teóloga? y aun quizá entre tí:
cuerpo

cuerpo de tal con la puta vieja, porque no
 dexa de ser bruja, pues sabe tanto; y se
 vuelve á Dios, pues sabe que está mas pron-
 to á perdonar pecados, que á permitirlos?
 A esto te respondo como si me lo pregunta-
 ras, que la costumbre del vicio se vuelve
 en naturaleza, y este de ser bruxas, se con-
 vierte en sangre y carne, y en medio de su
 ardor, que es mucho, trae un frio que po-
 ne en el alma, tal que la resfria y entorpe-
 ce aun en la Fe, de donde nace un olvido
 de sí misma, y ni se acuerda de los temo-
 res con que Dios la amenaza, ni de la glo-
 ria con que la convida; y en efeto como es
 pecado de carne y de deleytes, es fuerza
 que amortigüe todos los sentidos, y los em-
 belese, y absorte, sin dexarlos usar sus ofi-
 cios como deben, y así quedando el alma
 inútil, floxa, y desmzalada, no puede le-
 vantar la consideracion siquiera á tener al-
 gun buen pensamiento; y así dexándose
 estar sumida en la profunda sima de su mi-
 seria, no quiere alzar la mano á la de Dios,
 que se la está dando por sola su misericor-
 dia, para que se levante: yo tengo una
 destas almas que te he pintado, todo lo
 veo, y todo lo entiendo; y como el deleyte
 me tiene echados grillos á la voluntad, siem-

pre he sido y seré mala. Pero dexemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entónces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar *verdaderamente*. Otras veces acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleytes, que te dexo de decir por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruxa, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas: verdad es, que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen no dos dedos del oído el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un juez colérico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las co-

sas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados; hospitalera soy buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja, que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco; y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerías por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero; así que siempre mis pensamientos han de ser malos: con todo esto, sé que Dios es bueno y misericordioso, y que él sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quédese aquí esta plática, que verdaderamente me entristece: ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son buenos: el buen día meterle en casa, pues miéntras se rie, no se llora: quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleyte mucho mayor es imaginado, que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario. Levántose en diciendo esta larga arenga, y toman-

do el candil, se entró en otro aposentillo mas estrecho : seguía, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que habia oido, y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el cándil de la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincon una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los pies á la cabeza que tenia sin toca : ántes que se acabase de untar me dixo, que ora se quedase *su cuerpo en aquel aposento sin sentido*, ora desapareciese dél, que no me espantase, ni dexase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabria las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díxele baxando la cabeza, que sí haria, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta : llegué mi boca á la suya, y ví que no respiraba poco ni mucho. Una verdad te quiero confesar, Cipion amigo, que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la qual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de mas de siete pies, toda era notomia de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida, con la barriga que era de badana, se cubria las

partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos : las tetas semejaban dos vexigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corba y entablada, desencaxados los ojos, la cabeza desgüeñada, las mexillas chupadas, angosta la garganta, y los pechos sumidos : finalmente toda era flaca y endemoniada. Púseme despacio á mirarla, y á priesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala vision de su cuerpo y la peor ocupacion de su alma : quise morderla por ver si volvía en sí, y no halle parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase ; pero con todo eso la así de un carcaño, y la saqué arrastrando al patio ; mas ni por esto dió muestras *de tener sentido*. Allí con mirar el cielo y verme en parte ancha, se me quitó el temor, alómenos se templó de manera, que tuve ánimo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo, quien hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala ? de donde sabe ella quales son males de daño, y quales de culpa ? como entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo ? co-

mo peca tan de malicia, no escusándose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche, y se vino el dia que nos halló á los dos en mitad del patio: ella no vuelta en sí, y á mí junto á ella en cuclillas, atentó mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decian: ya la bendita Cañizares es muerta, mirad quan desfigurada y flaca la tenia la penitencia: otros mas considerados la tomaron el pulso, y viéron que le tenia, y que no era muerta, por do se diéron á entender que estaba en éxtasis y arrobada de puro buena: otros hubo que dixéron: esta puta vieja sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada, que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora entre los que la conocemos, mas fama tiene de bruja, que de santa: curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza, ni por eso recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del dia, y como se sintió acribada de los alfileres, y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad,

que yo habia sido el autor de su deshonra : y así arremetió á mí, y echándome ámbas manos á la garganta , procuraba ahogarme, diciendo : ó bellaco, desagradecido, ignorante, y malicioso, y es este el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á tí? Yo que me ví en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacúdime, y asiéndola de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu. Con estas razones de la mala vieja, creyéron los mas que yo debia de ser algun demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos , y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen, la vieja gruñia, yo apretaba los dientes, crecia la confusion, y mi amo que ya habia llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio : otros, que no sabian de exôrcismos, acudieron á tres ó quatro garrotes, con los quales comenzáron á santiguarme los lomos : escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle, y en

pocos mas salí de la villa perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo : apártense, que rabia el perro sabio. Otros decian : no rabia, sino que es demonio en figura de perro. Con este molimiento á campana herida salí del pueblo, siguiéndome muchos que indubitablemente creyeron que era demonio, así por las cosas que me habian visto hacer, como por las palabras que la vieja dixo quando despertó de su maldito sueño : díme tanta priesa á huir y á quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me habia desaparecido como demonio : en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de gitanos, que estaba en un campo junto á Granada : allí me reparé un poco, porque algunos de los gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado, con intencion á lo que despues entendí de ganar conmigo, como lo hacia el atambor mi amo. Veinte dias estuve con ellos, en los quales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables, es forzoso que te las cuente. *Cip.* Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en

lo que te dixo la bruja, y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira á quien das crédito. Mira, Berganza, grandísimo disparate seria, creer que la Camacha mudase los hombres en bestias, y que el sacristan en forma de jumento la sirviese los años que dicen que la sirvió: todas estas cosas y las semejantes son embelecocos, mentiras, ó apariencias del demonio; y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algun entendimiento y razon, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que este es caso portentoso y jamas visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos. Quiéreslo ver mas claro? considera en que vanas cosas, y en quan tontos puntos dixo la Camacha que consistia nuestra restauracion, y aquellas que á tí te deben parecer profecías, no son sino palabras de consejas ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza, y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno, porque á ser otra cosa ya estaban cumplidas; sino es, que sus palabras se han de tomar

en un sentido, que he oido decir se llama alegórico, el qual sentido no quiere decir lo que la letra suena, sino otra cosa; que aunque diferente, le haga semejanza, y así, decir:

Volverán en su forma verdadera,
Quando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos
Con poderosa mano para hacello :

Tomándolo en el sentido que he dicho, pareceme que quiere decir que cobrarémos nuestra forma, quando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de fortuna, hoy están hollados y abatidos á los pies de la desgracia, y tenidos en poco de aquellos que mas los estimaban: y asimismo quando viéremos que otros que no ha dos horas que no tenian deste mundo otra parte, que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha que los perdemos de vista; y si primero no parecian por pequeños y escogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados: y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso, por do me

doy á entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros, como vees: así que la Camacha fué burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiel tonta, maliciosa, y bellaca, con perdon sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrámbos, ó tuya, que yo no la quiero tener por madre. Digo pues, que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que estan en pie, y vuelven á alzar los caidos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira pues, si en el discurso de nuestra vida habrémos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos. *Berg.* Digo que tienes razon, Cipion hermano, y que eres mas discreto de lo que pensaba, y de lo que has dicho vengo á pensar, y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado, y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros; pero no por esto dexemos de gozar deste bien del habla que tenemos, y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudié-

mos; y así no te canse el oirme contar lo que me pasó con los gitanos que me escondieron en la cueva. *Cip.* De buena gana te escucho por obligarte á que me escuches, quando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida. *Berg.* La que tuve con los gitanos, fué considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaiamientos, y embustes, los hurtos en que se exercitan así gitanas como gitanos desde el punto casi que salen de las mantillas, y saben andar : vees la multitud que hay dellos esparcida por España? pues todos se conocen, y tienen noticia los unos de los otros, y *trasiegan* y *trasponen* los hurtos destos en aquellos, y los de aquellos en estos: dan la obediencia mejor que á su Rey, á uno que llaman conde, el qual y todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del apellido deste noble linage, sino porque un page de un caballero deste nombre se enamoró de una gitana, la qual no le quiso conceder su amor, si no se hacia gitano y la tomaba por *mager* : hizolo así el page, y agradó tanto á los demas gitanos, que le alzaron por señor y le diéron la obediencia; y como en señal de vasallage le acuden

con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocúpanse por dar color á su ociosidad en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así los verás siempre traer á vender por las calles tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles: todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á luz, y lavan las criaturas con agua fria en naciendo; y desde que nacen hasta que mueren, se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores del cielo; y así verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bayladores: cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas de otros: ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generacion: quando piden limosna, mas la sacan con invenciones y chocarrerías, que con devociones, y á título que no hay quien se fie dellas, no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana al pie del altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias: son sus pensamien-

tos imaginar como han de engañar, y donde han de hurtar : confieren sus hurtos, y el modo que tuvieron en hacellos; y así un dia contó un gitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un dia habia hecho á un labrador : y fué, que el gitano tenia un asno rabon, y en el pedazo de la cola que tenia sin cerdas, le ingirió otra peluda, que parecia ser suya natural : sacóle al mercado, comprósele un labrador por diez ducados; y en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dixo que si queria comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le venderia por mas buen precio. Respondióle el labrador que fuese por él, y le truxese, que él se le compraria, y que entanto que volviese, llevaria el comprado á su posada. Fuése el labrador, siguióle el gitano, y sea como sea, el gitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno, que le habia vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza, y quedó con la suya pelada : mudóle la albarda y xaquima, y atrevióse á ir á buscar al labrador para que se le comprase; hallóle ántes que hubiese echado ménos el asno primero; y á pocos lances compró el segundo : fuésele á pagar á la

posada, donde halló ménos la bestia á la bestia; y aunque lo era mucho, sospeché que el gitano se le habia hurtado, y no queria pagarle : acudió el gitano por testigos, y truxo á los que habian cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el gitano habia vendido al labrador un asno con una cola muy larga, y muy diferente del asno segundo que vendia. A todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del gitano con tantas véras, que el labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contáron, y todos, ó los mas de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que mas se exercitan. Finalmente ella es mala gente, y áunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan. A cabo de veinte dias me quisiéron llevar á Murcia : pasé por Granada, donde ya estaba el capitan, cuyo atambor era mi amo : como los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del meson donde vivian : oíles decir la causa, no me pareció bien el viage que llevaban, y así determiné soltarme como lo hice, y saliéndome de Granada, dí en una huerta de un morisco que me acogió de buena voluntad, y yo

quedé con mejor, pareciéndome que no me queria para mas de para guardarle la huerta, oficio á mi cuenta de ménos trabajo, que el de guardar ganado; y como no habia allí altercar sobre tanto mas, quanto al salario, fué cosa fácil hallar el morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir. Estuve con él mas de un mes no por el gusto de la vida que tenia, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos quantos moriscos viven en España. O quantas, y quales cosas te pudiera decir, Cipion amigo, desta Morisca canalla, sino temiera no poderlas dar fin en dos semanas! y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efeto habré de decir algo, y así oye en general lo que yo ví, y noté en particular desta buena gente. Por marabilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana : todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan, y no comen : entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan á cárcel perpetua y á escuridad eterna : de modo que ganando siempre, y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero, que

hay en España : ellos son su hucha, su polla, sus picazas, y sus comadreja : todo lo llegan, todo lo esconden, y todo lo tragan : considérese que ellos son muchos, y que cada dia ganan, y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida, como la de un tabardillo, y como van creciendo, se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra : entre ellos no hay castidad, ni entran en Religion ellos, ni ellas : todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generacion : no los consume la guerra, ni exercicio que demasiadamente los trabaje : róbannos á pie quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden, *se hacen ricos* : no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos : no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos : de los doce hijos de Jacob que he oido decir que entraron en Egipto, quando los sacó Moyses de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones sin niños y mugeres : de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las destos, que sin comparacion son en mayor número. *Cip. Bus-*

cado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquexado en sombra, que bien sé que son mas y mayores los que callas, que los que cuentas, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero zeladores prudentísimos tiene nuestra República, que considerando que España cria y tiene en su seno tantas víoras como moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta, y segura salida: di adelante. *Berg.* Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo, y con algunas sobras de zahinas, comun sustento suyo; pero esta miseria me ayudó á llevar el cielo por un modo tan extraño, como el que ahora oirás. Cada mañana juntamente con el alba amanecía sentado al pie de un granado de muchos que en la huerta habia, un mancebo al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida: ocupábase en escribir en un cartapacio, y de quando en quando se daba palmadas en la frente, y se mordía las uñas, estando mirando al cielo: y otras veces se ponía tan imaginativo, que no movia pie, ni manó, ni aun las pestañas, tal era su embelesa-

miento. Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver : oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo : vive el señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los dias de mi vida; y escribiendo á priesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento : todo lo qual me dió á entender que el desdichado era poeta : hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre : echéme á sus pies, y él con esta seguridad prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza, y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que habia pensado. Estando en esto entró en la huerta otro mancebo galan y bien aderezado con unos papeles en la mano, en los quales de quando en quando leía : llegó donde estaba el primero, y díxole : habeis acabado la primera jornada? ahora le dí fin, respondió el poeta, lo mas gallardamente que imaginarse puede. De que manera? preguntó el segundo. Desta, respondió el primero. Sale su Santidad del Papa vestido de pontifical con doce Cardenales, todos vestidos de morado, porque quando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutatio caparum*,

en el qual los Cardenales no se visten de rojo, sino de morado; y así en todas maneras conviene para guardar la propiedad, que estos mis Cardenales salgan de morado; y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y á buen seguro dieran en él, y así hacen á cada paso mil imper-tinencias y disparates: yo no he podido errar en esto, porque he leído todo el Ce-remonial Romano por solo acertar en estos vestidos. Pues de donde quereis vos, replicó el otro, que tenga mi autor vestidos morados para doce Cardenales? Pues si me quita uno tan solo, respondió el poeta, así le daré yo mi comedia, como volar: ¿cuerpo de tal, esta apariencia tan grandiosa se ha de perder? imaginad vos desde aquí lo que parecerá en un teatro un Sumo Pontífice con doce graves Cardenales, y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo: vive el cielo, que sea uno de los mayores y mas altos espectáculos, que se haya visto en comedia, aunque sea la del Ramillete de Daraja! Aquí acabé de entender que el uno era poeta, y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta, que cercenase algo de los Cardenales, sino queria imposibi-

litar al autor el hacer la comedia. A lo que dixo el poeta, que le agradeciesen que no habia puesto todo el conclave que se halló junto al acto memorable, que pretendia traer á la memoria de las gentes en su felicísima comedia. Riyóse el recitante, y dexóle en su ocupacion, por irse á la suya que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, despues de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faltriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veinte pasas, que á mi parecer entiendo que se las conté, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacian bulto ciertas migajas de pan, que las acompañaban: sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le ví arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faltriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condicion, que aunque él procuró enternecerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fué posible moverlos de su terquedad: todo lo qual redundó en mi provecho, porque me los arrojó, diciendo: to to, toma, que buen provecho te hagan.

Mirad, dixé entre mí, que nectar, ó ambrosía me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses, y su Apolo allá en el cielo : en fin por la mayor parte grande es la miseria de los poetas ; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba. Entretanto que duró la composicion de su comedia, no dexó de venir á la huerta, ni á mí me faltáron mendrugos, porque los repartia conmigo con mucha liberalidad, y luego nos íbamos á la noria donde yo de bruces y él con un cangilon satisfacíamos la sed, como unos monarcas. Pero faltó el poeta, y sobró en mí la hambre tanto, que determiné dexar al morisco, y entrarme en la ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar de la ciudad ví que salia del famoso monasterio de San Gerónimo mi poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fui á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado ; luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan mas tiernos de los que solia llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes, sin repararlos por los suyos : merced, que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y

el haber visto salir á mi poeta del monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenia las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la ciudad, y yo le seguí con determinacion de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podia mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa, que la caridad cuyas liberales manos jamas están pobres; y así no estoy bien con aquel refran, que dice: mas da el duro que el desnudo; como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efeto da el buen deseo, quando mas no tiene. De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo el malo, por distinguirle de otro Angulo no autor sino representante, el mas gracioso, que entónces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañía á oír la comedia de mi amo, que ya por tal le tenia; y á la mitad de la jornada primera, uno á uno, y dos á dos se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo que servíamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que

la habia compuesto el mismo Satanás para total ruina y perdicion del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le habia dexado, y no era mucho, si el alma présaga le decia allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fué volver todos los recitantes que pasaban de doce, y sin hablar palabra asiéron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor llena de ruegos y voces se puso de pormedio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso pasmado, el autor desabrido, los farsantes alegres, y el poeta mohino, el qual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrándosela en el seno, medio murmurando dixo: no es bien echar las margaritas á los puercos; y con esto se fué con mucho sosiego: yo de corrido ni pude ni quise seguirle, y acertélo, á causa que el autor me hizo tantas caricias, que me obligáron á que con él me quedase, y en ménos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas: pusiéronme un freno de orillos, y enseñáronme á que arremetiese en el teatro á quien ellos querian, de modo, que como los entremeses solian acabar por la
mayor

mayor parte en palos, en la compañía de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba que reir á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño. O Cipion; quien te pudiera contar la que ví en esta y en otras dos compañías de comediantes, en que anduve! mas por no ser posible reducirlo á narracion sucinta y breve, lo habré de dexar para otro dia, si es que ha de haber otro dia en que nos comuniquemos. Vees quan larga ha sido mi plática? vees mis muchos y diversos sucesos? consideras mis caminos y mis amos tantos? pues todo lo que has oido, es nada comparado á lo que te pudiera contar de lo que noté, averigué, y ví desta gente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia, y su agudeza, con otras infinitas cosas: unas para decirse al oido: otras para aclamallas en público: y todas para hacer memoria dellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificios y de transformacion. *Cip.* Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubria para dilatar tu plática, y soy de parecer que la dexes para cuento particular

y para sosiego no sobresaltado. *Berg.* Sea así, y escucha. Con una compañía llegué á esta ciudad de Valladolid, donde en un entremes me diéron una herida que me llegó casi al fin de la vida, no pude vengarme por estar enfrenado entónces, y despues á sangre fria no quise, que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo: cansóme aquel exercicio no por ser trabajo, sino porque veia en él cosas que juntamente pedian enmienda y castigo, y como á mí estaba mas el sentillo, que el remediallo, acordé de no verlo, y así me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dexan los vicios quando no pueden exercitallos, aunque mas vale tarde que nunca. Digo pues, que viéndote una noche llevar la lanterna con el buen cristiano Mahudes, te consideré contento, y justa y santamente ocupado, y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intencion me puse delante de Mahudes, que luego me eligió para tu compañero, y me truxo á este hospital: lo que en él me ha sucedido, no es tan poco que no haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí á quatro enfermos, que la suerte y la necesidad truxo á este hospital y á estar todos

quatro juntos en quatro camas apareadas : perdóname, porque el cuento es breve, y no sufre dilacion, y viene aquí de molde. *Cip.* Sí perdono : concluye; que á lo que creo, no debe de estar léjos el dia. *Berg.* Digo que en las quatro camas, que están al cabo de esta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, y en la otra uno de los que llaman arbitristas. *Cip.* Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente. *Berg.* Digo pues que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el ayre debaxo de la cama del uno dellos, el poeta se comenzó á quejar lastimosamente de su fortuna : y preguntándole el matemático de que se quejaba? respondió que de su corta suerte. Como ¿y no será razon que me quexe, prosiguió, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su Poética, que no salga á luz la obra que despues de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupacion, y doce de pasante : grande en el sujeto, admirable y nueva en la invencion, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la division; porque el principio respon-

de al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heroyco, deleytable, y sustancioso, y que con todo esto no hallo un príncipe á quien dirigirle? príncipe digo, que sea inteligente, liberal, y magnánimo: ¡mísera edad y depravado siglo nuestro! De que trata el libro? preguntó el alquimista. Respondió el poeta: trata de lo que dexó de escribir el Arzobispo Turpin del Rey Artus de Inglaterra, con otro suplemento de la historia de la Demanda del santo Grial, y todo en verso heroyco, parte en octava, y parte en verso suelto; pero todo esdrúxulamente, digo en esdrúxulos de nombres sustantivos, sin admitir verbó alguno. A mí, respondió el alquimista, poco se me entiende de poesía; y así no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se quexa; puesto que aunque fuera mayor, no se igualaba á la mia, que es que por faltarme instrumento, ó un príncipe que me apoye, y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro, y con mas riquezas, que los Midas, que los Crasos, y Cresos. ¿Ha hecho vuesa merced, dixo á esta sazón el matemático, señor alquimista, la experien-

cia de sacar plata de otros metales? Yo, respondió el alquímista, no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras. Bien han exâgerado vuestas mercedes sus desgracias, dixo á esta sazón el matemático; pero al fin el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propinqua de sacar la piedra filosofal; mas que diré yo de la mia, que es tan sola, que no tiene donde arriarse? veinte y dos años ha que ando tras hallar el punto fixo, y aquí lo dexo, y allí lo tomo, y pareciéndome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, quando no me cato, me hallo tan léjos dél, que me *admiro*: lo mismo me acaece con la quadratura del círculo, que he llegado tan al remate de hallarla que no sé ni puedo pensar como no la tengo ya en la faldriquera; y así es mi pena semejante á las de Tántalo, que está cerca del fruto, y muere de hambre, y propinquo al agua, y perece de sed: por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan léjos de ella, que vuelvo á subir el monte que acabé de baxar

con el canto de mi trabajo acuestas, como otro nuevo Sisifo. Habia hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió, diciendo: quatro quexosos, tales que lo pueden ser del gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y exercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños: yo, señores, soy arbitrista, y he dado á su Magestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo, y sin daño del reyno, y ahora tengo hecho *un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauracion de sus empeños; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que este tambien ha de parar en el carnero: mas porque vuestas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es este. Hase de pedir en cortes, que todos los vasallos de su Magestad desde edad de catorce á sesenta años sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta,*

carne, y pescado, vino, huevos, y legumbres que se han de gastar aquel dia, se reduzga á dinero, y se dé á su Magestad sin defraudalle un ardite so cargo de juramento, y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado, porque si se hace la cuenta como yo la tengo hecha, bien hay en España mas de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermós, mas viejos ó mas muchachos, y ninguno destos dexará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que no sea mas de un real, que no puede ser ménos, aunque coma alholvas. Pues paréceles á vuesas mercedes, que seria barro tener cada mes tres millones de reales, como ahechados? y esto ántes seria provecho que daño á los ayunantes; porque con el ayuno agradarian al cielo, y servirian á su Rey, y tal podria ayunar que le fuese conveniente para su salud. Este es el arbitrio limpio de polvo y de paja, y podriase coger por parroquias sin costa de comisarios, que destruyen la república. Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él tambien se riyó de sus disparates, y yo quedé admirado de haberlos oido, y de ver que por la

mayor parte los de semejantes humores venian á morir en los hospitales. *Cip.* Tienes razon, Berganza : mira si te queda mas que decir. *Berg.* Dos cosas no mas, con que daré fin á mi plática, que ya me parece que viene el dia. Yendó una noche mi mayor á pedir limosna en casa del Corregidor desta ciudad, que es un gran caballero, y muy gran cristiano, hallámosle solo, y parecióme á mí tomar ocasion de aquella soledad para decille ciertos advertimientos, que habia oido decir á un viejo enfermo deste hospital, acerca de como se podia remediar la perdicion tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales, de los perdidos que las siguen, plaga intolerable, y que pedia presto y eficaz remedio : digo que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenia habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que enfadado el Corregidor, dió voces á sus criados, que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su señor, que fuera mejor que por entónces estuviera sordo, asíó de una cantimplora de cobre que le vino

á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes. *Cip.* Y quéxaste deso, Berganza? *Berg.* Pues no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele, como he dicho, y si me parece que no merecia tal castigo mi buena intencion? *Cip.* Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no lo llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningun caso le toca: y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido, ni el pobre humilde ha de tener presuncion de aconsejar á los grandes, y á los que piensan que se lo saben todo: la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la escúrecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad, y la tratan con menosprecio. *Berg.* Tienes razon, y escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré así mismo otra noche en casa de una señora principal, la qual tenia en los brazos una perrilla, destas que llaman de falda, tan pequeña, que se pudiera esconder en el seno, la qual quando me vió, saltó de los brazos de su señora, y arremetió á mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró

hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dixé entre mí : si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, ó no hiciera caso de vos, ó os hiciera pedazos entre los dientes. Consideré en ella, que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos é insolentes, quando son favorecidos, y se adelantan á ofender á los que valen mas que ellos. *Cip.* Una muestra y señal desa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes; y si acaso la muerte, ó otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su valor, porque en efecto no son de mas quilates sus prendas, que los que les dan sus dueños y valedores : la virtud y el buen entendimiento siempre es una, y siempre es uno, desnudo ó vestido, solo ó acompañado; bien es verdad, que puede padecer acerca de la estimacion de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta plática, que la luz que entra por estos resquicios, muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene si no nos ha dexado este grande beneficio de la habla,

será la mia para contarte mi vida. *Berg.* Sea así, y mira que acudas á este mismo puesto. El acabar el Coloquio el Licenciado, y el despertar el Alférez, fué todo á un tiempo, y el Licenciado dixo : aunque este Coloquio sea fingido, y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor Alférez pasar adelante con el segundo. Con ese parecer, respondió el Alférez, me animaré, y dispondré á escribirle, sin ponerme mas en disputas con vuesa merced si hablaron los perros, ó no. A lo que dixo el Licenciado : señor Alférez, no volvamos mas á esa disputa; yo alcanzo el artificio del Coloquio y la invención, y basta : vámonos al Espolon á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento. Vamos, dixo el Alférez. Con esto se fuéron.

FIN.

TABLA
DE LAS NOVELAS.

TOMO SEGUNDO.

	Pag.
<i>Del Zelo Estremefio.</i>	5
<i>De la Ilustre Fregona.</i>	71
<i>De las dos Doncellas.</i>	169
<i>De la Señora Cornelia.</i>	241
<i>Del Casamiento Engañoso.</i>	313
<i>Coloquio de los Perros.</i>	335

